

Sophie Saint Rose

Renunciare a ti

Renunciaré a ti

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Roxy levantó la vista de su portátil y escuchó atentamente a su profesor de criminología. Miró impaciente el reloj que estaba colgado encima del encerado y se mordió el labio inferior cerrando la tapa del portátil, esperando que él no lo notara distraído con la explicación. Empezó a recoger sus bolígrafos y todo lo que tenía sobre la mesa para meterlo en la mochila disimuladamente.

—¿Tiene prisa, señorita Maxwell? Porque todavía quedan cinco minutos de clase.

Gimió por dentro levantando sus preciosos ojos azules por su camisa blanca hasta su duro rostro. Vaya, no le había visto acercarse, porque estaba justo delante de ella. Forzó una sonrisa. —Pues ya que lo dice...—Sus compañeros se echaron a reír. —Es que tengo una cita.

—¿No me diga? —preguntó con burla—. ¿Y esa cita va a ayudarlo a aprobar esta asignatura? —preguntó con mala leche fulminándola con sus ojos negros.

Roxy frunció el ceño. —¿Cree que lo necesito?

—¡Pues no te vendría mal estudiar un poco más! —bramó ante su cara asombrándola. ¡Si era la mejor de la clase! El señor Mathews se volvió pasándose la mano por su pelo negro impecablemente peinado y gritó — ¡Fuera de mi clase!

Se puso como un tomate mientras todos la observaban y se colocó la mochila al hombro cogiendo el portátil en la mano. —Pero es una expulsión temporal, ¿verdad? Mañana vuelvo.

—¿No tenía prisa? Largo de aquí. ¡Largo todos!

Jo, qué mal carácter tenía cuando estaba de malas. Que era casi siempre. Ese hombre necesitaba echar una cana al aire. Apartando su larga melena rubio platino del hombro salió de clase con los demás y Charlie esperándola en la puerta le guiñó uno de sus ojos castaños. —Gracias, Roxy. Aprovecharé estos cinco minutos.

—Muy gracioso. No estabas al entrar.

—Me quedé dormido. He tenido que sentarme atrás.

Metió el portátil en la mochila y vio salir a su profesor que la fulminó con la mirada antes de largarse. —Bueno, ya lo he puesto de buen humor para el examen de mañana. —Caminó por el pasillo a toda prisa con su amigo a su lado. —¿Vas a venir?

—Claro. ¿Un agente del FBI? A mis padres les daría un infarto de la

impresión si se enteraran, así que no me lo perdería por nada. Es lo más emocionante que he hecho nunca.

Roxy sonrió radiante. —¿Verdad que sí? Estoy deseando llegar. ¿Ahora me das las gracias por apuntarnos al curso de criminología de Mathews?

—Oye, que yo te di los folletos del FBI. —Hizo una mueca porque era cierto. Su amigo había aparecido un día con ellos diciéndole que les echara un vistazo. —Bueno, ya te daré las gracias por apuntarme al curso si consigo trabajo, porque menudo carácter que se gasta. Tía, igual no nos aprueba. Parece que nos tiene manía. Si no estuviera tan bueno, hasta costaría mirarle por si te suelta un grito. No sé cómo sus clases están a rebosar.

—¿Porque es el mejor en su campo y ha escrito cinco Best Sellers sobre criminología? Y eso que tiene treinta y cuatro años. Es toda una eminencia —dijo con ironía—. Bah, no puede suspendernos. Somos los mejores de la clase.

—Sí, tú fíate. Este semestre nos ha echado más broncas que a cualquiera. Y tú le cabreas especialmente. ¿No te has dado cuenta?

—Claro que sí, pero mientras me ponga sobresaliente como si suelta fuego por la boca.

Charlie se echó a reír y de la que salían del edificio le guiñó un ojo a

uno de sus amigos especiales, que le hizo un gesto indicándole que le llamaba luego. Roxy sonrió sin poder evitarlo. —¿Qué tal con ese?

—Una fiera en la cama. Creo que lo aguantaré hasta final de curso.

—No sé cómo puedes salir de fiesta y estudiar.

—Será porque yo no tengo que trabajar como tú. Por cierto, ¿qué te han dicho hoy?

—Me lo descontarán de la paga de la semana. Es una norma inquebrantable.

—Muy agradables. Joder, llevas en ese antro tres años.

—Bah, ya sabía lo que pasaría. Esperemos que valga la pena el recorte de sueldo.

Bajaron los escalones de la facultad de derecho y a toda prisa fueron hacia sus bicicletas. Pedalearon por los caminos empedrados de Georgetown y se detuvieron en el salón de actos donde varios estudiantes ya estaban entrando. Asombrada miró a Charlie. —¿No somos los únicos convocados?

—Al parecer no. ¿Pero qué esperabas? Con todos los estudiantes que somos en el campus no iba a hacer el viaje solo por dos. Seguro que han escogido a los mejores —respondió su amigo cerrando la cadena de la bici y quitándose su habitual gorra de sus rizos castaños. —¿Cómo estoy?

—Como si no te hubieras peinado en una semana. Le encantarás al del

FBI.

—Mierda. —Se miró a uno de los cristales de la puerta y se pasó la mano por el cabello varias veces, pero en aquel desastre había poco que hacer. —No importa, me quieren por mi cerebro.

—Eso es cierto. —Miró a su alrededor y vio que ante la puerta de acceso a la sala de actos había más o menos unos veinte alumnos. —No somos muchos. Esto está chupado.

—No creas.

Se volvió y gimió por dentro al ver que en ese momento entraban en el edificio el señor Mathews y un hombre vestido con un traje negro que debía tener unos cincuenta años. —¿Será el agente McMurfie? —susurró a Charlie en el mismo momento en que su profesor la miraba de reojo antes de apretar los labios como si le disgustara su presencia—. Mierda —añadió en voz muy baja cuando pasaron ante ella.

—No, no está muy contento de vernos aquí.

—Esto sí que me preocupa —dijo en voz baja viendo como abrían las puertas.

—Tampoco es para tanto. Podrías conseguir un trabajo en cualquiera de los mejores bufetes del país. Te van a llover las ofertas.

Ella gruñó caminando entre los estudiantes y se sentó en una de las

butacas prestando atención. El señor Mathews hablaba en susurros con el agente mientras subían al escenario y parecía muy serio. Una mirada hacia allí de McMurfie le indicó que estaban hablando de ella.

—Sí, esto no tiene buena pinta. Creo que te acaba de tachar de la lista.

—Eso ya lo veremos —siseó apretando los puños.

Miró al señor Mathews fijamente y durante dos segundos sus miradas se encontraron. Roxy sintió un vuelco en el estómago y se apretó las manos hasta que el latido de su corazón se normalizó. Una experiencia que no era nueva desde que le había conocido. Había sido entrar en su aula y había sentido cosas que nunca había experimentado por un hombre. Su manera de caminar por la clase, su manera de hablar y de mirarla como ahora, la alteraban de una manera increíble y provocaban hasta que soñara con él de manera habitual. Se sentía tan avergonzada por sentirse atraída por el profesor, que ni siquiera se lo había dicho a Charlie porque sabía que se burlaría de ella. Y eso que nunca habían tenido secretos desde que se conocieron y se hicieron inseparables. Nerviosa apartó la mirada hacia su compañero y sonrió.

—Lo conseguiré.

—Claro que sí. Si te propones algo...

Vieron como Mathews se acercaba al borde del escenario. —Para quien no me conozca soy Wilder Mathews y en este momento imparto clases

en la facultad de derecho del campus. —Miró a Roxy a los ojos. —Algunos ya me conocéis. Estoy aquí porque el agente especial McMurfie quería que estuviera presente en lo que él llama la instrucción. Sois estudiantes de distintas ramas porque el FBI no es solo lo que sale en la televisión y por supuesto necesitan a los mejores. Esos sois vosotros en vuestras especialidades. —Varios murmuraron satisfechos. —Seguramente a casi ninguno os interesará porque ni se os había pasado por la cabeza meteros en el FBI, esperando encontrar un trabajo mucho mejor pagado en una empresa privada, pero no os cerréis opciones. A veces un trabajo en el estado da una experiencia inimaginable muy valorada después en la vida civil. Escuchar atentamente porque puede que esto os interese.

—Gracias, Wilder. —El hombre sonrió a la sala. —Soy lo que se llama un reclutador y es obvio que os pica la curiosidad, así que os voy a explicar en qué consiste el FBI. Vamos a escudriñar sus entrañas para los novatos. Esos sois vosotros. O lo seréis si conseguís entrar. —Hubo murmullos. —Wilder, estos novatos pensaban que ya estaban dentro —dijo divertido.

Su profesor sonrió cruzándose de brazos. —Ya me he dado cuenta. Curtis, ábreles los ojos.

—Muchos acabáis la carrera este año y otros estáis en cursos de postgrado. Pero para ser agente federal tenéis que cumplir bastantes más

requisitos que tener más de veintitrés años. Quien haya estado en la cárcel que se largue. Quien tome drogas que se largue. Quien tenga más de treinta y seis que se vaya también. —Les miró a todos y sonrió con ironía señalando a un chico que estaba en la primera fila. —Tú te has metido algo. Tienes las pupilas dilatadas.

—¿Yo? —preguntó asombrado—. No, lo juro. No tomo drogas.

—Da igual que sea algo que hayas tomado para estudiar, hijo. ¿Te pasas muchas horas sin pegar ojo y has tenido que recurrir a alguna ayuda? Entonces no nos interesas.

El chico avergonzado miró a su alrededor. —No tomo drogas.

—¿Y serás capaz de pasar el detector de mentiras? Porque te exigiremos que lo hagas. Interrogaremos a tus amigos y familiares. ¿Crees que lo pasarás?

El chico se levantó de inmediato antes de salir corriendo. Wilder sonrió irónico subiéndole la presión arterial y sin aliento porque nunca le había visto sonreír, se adelantó en su asiento sin darse cuenta. Lo que provocó que el agente McMurfie la mirara.

—Después haréis un montón de test para comprobar vuestro estado psicológico y físico. Vuestras afiliaciones políticas, vuestras manías, costumbres... Todo será revisado para comprobar que seáis actos para ir a la

academia situada en Quántico. Donde pasaréis veintidós semanas durísimas de entrenamiento y si lo conseguís, solo si lo conseguís llegaréis a ser agentes del FBI. —Levantó una ceja mirándola. —¿Ha quedado claro?

Ella asintió emocionada y el agente se volvió mirando a Wilder con una ceja levantada. Su profesor asintió mirándola fijamente y el agente continuó explicándoles cómo era la vida en la academia y todo lo que les enseñarían. Estaba realmente fascinada y levantó la mano varias veces para preguntar todo lo que se le ocurría.

Sobre todo preguntó sobre las pruebas físicas porque estaba segura de que pasaría las psicológicas. Uff, abdominales, flexiones y correr. Ya se podía poner las pilas si quería pasar la criba.

—¿Y el sueldo? —preguntó uno de los presentes con burla.

Curtis McMurfie levantó una de sus cejas. —Unos cincuenta mil al año más o menos.

Se escucharon varios murmullos y el agente rió por lo bajo. —Les parece poco a los novatos, Wilder.

Muy serio respondió —Es que aún no les has dicho lo que van a hacer dentro del departamento. ¿Por qué no se lo explicas?

Impaciente esperó su respuesta y entonces se apagaron las luces y se encendió el proyector, mostrando la imagen de una niña de unos cinco años

que muy bien podía haber sido ella a esa edad. —Es Bethany. Desapareció hace veintidós años y todavía no la hemos encontrado. El caso sigue abierto. —Apareció la foto de uno hombre de la edad de Wilder. —Es James. Tenemos las sospechas de que le mató un asesino en serie que opera en los Estados Unidos y que todavía no hemos detenido. —Apareció la foto de una mujer morena con un tatuaje en el cuello. —Lisa es una de las criminales más buscadas de los Estados Unidos. Todavía no la hemos localizado. Se sospecha que está en México. Secuestró y asesinó a catorce ancianas en distintos estados para robarles en su propia casa. Y así uno tras otro podría contaros los miles de casos que aún están abiertos y que nos esforzamos cada día por resolver. Asesinatos, secuestros, violadores múltiples, delitos cibernéticos, delitos fiscales... cientos y cientos de casos. —En ese momento se encendieron las luces y les miró fijamente. —Pero sobre todo cientos y cientos de víctimas que necesitan nuestra ayuda. Eso es el FBI.

Roxy miró la fotografía de esa mujer que aún seguía en la pantalla y pensó en todas esas ancianas a las que había quitado la vida. Miró fijamente el tatuaje que llevaba en el cuello. Una mariposa. Sus fríos ojos azules parecía que la miraban y apretó los labios sin darse cuenta, sintiendo una impotencia enorme porque esa zorra siguiera suelta. Y ahí fue consciente de que eso es lo que quería hacer en la vida. Levantó la mano de golpe y el agente sonrió. —
¿Si, Roxy?

—¿Qué tengo que hacer para entrar en el departamento que se encarga de gente como ella? —preguntó señalando la foto.

El agente sonrió. —Primero entra en la academia y si consigues pasar el curso de formación lo hablamos.

—Eso está hecho, jefe. —Sonrió radiante haciendo reír a varios que ya la conocían.

Wilder entrecerró los ojos. —¡Agente especial! ¡Se lo ha ganado!

Roxy se sonrojó. —Oh, por supuesto. Lo siento, agente especial Murphy.

El hombre asintió antes de seguir hablando. —Como ha preguntado vuestra compañera y para dejarlo más claro, en cuanto terminéis el curso de formación se os designará un destino en alguna de las cincuenta y seis oficinas del FBI distribuidas por los Estados Unidos.

—Mierda —susurró Charlie haciendo que le mirara—. Como te toque una mierda de destino vas a flipar.

—Shusss.

—Se os designará el destino dependiendo de vuestra capacidad y motivación. Para eso también es el curso de formación, para saber dónde seríais más útiles. —Roxy asintió. —Así que no esperéis un destino estrella desde el principio. Tendréis que ganároslo. —Una chica empezó a repartir

unas bolsas. —Ahí tenéis lo que os he contado y mucho más, para los que se sienten interesados en el tema, le echen un vistazo. También está mi número por si tenéis alguna pregunta y la hoja de inscripción para las pruebas de acceso. Pensadlo bien y sopesad los pros y los contras, pero os aseguro que si os decidís, podéis llegar a tener un trabajo de lo más interesante.

Roxy revisó la bolsa y sonrió al ver un bolígrafo con el logo del FBI, una libreta y un montón de folletos que pensaba leerse de cabo a rabo. — También tenéis la web de la agencia en la que hay mucha información. De todas maneras, vosotros tenéis acceso a uno de los criminalistas más importantes del país y fue un agente hace unos años. Así que si tenéis alguna duda, él puede resolverla.

Sin aliento miró a Wilder. ¿Había sido agente? ¡Pero si era muy joven! Su profesor sonrió y a Roxy le dio la sensación de que lo hacía con tristeza. Como si le doliera recordarlo. Al parecer se le habían escapado algunas cosas cuando le había investigado en internet. —Parece que fue hace siglos, Curtis.

—Te aseguro que se te echa de menos. —Miró a los novatos. —Puede que no lo sepáis porque ocurrió hace cinco años, pero el profesor Matthews detuvo a uno de los asesinos en serie más prolíficos de la historia. Sesenta y dos víctimas en treinta años cargados de atrocidades. —Wilder se tensó como si no quisiera recordarlo, pero su amigo no se dio cuenta. —Él puede contaros de primera mano cómo es ser un agente de campo. ¿Tenéis alguna pregunta

más? —Miró a Roxy que seguía distraída pensando en Wilder. —Gracias por venir. Podéis retiraros.

Roxy ni fue consciente de cómo se levantaban los demás ensimismada en la expresión de sus ojos. Como si recordara algo realmente horrible. Algo aterrador que le hizo pasarse la mano por la nuca mostrando que no estaba tan relajado como aparentaba, pero en cuanto el agente se volvió, forzó una sonrisa enderezándose y pasó una mano por la espalda de su amigo para cogerle del hombro y fueron hacia las escaleras del escenario.

—¿Qué pasa? —preguntó Charlie.

—Nada —respondió sin dejar de mirarle de reojo. Miró su reloj. —
Uy, si puedo llegar al trabajo.

—No fastidies. ¡Podríamos ir a tomar algo para hablar de esto! Tía, ¿te ha gustado este rollo? A mí lo de los asesinos en serie me ha puesto los pelos de punta.

—Hablamos mañana, ¿vale?

—Maxwell, Abrams mañana les quiero en mi despacho a las diez de la mañana.

Se volvieron hacia su profesor. Estaba con el agente al lado y éste sonreía irónico. —Son alumnos tuyos, ¿no?

—Sí, Curtis —dijo como si fuera una desgracia.

El agente se echó a reír. —Se nota que esta chica es de lo más inquisitiva.

—Demasiado.

—Gracias, profesor Maxwell —dijo encantada sonriendo de oreja a oreja.

El señor Murphy se echó a reír a carcajadas y le dio una palmada a Wilder en la espalda. —Nos vendría bien en la agencia.

Su profesor la miró fijamente. —Ya veremos...

Se alejaron de ellos y los amigos se miraron. —¿Ya veremos? —preguntó Charlie—. Al parecer estaba acertado en mi primera impresión. Ni de coña entramos si Mathews tiene algo que decir. Ya le has oído.

Les observó alejarse. —Ya veremos lo que nos dice mañana. Ahora me voy a trabajar que necesito la pasta para el alquiler. Hablaremos después de la charla que estoy segura de que nos va a soltar y veremos por dónde van los tiros. A lo mejor estamos equivocados.

Agotada llegó a la minúscula habitación del piso que compartía con tres compañeras y cerró la puerta lentamente dejando la mochila sobre la cama. Venga, ya casi no quedaba nada. En mes y medio sería libre de la

facultad, de ese trabajo que odiaba y de dormir cinco horas como mucho. Se dejó caer en la cama y suspiró mirando el techo. Debería estudiar un poco. Juró por lo bajo porque se le había olvidado llamar a sus padres. Siempre esperaban su llamada los miércoles. Bueno, ya les llamaría al día siguiente. Si les llamara ahora se asustarían por la hora que era, ya que también vivían cerca de Washington.

Miró el reloj de encima de la mesilla de noche y gimió porque eran las tres de la mañana. Y tenía que levantarse a las siete si quería estudiar algo... Recordó la reunión con Mathews y se preguntó qué querría contarles. Pero en ese momento estaba tan cansada que ni le importaba lo que fuera a decirles. No iba a dejar que nadie le indicara lo que debía hacer en la vida y si tenía algo que ver con eso, igual se llevaba una sorpresa.

Sus padres le habían enseñado desde pequeña que si quería algo debía luchar por ello con uñas y dientes hasta conseguirlo, y estaba tan cerca de lograrlo que no podía dejar que nada se interpusiera. Había querido estudiar derecho allí y lo había conseguido gracias a las becas. Había luchado muchísimo y trabajado día tras día. Al fin conseguiría licenciarse en unas semanas. Siempre le había atraído la criminología y se había apuntado a todos los cursos y charlas que se habían dado en la facultad. Había leído libros del tema y la charla del agente Curtis la había decidido. Ni el profesor Mathews ni ningún otro en ese mundo se iba a interponer en su camino y si le iba a

insinuar algo así, ya le convencería ella. A pesada, insistente y machacona no la ganaba nadie.

Capítulo 2

Charlie y ella parpadearon mirando a Mathews ante ellos, que muy serio les acababa de decir que si se les ocurría inscribirse en las pruebas del FBI no aprobarían su asignatura. Charlie sonrió. —Pues es un alivio. —Su amiga le fulminó con la mirada. —No me mires así. Le he dado vueltas y no lo veo claro. Pero quiero un sobresaliente.

Wilder sonrió levantando una ceja. Vaya, últimamente se sonreía mucho. —Eso está hecho.

—¿Me podría explicar el interés que tiene usted en que yo no entre en el FBI? —preguntó molesta—. Con mi vida hago lo que me da la gana.

—¡No estás preparada para eso! —gritó sobresaltándoles.

—Bueno, yo me voy que con mi sobresaliente tengo bastante.

Asombrada vio que Charlie salía del despacho a toda prisa y jadeó antes de fulminarle con la mirada. —A mí no me va a convencer tan fácilmente.

—Me lo esperaba. —Apoyó la espalda en el respaldo de la silla

observándola.

—¡Yo ya me merezco un sobresaliente! ¡Soy la mejor de la clase!

—Lo sé. —Le soltó como si nada. —Pero me importa poco. No irás a las pruebas.

—¡Sí que iré! ¡Y me aprobaré porque si no haré que revisen mis exámenes y trabajos!

—Por supuesto puedes hacerlo. Estás en tu derecho. Pero la revisión llevará su tiempo porque puedo retrasarlo lo suficiente para que los novatos ya estén en la academia.

Le miró con rabia. —¡No puede hacer eso! No tiene derecho a dirigir mi vida.

—Te aseguro que te estoy haciendo un favor, Roxy.

—¡Y una mierda!

—¡No tienes ni idea de donde te metes!

—¡Qué usted no lo haya soportado, no significa que yo no pueda!

Wilder golpeó el escritorio con fuerza levantándose y siseó —¿Crees que soportarías ver un cuerpo desmembrado? ¿Una niña sin cabeza? —Roxy palideció. —¿Una madre que llora porque no la encuentra y tienes que decirle que no tienes su cuerpo entero? ¿Crees que serías capaz de hacer algo así? ¿Tener pesadillas cada noche para seguir viviendo esa pesadilla de día? ¡Tu

vida cambiará para siempre, Roxy! ¡Y llegarás a un punto en que nada te afecte porque es la única manera de sobrellevarlo!

—Solo quiere asustarme.

Rodeó el escritorio furioso y fue hasta su maletín que estaba sobre una silla. —Hace unos días me pidieron que les asesorara en un caso. —Tiró una gruesa carpeta sobre la mesa. —Ábrelo si tienes valor. Esa es la verdad de lo que encontrarás en el FBI si te dedicas a resolver crímenes. Y por tu perfil sé que quieres acabar allí. —Roxy miró la carpeta con el logotipo del FBI en la primera hoja y llevó su mano temblorosa hasta ella para volverla. La foto de una mujer sobre una mesa en el depósito de cadáveres, tapada con una sábana hasta el rostro que se veía claramente, hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas de la impotencia. —Mujer, veinticuatro años. Corría por el parque cuando la atacaron. Estuvo desaparecida dos meses antes de encontrar su cadáver tirado exactamente en el mismo sitio donde desapareció. Pasa la página, Roxy... No has visto sus heridas y son vitales para resolver el caso — dijo como si le estuviera dando una de sus clases. Tragó saliva dando la vuelta a la hoja donde estaba el informe forense—. Veinticinco puñaladas y como puedes ver en el dibujo en blanco y negro, todas en el abdomen. Pasa la página. —Pasó la página de nuevo y cerró los ojos sin poder evitarlo al ver su cuerpo en el lugar del crimen. El muy animal la había colgado de un árbol. — ¿Qué ves en la escena?

Abrió los ojos porque si no superaba esa prueba estaría en sus manos y se negaba a que él ganara. —Ha sido colgada post mortem. La mató en otro sitio.

—¿Cómo lo sabes?

—Casi no hay sangre bajo sus pies —dijo fijándose en los detalles—. Ni en sus piernas. —Levantó la vista sorprendida hasta sus ojos. —La mató y después la lavó.

—Exacto, porque el volumen de sangre que tuvo que perder en el apuñalamiento tuvo que manchar sus piernas o su espalda si estaba tumbada y como ves en la foto apenas tiene sangre. Pasa la página. —Hizo lo que le ordenó para ver la foto de otra mujer y cogió el dossier de la mesa para pasar las páginas más rápidamente. Eran los informes de otras tres mujeres que fueron encontradas con las mismas características. —¿Qué has visto?

—Las secuestra, se divierte y después las mata.

—¿Por qué?

—Porque no le satisfacen. No consigue de ellas lo que quiere.

Los ojos de Wilder brillaron. —¿Por qué piensas eso?

—A dos les cortó el cabello sobre los hombros como a la primera víctima. Busca un ideal, pero no lo consigue. —Abrió el dossier en una página y le mostró las uñas pintadas de rojo de una de las víctimas. —Le obligó a

dejarse las uñas largas. Tocaba el piano y ninguna pianista llevaría estas uñas. Busca un prototipo de mujer que no llega a conseguir.

—¿Que es?

—Rubia de veintitantos, que cuida mucho su aspecto. Cabello cortado por los hombros y con los ojos claros porque las tres los tenían.

—¿Y él?

—Hombre de treinta a cuarenta años. Vive solo y tiene una casa no un piso, para mantenerlas cautivas. La querría tener cerca, así que las retiene en un sótano o en una habitación. Tiene trabajo estable y aparentemente es normal. Diría que las víctimas representan a alguien que ve a menudo. Una vecina o una compañera de trabajo con la que no se atreve a tener una relación porque ni de broma esa mujer saldría con él, pero por su personalidad. Seguro que la adora en la distancia temiendo un rechazo, pero él no es desagradable a primera vista.

—¿Por qué lo dices?

—Porque estas mujeres no huyeron de él al encontrárselo. Tiene un aspecto que no crea desconfianza. A no ser que las atrape sin que se den cuenta, claro. Pero me parecería raro.

Se sentó en la esquina del escritorio. —Explícate.

—Cuando sales a correr temprano y no es que tenga mucha

experiencia, si alguien se acerca a ti por detrás escuchas sus pisadas. —Le mostró el camino de tierra.

—A no ser que llevara cascos de música.

—¿Los llevaba?

Él entrecerró los ojos. —No, no los llevaba.

Sonrió radiante. —Entonces creo que mi análisis es correcto. —Él cogió el dossier de malas maneras metiéndolo en el maletín y Roxy se levantó. —¿Es correcto?

—Le han detenido ayer por la noche. El FBI sacó un retrato robot de la presunta víctima y una mujer se puso en contacto con ellos. Un compañero de trabajo la acosaba.

Ella hizo una mueca. —Mierda, me he equivocado. ¿La acosaba? Entonces sí que se acercaba a ella... Se libró por los pelos.

—¡Y es más feo que Picio! —le gritó a la cara.

—¿Qué pasa? ¡Me queda mucho que aprender!

—¡Exacto, por eso sé que no estás preparada! —Ella miró sus labios sin darse cuenta y Wilder entrecerró sus ojos negros. —Si crees que seduciéndome voy a cambiar de idea, estás muy equivocada.

Se puso como un tomate. —No, si yo no... ¡Ni se me ocurriría!

Dio un paso hacia ella y Roxy dio un paso atrás. —¿Ni se te ocurriría?

—preguntó con voz grave haciendo que cada célula se alterara. —¿Quieres que te diga lo que pienso?

—No —susurró asustada dando otro paso atrás.

—Te lo diré igualmente, nena. —Levantó una mano y acunó su pecho por encima de la camiseta rosa que llevaba cortándole el aliento. —Estás excitada. —La cogió por la cintura pegándola a él y ni pudo oponerse porque era cierto, estaba excitadísima. Roxy gimió cerrando los ojos cuando acarició el pezón con el pulgar. —Te morirías porque te follara sobre la mesa. Lo llevas deseando desde hace meses y si de paso consigues lo que quieres, pues mucho mejor. Pero eso no va a pasar. —Besó el lóbulo de su oreja antes de acariciarla con la nariz. —¿No es cierto, nena? —Su otra mano bajó por su cintura hasta su trasero y la pegó a su sexo endurecido. Roxy sintió que se mareaba al sentir su miembro contra su vientre y sin darse cuenta movió la cadera deseando sentirle dentro. —Mírate, si te acariciara un poco más te correrías aquí mismo. —Su voz ronca y su aliento sobre el lóbulo de su oreja la marearon y un gemido escapó de su garganta. —Pero eso no ocurrirá hasta que termines el curso y si te vas a Virginia no pasará nunca. Tú decides, preciosa.

Se apartó de ella y Roxy medio ida ni se dio cuenta. Wilder sonrió irónico antes de regresar tras su mesa y sentarse en su sillón. —Puedes irte.

Atónita se volvió para verle sentado y tan tranquilo cogió su libro de

criminología para abrirlo. —Más te vale que saques una buena nota en el control de hoy porque si no me voy a cabrear. —La miró fijamente con sus ojos negros. —Y si crees que no me voy a enterar si presentas la solicitud, estás muy equivocada. Curtis me avisará de inmediato.

Apretó los puños sintiendo que la rabia y la impotencia la recorrían de arriba abajo. —¿Y por qué no le dices que no me admitan y ya está? ¿A qué viene todo esto?

Wilder entrecerró los ojos. —La decisión es tuya.

—¡No, es tuya! ¡A mí solo me has dado un ultimátum! ¡O suspendo y no iré a la academia o termino la carrera sin hacer lo que quiero!

—Te aseguro que no es lo que quieres.

—¡No me conoces!

—Sí que te conozco. Más de lo que piensas. Te he observado todos estos meses. Charlie es muy inteligente, pero tiene dentro un punto de rebeldía que le hubiera llevado a cometer el mayor error de su vida si no le detengo. ¡Y todo por seguirte a ti! ¡Porque contigo se siente seguro! ¡Por eso os he amenazado con suspenderos! Sabía que en cuanto lo hiciera daría marcha atrás. Pero tú eres distinta. —Abrió la boca atónita. —Tú tienes mucho potencial. Solo le has echado un vistazo al informe y has sacado un perfil del sospechoso que estaba bastante acertado. Por supuesto necesitas curtirte y

puede que te conviertas, si tienes el suficiente interés, en uno de los mejores agentes de campo del FBI.

—Entonces no lo entiendo... —susurró confundida.

Wilder apretó los labios. —Yo he estado allí. He visto lo que tú vas a ver y he pasado exactamente por lo mismo que tú. Las ansias por ayudar dispuesto a ser el más fuerte y que nada me afecte con tal de resolver los casos cuanto antes. Pero nada te prepara para ver tu primer cuerpo. Tu primera escena del crimen y sobre todo para volver a casa sin poder olvidar todo lo que has vivido durante el día. Te conozco. He estado rodeado de agentes y tú eres obsesiva. Te fijas un objetivo y no paras hasta cumplirlo. —Se sonrojó porque era exactamente así. —Y habrá casos que no podrás resolver y empezará la frustración porque los casos se acumularán sin una solución. Trabajarás más horas y llegará un punto en el que no tengas vida. Y aunque ahora no es que tengas demasiada, lo notarás. Pero seguirás adelante y llegará un caso realmente atroz. —A Roxy se le cortó el aliento. —Algo que te empeñarás en resolver porque si no es así qué sentido tiene seguir en ese trabajo. Entonces harías lo que fuera, Roxy. ¡Incluso arriesgar tu carrera y tu vida para conseguirlo! ¡Y si consigues resolverlo, te pondrán el siguiente expediente sobre la mesa y te dirás esta mierda no terminará nunca!

Se quedó en silencio observándole. —Que te pasara a ti no significa que me tenga que pasar a mí.

Wilder sonrió irónico. —Te equivocas, nena. Eso no fue lo que me ocurrió a mí. No tiene nada que ver. Yo he resuelto todos los casos en los que he trabajado.

Le miró asombrada. —¿Todos?

—Sesenta y ocho casos en cuatro años. Todos cerrados. No hablaba de mí. Hablaba de ti.

—Puede que no seas tan listo. ¡Puede que te equivoques!

—Destrozarás tu vida si entras en el FBI, Roxy. Puede que no lo quieras admitir, pero es lo que te ocurrirá y tú lo sabes tan bien como yo.

—¡Voy a hacerlo! —exclamó empecinada.

La miró fijamente. —Os amenacé con suspenderos porque me pareció lo más rápido para liquidar el asunto. Con Charlie funcionó enseguida porque no tenía un interés real, pero sabía que contigo no llegaría a nada porque eres capaz de presentarte el año que viene cuando te hubieras librado de mí. Pero ahora es distinto, ¿no es cierto, nena? Ahora sabes que puedes tener una relación conmigo. —Roxy apretó los labios. —Si presentas tu solicitud, nunca habrá nada entre nosotros. Tú decides lo que deseas más. Si empezar tu nueva vida en Virginia con un nuevo trabajo que realmente no conoces o intentarlo conmigo y ser mi mujer. —El corazón de Roxy saltó en su pecho. —¿No te lo esperabas, preciosa? Eso me indica que aún te queda mucho que aprender para

ese trabajo que tanto deseas, porque me moría por estar contigo desde que te vi por primera vez —dijo fríamente antes de mirar su libro—. Tienes cinco minutos hasta el examen. Será mejor que te vayas.

Sin respiración porque su corazón le deseaba muchísimo, le observó durante unos segundos en los que la ignoró totalmente. Con la mano temblorosa aún sintiendo el deseo que recorría su cuerpo, cogió la mochila cargándosela al hombro y fue hasta la puerta. Cogió el pomo, pero no lo giró sintiendo como su corazón se retorció por lo que iba a decir —No voy a dejar que me presiones. Si me conocieras tan bien como dices ya lo sabrías. Mi vida es mía para hacer con ella lo que me venga en gana y si quieres estar conmigo debes aceptarme como soy. Me iré a Virginia.

Salió de allí a toda prisa y al cerrar la puerta escuchó un fuerte golpe en el despacho. Reteniendo las lágrimas avanzó por el pasillo, pero sintiendo que acababa de tomar la decisión más importante de su vida tuvo que meterse en el baño. Se encerró en uno de los cubículos y gimió de dolor abrazándose el vientre, porque ella también le conocía y sabía que tampoco daría su brazo a torcer. Sus mejillas se llenaron de lágrimas y se dejó caer en el suelo sentándose sobre el linóleo mientras las lágrimas brotaban sin control, recordando cada palabra que le había dicho en ese despacho.

Jamás hubiera pensado que tendría una oportunidad a su lado. Nunca se le había pasado por la cabeza y descubrir que era posible había sido una

auténtica sorpresa. Pero le conocía y sabía que hablaba totalmente en serio. Tenía dos cosas que deseaba muchísimo al alcance de la mano y solo podía escoger una. Pero no podía dejar que la presionara con eso porque se sentiría defraudada consigo misma el resto de su vida. Juró por lo bajo angustiada y miró su reloj. Ya casi no tenía tiempo para el examen. Respiró hondo levantándose y salió del baño para lavarse la cara.

Mirando su rostro empapado en el espejo sabía que había tomado la decisión correcta, pero decirle que no se plegaría a sus deseos había sido desgarrador. Estaba segura de que jamás sentiría lo mismo por otro hombre como lo que había sentido por él en ese despacho y eso quería decir que seguramente se pasaría sola el resto de su vida.

Capítulo 3

Roxy observó el escaparate con una triste sonrisa en los labios. El último libro de Wilder ocupaba toda la fachada de la librería anunciando uno de los Best Sellers más vendidos de la historia. Su rostro salía en todos los noticiarios porque se trataba de la historia de la resolución de un secuestro que él había ayudado a resolver en colaboración con la policía de Montana. El secuestro de una niña de nueve años que se llamaba Jasmine. Ya había leído el libro y era fantástico. No le extrañaba que hubiera tenido tanto éxito.

La figura de Wilder en cartón estaba en un lateral del escaparate y miró sus ojos negros. La tristeza la invadió de nuevo y se volvió negándose a pensar más en ello. Ya habían pasado cinco años desde la última vez que le había visto el día de su graduación. Con su diploma le dio la mano como al resto de sus profesores, pero él la retuvo entre las suyas mirándola fijamente. —Te deseo mucha suerte, Roxy. La vas a necesitar.

Sin poder responder por el nudo que tenía en la garganta, se alejó yendo hacia las escaleras que bajaban del escenario y se acercó a sus padres que la abrazaron entusiasmados. La primera Maxwell que terminaba la carrera

y con unas notas brillantes. Estaban tan orgullosos... Pero ella ni les escuchó mirando sobre su hombro para ver que él la seguía observando y esos ojos negros era lo que no podía olvidar porque estaban furiosos por la decisión que había tomado.

Su compañero salió del portal en ese momento y se acercó a ella que tomó aire olvidándose del tema antes de preguntar —¿Estaba en casa?

—No. El portero me ha dicho que no ha regresado. Tenemos que ir a su trabajo. —Roy miró a su alrededor. —El tráfico está horrible. ¿Deberíamos dejarlo para mañana?

Roxy iba a decir algo cuando vio al chico que buscaban caminando con una mochila sin dejar de hablar por teléfono. —Disimula... ahí viene —dijo con una sonrisa en los labios.

El chico sin dejar de hablar miró hacia el portal y debió ver que Roy le observaba, porque de repente se detuvo y tirando la mochila al suelo echó a correr en dirección contraria. —Mierda —dijo ella antes de echar a correr tras él como su compañero.

Apartando a la gente que saturaba la calle, gruñó por lo bajo cuando se golpeó con un nombre enorme en el hombro, pero siguió corriendo. —¡Alto al FBI!

El chico miró hacia atrás asustado y se metió en la boca del metro. —

¡Roy, el metro! —gritó a su compañero que se había detenido mirando a todos lados. Roxy bajó las escaleras y saltó el torno mirando a la derecha y a la izquierda, pero no sabía qué túnel había tomado. —¡Tú por ahí y yo por aquí! —gritó antes de correr hacia su derecha sin esperar su respuesta. Lo más rápido que pudo bajó las escaleras del andén y le vio al final tirándose a la vía para correr por el túnel del metro—. ¡David, detente! ¡Te vas a matar! —Corrió hasta el final del andén esquivando a la gente que esperaba y cuando llegó hasta allí metió la cabeza. Un tren que venía de frente iluminó como corría por la vía. —¡Maldito niño! —Saltó a la vía mientras la gente gritaba del asombro al ver que sacaba su arma de la espalda. —¡David, detente! —Disparó al aire, pero el chaval seguía corriendo. —La madre que te parió.

—Señorita, ¿es policía? —preguntó una anciana desde arriba asombrándola porque todos los demás habían salido despavoridos—. Me han robado el bolso. —Gruñó echando a correr tras David. —Oiga, ¿no me ha oído?

Escuchó como el sonido del tren se acercaba tras ella sin perder de vista la espalda de David que no se detenía, aunque ya estaba algo cansado. Roxy se metió justo a tiempo en una de las salidas de emergencia antes de escuchar un sonido estridente y como el tren se detenía haciendo chirriar los frenos. Cerró los ojos maldiciendo por lo bajo. Adiós a su única pista del caso.

Cuando el convoy se detuvo, caminó por el túnel hasta llegar al maquinista que bajaba en ese momento y enseñó su placa. —Que cierren esta zona.

—Sí, señorita.

Sin sentir nada se acercó a su cuerpo desmadejado que estaba iluminado por las luces del tren. Le había impulsado hacia la pared y todo estaba lleno de sangre. Veintidós años. Tenía toda la vida por delante y la había perdido por una estupidez. Suspiró pasándose la mano por la frente, apartando los mechones rubios que se le habían escapado de la coleta que usaba para trabajar, antes de acuclillarse a su lado aún con la pistola en la mano. —¿Cómo te metiste en este lío, David...?

Le observó fijamente. Ahora venía lo peor. Decírselo a sus padres, que como siempre vivían en la inopia mientras su hijo que tenía esa cara de bueno con esos ricitos rubios, colgaba fotos en la red de las víctimas de su asesino. Sacó su móvil y llamó a su agente especial al mando sin dejar de mirar sus ojos castaños que estaban abiertos, como impresionado por lo que le había ocurrido. A Larry esto no le iba a gustar un pelo y seguramente le echaría otra bronca de las suyas. Se puso el teléfono al oído y esperó.

—¿Le tenéis? —preguntó sabiendo de sobra quien era.

—Acaba de morir.

—¡Mierda! —gritó al otro lado—. ¿Qué coño ha ocurrido?

Se incorporó mirando a su alrededor e hizo una mueca. —Ha muerto durante la persecución. En el metro. Un tren le ha dejado hecho un guiñapo.

—¿Dos de mis mejores agentes no son capaces de traer a un chico para interrogarle? —gritó a los cuatro vientos antes de suspirar—. ¿Estás herida?

—Estoy bien.

—Revisad su casa después de que le recoja el forense. Os envío a los del departamento de informática.

Entonces recordó cómo el chico tiraba algo antes de salir corriendo. —¡La mochila! —exclamó antes de salir corriendo del túnel.

Por supuesto no la encontró y eso le valió otra buena bronca. Después de que se levantara el cuerpo debían esperar la orden de registro, pero mientras tanto irían hablando con sus padres.

—Este caso está mejorando por momentos —dijo su compañero divertido guiñándole uno de sus ojos castaños—. Larry te va a comer viva cuando te vea.

—No tiene gracia, tú tampoco recogiste la mochila. —Llamó al timbre del piso de David y esperaron. —Odio esta parte. Lo de hablar con los padres

me pone de los nervios.

—Pues ya somos dos. —Miró al frente y frunció el ceño. —¿Aún no están en casa? —Miró su reloj. —Si ya son las ocho.

Roxy volvió a llamar y los dos se volvieron cuando se abrió la puerta de al lado. Una vecina con bata de boatiné salió con su perrito en brazos. —
¿Buscan a los Rogers?

—Sí, ¿están de viaje? —preguntó ella suavemente.

—Se han ido del edificio. Tienen el piso en venta. Solo vive su hijo porque así lo cuida mientras tanto, pero casi nunca está en casa y si está no abre la puerta. Solo le abre al repartidor, ya sea de pizzas o de esos que venden por internet. Pero trabaja, ¿sabe? En algo de informática. Es muy bueno con esos chismes.

Roy asintió acercándose y mostrando su identificación. —Sí, el portero nos ha dicho donde trabajaba. ¿No sabrá dónde están sus padres? Tenemos que darles una mala noticia.

La señora le miró atentamente. —¿Una mala noticia? ¿Le ha pasado algo a David?

—Ha fallecido —dijo ella acercándose también—. ¿Sabe dónde podemos localizarles?

La mujer impresionada asintió. —Están en Denver. Son de allí y en

cuanto jubilaron a Thomas... Dios mío. Era su único hijo. Le adoraban... Le tuvieron mayores. Llegaron aquí cuando David era un bebé.

—¿Se trasladaron a Nueva York desde Denver? —preguntó ella sacando su libreta y apuntando los datos.

—Sí, Thomas es contable —dijo pálida—. Perdonen, pero tengo que sentarme.

—Sí, por supuesto —dijo Roy amablemente cogiéndola del codo con cuidado—. Siéntese, está algo pálida.

Entraron con ella y Roxy cerró la puerta mirando a su alrededor mientras la mujer decía que estaba realmente impresionada. La decoración era para morirse. Todo estaba lleno de figuritas de porcelana impecablemente limpias. La señora debía pasarse horas con el paño en la mano. Llegaron al pequeño salón y la mujer sentó al perrito a su lado que obediente ni se movió. Ellos se sentaron ante ella y Roxy preguntó —¿Así que es contable?

—Era contable. Ya está jubilado. Compraron el piso y David no tenía ni un añito, el pobre. Siempre fue un chico muy espabilado. —Roy sonrió.

Roxy miró a su alrededor. —Pero estas casas son carísimas. ¿Cómo podían permitírsela? ¿La señora Rogers trabajaba?

—No, ella se dedicaba exclusivamente al niño. —La anciana entrecerró los ojos. —¿Sabe? Eso también me extrañó a mí. Mi marido era

abogado y ganaba un buen dinero. Además, esta casa nos la compraron sus padres. Mi Anthony también se lo preguntó varias veces y más cuando el portero anterior, que se enteraba de todo no como éste, le dijo que habían pagado la casa al contado. Era mucho dinero hace veinte años. Bueno y ahora.

—¿Y cuánto pa...?

—Así que vinieron de Denver... —dijo Roy interrumpiéndola.

Le miró de reojo y tuvo que cerrar la boca porque se suponía que él estaba por encima de ella en el escalafón. Solo llevaba seis meses en ese puesto y Roy era su mentor. Pero leche, es que nunca preguntaba lo que ella quería.

—Sí, decidieron que Thomas aceptara un trabajo que le habían ofrecido en... —Entrecerró los ojos. —Déjeme pensar... Es que para los nombres soy malísima.

—No pasa nada —dijo su compañero con una sonrisa que hizo que la mujer le mirara aliviada—. Daremos con el nombre. Ahora está todo informatizado.

—Eso me decía David. —Sus ojos verdes se llenaron de lágrimas. — Pobre chico. ¿Alguien le ha matado? ¿Por eso están aquí?

—Fue atropellado en el metro. Un desafortunado accidente.

La mujer jadeó llevándose una mano al pecho. —¡Qué horror! María

se va a morir cuando se entere.

—¿María es su madre?

—Sí. Una buena mujer. Su marido no me gusta tanto.

—¿Por qué? —preguntó ella antes de que Roy la interrumpiera de nuevo.

—No sé. A mi Anthony tampoco le gustaba mucho. —Estaba claro que lo que hubiera dicho su difunto marido iba a misa. —Nunca hablaban de su vida. No es que sea cotilla.

—Claro que no —dijo ella sonriendo—. Es lógico entre vecinos.

—Y en este edificio más, ¿sabe? Ya sé que en Nueva York cada uno va a lo suyo, pero nosotros nos conocemos casi todos de toda la vida. Nos invitamos a los cumpleaños y esas cosas. Pero Thomas... No solía asistir. Parecía que siempre quería mantenerse alejado. María era distinta. Siempre hablaba en el ascensor, aunque no de su vida. No sé si me entiende... Yo siempre le contaba mil cosas y ella solo hablaba de cosas generales o de lo que el niño hacía en el colegio.

—Así que realmente no sabían nada de su vida.

—Bueno, te vas enterando de algunas cosas a lo largo de los años. Aunque realmente el día que más hablaron conmigo fue cuando se mudaron y nos dijeron de donde eran. Fue David quien me comentó que se habían mudado

a Denver. Yo no los vi irse y ni siquiera se despidieron después de más de veinte años siendo su vecina —dijo indignada—. Le pregunté por su madre y me dijo lo del piso y eso... Vamos, que se habían ido.

Los agentes se miraron y Roy se levantó. —Vamos a ver dónde está esa orden. Gracias por su ayuda.

Pero Roxy no se movió. —¿Ha visto a alguien por aquí últimamente que no hubiera visto nunca? Algún extraño que llamara a su puerta o...

La mujer frunciendo el ceño negó con la cabeza y Roxy se dio cuenta que no quería meterse en líos. —No le pasaría nada, se lo aseguro.

—Mathews, no molestes más a la señora. Seguro que ya nos lo ha contado todo.

—Sí, todo —dijo ella rápidamente levantándose—. Era un buen chico. Siempre me ayudaba con las bolsas de la compra.

Roxy levantó una ceja recordando a las mujeres que habían asfixiado. Fotos que él había colgado en la red con una identidad falsa. Y solo podía habérselas dado el asesino, eso si el psicópata no era él. Entonces el caso estaría cerrado. Se levantó al ver que su compañero se mosqueaba y sonrió. —Gracias por su ayuda, ¿su nombre es?

—Dorothy. Dorothy Abbey.

—Sentimos las molestias, señora Abbey. Nos ha ayudado mucho —

dijo Roy tomando el mando de nuevo—. Si recuerda algo que pueda ayudarnos, estaremos en la puerta de enfrente durante unas horas.

—Muy bien.

Roxy sacó su tarjeta a toda prisa y se la tendió. —Y si lo recuerda en unos días llámenos. Cualquier cosa. Puede que no crea que es importante, pero a veces ciertos detalles nos ayudan a resolver un caso.

—Estaba metido en algo malo, ¿verdad? El FBI se ocupa de casos importantes. Lo he visto en la televisión.

—Estamos en plena investigación y no podemos entrar en detalles. Entiéndalo.

La mujer asintió. —Sí, por supuesto.

Escucharon ruidos en el descansillo y Roy salió del piso a toda prisa. —Maxwell, vamos. Ya están aquí.

Roxy sonrió y dijo en voz baja yendo hacia la puerta —Llámeme cuando quiera. Estoy disponible a todas horas.

La mujer la cogió del brazo deteniéndola. —Hace unos meses escuché gritos y llamé a la policía de manera anónima —susurró mirando hacia la puerta—. Cuando vinieron los agentes, el padre dijo que no pasaba nada y su hijo también salió. Lo vi por la mirilla. Les dijeron que estaban discutiendo porque el chico había bebido y se fueron sin entrar en la casa.

—¿Y la madre?

—No la vi. De hecho no la vi más —susurró preocupada—. ¿Cree que estará bien?

—Los gritos... ¿sabe lo que decían? ¿Eran gritos de mujer?

—No. —Sonrió aliviada. —No, solo de hombre. Algo de un ordenador roto y unos golpes. Pero a ella no la escuché.

Roxy sonrió. —Seguro que está bien. Si ve algo raro o algo que la preocupe me llama. Quiero que esté tranquila.

—Es muy amable. Usted llegará lejos, ya verá.

Salió del piso y guiñándole un ojo cerró la puerta. Roy se acercó a ella. —Van a tirar la puerta abajo. —La cogió del brazo alejándola de la puerta de la vecina mosqueado. —¿Te ha dicho algo más?

—No, solo que después de lo que había ocurrido estaba preocupada por los padres —dijo mirando hacia la puerta donde dos de los suyos sujetaban el ariete que era capaz de abrir cualquier puerta. La golpearon y la puerta salió disparada. Roxy cogió los guantes que le tendió uno del laboratorio y ella le dijo al jefe del grupo de criminalística —Luke quiero que compruebes si hay sangre dentro de la casa.

—Maxwell... Ya sabes que no se me escapa nada.

Sonrió divertida pasando por encima de la puerta con la mano a la

espalda y sacó su pistola. Roy ante ella le hizo un gesto para que mirara en la primera habitación y echó un vistazo. Era el salón y aparentemente estaba vacío. Entró recorriéndolo a toda prisa con su pistola en las manos y regresó de nuevo al pasillo para revisar toda la casa. La puerta de la habitación de David era bien reconocible porque tenía un montón de pegatinas impidiendo el paso. Estaba claro que quería intimidad para hacer de las suyas.

Alargó la mano girando el pomo y la puerta se abrió dejándoles con la boca abierta. Había cientos de fotografías colgadas de todos los sitios. Las paredes, el techo, incluso en la puerta del baño. Fotos espeluznantes de mujeres muertas de distintas maneras en mil posiciones diferentes.

Roy entrecerró los ojos. —Un admirador.

—Si no aparecen los padres no. Entonces será otro maldito psicópata. Y me da que no van a aparecer. —Levantó la vista hacia una de las fotos. — Les admira. Quiere ser como ellos, conseguir lo que ellos pretenden matando. Quiere esa satisfacción por eso la admira continuamente, pero si ha dado el paso ha sido hace muy poco. —Vio una foto que le llamó la atención porque no tenía nada que ver con los demás. —Y lo ha dado. —Le mostró cogiéndola por la punta una de las fotos con dos personas mayores tiradas en el suelo con el vientre desgarrado. —¿Sus padres?

Roy salió de la habitación y regresó unos minutos después. Ella miraba la fotografía y apretó los labios porque el fondo de la habitación era el salón.

Eran sus padres. Su compañero levantó un marco y asintió viéndoles con David ante el árbol de Navidad. Hizo una mueca. —Lo que engañan las fotos. Ahí hasta parecen felices.

—Nunca nada es lo que parece en este trabajo. No lo olvides.

—Te aseguro que no lo olvido. —Se acercó hasta la mesa donde tenía tres ordenadores de distintos tipos. Desde un portátil de última generación hasta uno de esos con pantalla de tubo que debía tener veinte años. —Ahí tendrá el material. —Volvió la cabeza para mirar a su compañero sobre su hombro y vio que miraba una foto de la estantería. Frunció el ceño acercándose y vio a una mujer rubia preciosa. —¿Su novia? —En cuanto lo preguntó se dio cuenta de que no porque la foto era revelada de carrete. Debía tener veinte años más o menos. —Su madre no es. ¿Una tía?

—Ni idea. —Suspiró agotado volviéndose y pasándose la mano por su cabello castaño. —Joder, nos queda mucho trabajo y tengo unas ganas enormes de irme a casa con mis hijos. Están de vacaciones por la Navidad y casi no les veo.

Roxy sonrió. —Vete. —En ese momento entraron sus chicos y Luke silbó mirando hacia arriba. —Yo me encargo. Esto es rutinario, ya lo sabes. Todo el trabajo lo tiene Luke.

—Ja, ja. Muy graciosa. Yo también tengo hijos, ¿sabes?

Parpadeó sorprendida. —La leche, ¿quién ha sido la incauta que se ha casado contigo?

Todos se echaron a reír y Roxy le guiñó un ojo a Luke antes de volverse hasta su compañero. —Venga, vete que puede que les pilles despiertos.

Le miró dudoso. —¿Seguro?

—Seguro. No voy a meter la pata. Hoy ya la he metido bastante.

—No fue culpa tuya. Y viendo la habitación estoy seguro de ello. —Le dio una palmada en el hombro. —Te veo mañana. Desgraciadamente el caso va a seguir estando ahí.

—Sí —dijo perdiendo la sonrisa mientras se alejaba saliendo de la habitación. Y si no era ese era el siguiente. Uno tras otro porque nunca se acababa. Las palabras de Wilder volvieron a su memoria y movió la cabeza de un lado a otro como si con eso pudiera evitar escucharle una y otra vez, porque estaba claro que respecto a ella había dado en el clavo de lleno—. Maldito sabiondo —siseó antes de ponerse a trabajar.

Sentada en su escritorio una semana después, sabía que estaba en un callejón sin salida. No tenían ninguna pista de su asesino y empezaba a

desesperarse, casi deseando que actuara de nuevo para tener algo de lo que tirar. Habían pasado veinte días desde su última obra y no solía pasar un mes desde una a otra, así que estaba al caer.

Roy sentado en la mesa de al lado revisaba las fotos del cuarto de David y puso los ojos en blanco porque ella ya lo había hecho hacía días. Vale que quedaba una semana para acabar las Navidades, pero tampoco había que tomárselo con tanta calma. Otra mujer iba a morir. Su jefe salió del despacho y le hizo un gesto con la cabeza para que entraran. Roy ni se dio cuenta y ella le chistó. Cuando la vio ir hacia el despacho se levantó a toda prisa con el expediente en la mano.

—Cerrad la puerta —dijo Larry sentándose tras su abarrotada mesa en mangas de camisa. Roy lo hizo sin abrir la boca porque no estaba el horno para bollos—. ¿Cómo va el caso? Informadme.

—Nada nuevo, jefe —dijo ella rápidamente—. Había sangre en el piso, pero no había rastro de sus padres. Se deshizo de ellos. Y las fotos son de muchos casos cerrados, excepto las víctimas de nuestro sudés. Las huellas no indican a nadie sospechoso en el piso y en Denver no saben de los Rogers desde hace veinte años. O eso nos han dicho los nuestros que trabajan allí. ¿Puedo ir a Denver para investigar más a fondo?

Su jefe la observó fijamente. —¿Y qué quieres descubrir allí? El caso está en Nueva York. No regresaron a Denver. No hay más vueltas que darle

porque es evidente que era mentira que estuvieran vivos, ¿no crees?

—Es que hay unos cuantos cabos sueltos que me gustaría atar porque es la única pista que tenemos.

—Maxwell, eso es una tontería —dijo su compañero desacreditándola ante el jefe.

Roxy apretó los labios. —No es una tontería. ¡Ese piso les costó un millón y medio de dólares hace veinte años! ¿De dónde sacaron el dinero? Porque en sus cuentas bancarias no tenían más de veintitrés mil dólares cuando fallecieron.

—Invertirían todo lo que tenían en su casa. —Chasqueó la lengua sin darle importancia. —La verdad es que ha sido una inversión de la leche. La casa ahora vale al menos cuatro.

Empezaba a pensar que su compañero era idiota. Exasperada se volvió hacia su jefe. —Es un cabo suelto. Quiero investigar.

—¿Eso es todo lo que tienes después de interrogar a todos los conocidos de David Rogers? —preguntó mirándola a los ojos. Roxy se tensó porque esos ojos grises parecían que mostraban un interés más allá del trabajo y eso podía traerle problemas. Para sus cuarenta y dos años puede que estuviera bastante bien con ese cuerpo, ese cabello rubio y esa aura de yo me las se todas, pero ni de coña iba a poner en peligro su trabajo por ese tío.

No lo había hecho por alguien del que si estaba interesada, mucho menos por ese.

Desvió la mirada hacia su compañero, que divertido se cruzó de brazos. —Es lo que tenemos —respondió por ella.

—Entonces no. Me importa una mierda si cometieron un fraude o un robo para tener la pasta. No es relevante para el caso y aquí tenemos mucho trabajo. —Larry apretó los labios. —Ayudar a Fred y a Elizabeth mientras surge una nueva pista.

—¿Otro cadáver? —preguntó alterándose—. ¡Debemos tirar de lo que tenemos!

Larry la fulminó con la mirada. —¿No me has oído, Maxwell? ¡El caso está en punto muerto y debemos esperar! ¡Ahora fuera de mi despacho!

Furiosa salió a toda prisa y escuchó decir a Roy tras ella divertido — Se lo toma muy a pecho.

—Todavía es una novata en este trabajo. Puede que haya resuelto cuatro casos desde que ha llegado, pero desde que le he dado éste está más alterada. Vigílala.

—Sí, jefe. Tranquilo, que yo la controlo —dijo con jactancia antes de salir del despacho. Se debían pensar que estaba sorda o algo por el estilo. Serían idiotas.

Se sentó tras su mesa mientras su compañero se acercaba. —Vete a casa, Maxwell. Tómate un descanso y mañana ven con las pilas cargadas. A veces con la mente despejada encontramos las soluciones más sencillas. —Le advirtió con la mirada antes de acercarse a Elizabeth que sonrió al verle llegar.

¿Que se fuera a casa? Pues muy bien. Se levantó y cogió su abrigo negro del perchero poniéndoselo con ganas de gritar y se estaba colocando el cuello cuando miró el tablón donde las fotos de sus siete víctimas estaban una detrás de otra. Se las quedó mirando y entonces supo lo que su jefe había querido decir. Podrían ser ella. Media de veintisiete años. Rubias de ojos verdes... Todas atléticas y con buenos trabajos. Todas solteras independientes. Sin novios ni hijos. Nadie las esperaba en casa que es donde fueron atacadas para ser violadas y asesinadas brutalmente. Se le cortó el aliento porque hasta ese momento las había visto como víctimas, pero no se había dado cuenta del paralelismo que sus vidas tenían con la suya. Estaba claro que su inconsciente sí se había dado cuenta y por eso se lo había tomado tan a pecho. Apretó los puños. Pues iba a descubrir a su asesino costara lo que costara.

Capítulo 4

Gimió girándose porque le dolía el hombro y vio que estaba amaneciendo. Mierda, casi no había podido ni dormir en toda la noche dándole vueltas al caso. Se sentó en la cama mirando su habitación que estaba casi sin decorar. Solo tenía las mesillas de noche. Algún día tenía que ponerse a ello. Suspiró levantándose cuando le sonó el móvil y lo cogió de encima de la mesilla donde estaba cargando. —Maxwell.

—Tenemos otro —dijo Roy al otro lado—. Y éste nos va a traer muchos problemas.

—¿Por qué?

—Es la sobrina de Gaspard Cromwell.

—¿Es la sobrina del juez del tribunal supremo?

—Exacto. Date prisa. Número veinte de Park Avenue. Apartamento tres A. Yo ya voy para allá.

Colgó antes de que pudiera preguntar nada más y Roxy juró por lo bajo yendo hacia su armario, cogiendo un traje recién recogido de la tintorería y

quitándole el plástico. Puso el traje negro sobre la cama y a toda prisa se quitó su pijama verde de seda pensando en el caso. Estaba claro que quería notoriedad y que la prensa al fin le hiciera caso. Como decía su compañero, estaban en un lío como en ese apartamento no hubiera una pista que seguir.

Se bajó del taxi y pasó el cordón policial enseñando sus credenciales. Vio a varios agentes hablando con vecinos y con el portero de noche que sentado en una silla parecía descompuesto. Subió al tercer piso y se encontró a varios de los suyos en la puerta. Luke le dio unos guantes y unos patucos para los zapatos. —Con ésta se ha ensañado. Va a más.

—¿Ya la has visto?

Su compañero asintió. —En cuanto venga el forense empezamos. Cuidado con la sangre de la moqueta. Espero que toda esta policía no haya metido la pata porque sino dificultará mi trabajo.

Uno de los policías cruzado de brazos al lado de la puerta les fulminó con la mirada, pero no dijo ni pío mientras ella entraba en el piso que sorprendentemente era todo de una moqueta inmaculadamente blanca. Miró a su alrededor, y el salón decorado con mucho gusto en tonos blancos y azules verdosos, estaba impecable.

Escuchó ruidos arriba y miró hacia allí encontrándose con una escalera de metal pintada en blanco que llevaba al piso superior. Estaba claro que a su víctima le iba muy bien. Subió los escalones esquivando varias gotas de sangre que había en los peldaños. Del cuchillo seguramente.

Al llegar arriba giró a la derecha y vio ante una puerta abierta a Larry y a Roy. Su jefe se pasó una mano por su pelo rubio susurrando algo a su compañero y ella se acercó mirando el interior de la habitación. Era cierto lo que había dicho Luke. Se había ensañado con ella. Estaba furioso y la palabra puta escrita en el cabecero de la cama indicaba que estaba perdiendo el control. Roy y Larry la miraron sin comentar nada y vieron como entraba en la habitación acercándose a la cama. Antes de fijarse en el cuerpo miró a su alrededor. No había signos de lucha. Y por los desgarrones del camisón la había pillado en la cama como al resto de sus víctimas. Después la había atado y amordazado para jugar con ellas. Al ver la cómoda con el enorme espejo batiente frunció el ceño y se acercó a él. La moqueta estaba aplastada varios centímetros a su derecha y ella miró hacia la cama. —La ha movido.

—¿Con qué fin?

Roxy se incorporó moviendo el espejo hacia delante. La imagen de la cama se reflejó en él y siseó —Para que la chica viera lo que le hacía.

—Hijo de puta —susurró Larry por lo bajo.

—Es otra manera de tortura. —Se volvió a su alrededor y entró en el vestidor asombrándoles. El vestidor daba al baño que estaba impecablemente limpio, pero vio un bote de crema hidratante para el cuerpo abierto sobre el lavabo. Al mirar la ducha se dio cuenta de que la mampara estaba limpia. De hecho brillaba. —Ha usado el baño. Se ha lavado antes de irse.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó su jefe.

—Lo ha limpiado. Ella se duchó antes de acostarse, pero la mampara está impecable. El sudes usó el baño y después se largó como si nada.

—¿Y las manchas sobre la moqueta de los escalones?

La ironía de la pregunta de su compañero la pasó por alto. —Nunca había cometido ese error. Lo ha hecho para despistar.

—O se olvidó el cuchillo y subió a buscarlo —dijo su jefe exasperado.

—¿Quien encontró el cuerpo?

—Una vecina que salía a correr vio la puerta abierta y extrañada se lo dijo al portero. Fue él quien encontró el cuerpo —respondió Roy mirando a la víctima—. Joder, era preciosa.

—Como si eso tuviera relevancia para el caso —dijo ella por lo bajo antes de acercarse. Reprimió la impotencia que la recorrió al ver el cadáver. Atada a la cama de pies y manos con bridas que le cortaban la circulación, vio

las yagas que se había hecho en sus intentos por liberarse. Como siempre le había quitado la mordaza de la boca después de matarla y tenía la boca amoratada por la presión de su mano. Como siempre la había asfixiado después de jugar con ella. Bajó la vista por sus pechos y las marcas que le había hecho con su cuchillo. Esta vez hasta le había cortado los pezones y Roxy reprimió un gesto de horror por lo que debía haber sufrido. Siguió bajando la mirada hasta su vientre apuñalado. La primera vez aún viva y mientras agonizaba la asfixiaba. Cuando moría la apuñalaba dos veces más como si quisiera asegurarse de que estaba muerta. Pero esta vez había sido distinto porque la había apuñalado al menos veinte veces. Siguió bajando la vista hasta sus piernas abiertas y al ver un hilo saliendo de su vagina entrecerró los ojos. —¿Tenía la regla?

—Joder, ¿y yo qué sé? —preguntó Roy.

—Por eso se enfureció. No se lo esperaba. —Regresó al baño y miró en la papelera. Efectivamente había un cartucho de un tampón. —Quería notoriedad y no pudo culminar. Puede que no la violara si no estaba lista para él.

—A ver lo que dice el forense —dijo su jefe preocupado. En ese momento le sonó el teléfono y juró por lo bajo mirando la pantalla—. El subdirector. ¡Seguid trabajando y quiero respuestas ya!

En cuanto salió de la habitación Roy dijo por lo bajo —Alguien ve

peligrar su carrera —dijo divertido.

—¿Crees que...?

—Si no hay resultados nos van a sustituir —respondió sin darle importancia.

—¿No te preocupa?

—¿A mí? Llevo ocho años en esto y ya ha dejado de preocuparme. Yo mientras cobre al final de mes... Este trabajo es una mierda. Mírala. Veremos ese tipo de cosas todos los putos días hasta la jubilación. Si dejara que me afectara ya me habría vuelto loco y vuelto loca a mi mujer, que me pegaría un tiro con la mala leche que tiene.

Sonrió sin poder evitarlo. —Pues cuando la conocí me cayó muy bien.

—Cuando la conocí yo, también me cayó bien. Luego pasaron los años y su verdadera personalidad salió a la luz —dijo riéndose—. No, es mentira. Menos mal que la tengo a ella. Es la razón por la que este trabajo no me ha llevado a la bebida. Porque ella hace que me olvide de todo en cuanto llego a casa.

Se le quedó mirando mientras regresaba hacia la cama y observaba las bridas. —De aquí no sacaremos nada como siempre. —Pero ella no le escuchó porque aún estaba pensando en lo que había dicho de su mujer. Eso era lo que le mantenía cuerdo. Y si ella no se hubiera enamorado de Wilder y

no le hubiera hecho aquella ridícula proposición, puede que ahora tuviera una vida medio normal con otro hombre. Si no la hubiera tocado, jamás habría sentido aquellas maravillosas sensaciones y quizás otro hombre le hubiera borrado de su memoria. Él era el culpable de que se sintiera así de sola y le odiaba por eso. Apretó los puños impotente cuando Luke entró en la habitación con su maletín.

—El forense está aquí. Empezaré con las fotos.

Levantó una de sus cejas rubias mirando la portada del periódico. —
¿El príncipe azul?

—Les van los sensacionalismos. Como a Cenicienta la despiertan con un beso... Basura —dijo Elizabeth desde su asiento escribiendo algo en el ordenador.

Jadeó indignada. —¡Nos acusan de no alertar a la población! ¡Esto es el colmo! ¡Casi dicen que somos unos incompetentes después de ocho víctimas!

—Es que lo sois.

—Ja, ja. Muy graciosa. —Dio la vuelta a la página y se quedó sin aliento al ver una foto de Wilder con su último libro en la mano. Gruñó

arrugando el periódico furiosa antes de tirarlo hecho una bola a la papelera.

—Bien hecho —dijo Roy que llegaba en ese momento quitándose el abrigo—. A la mierda las vacaciones de Navidad.

Le miró sorprendida. —¿Qué ha pasado?

—Me ha llamado Larry y por su tono de voz no creo que me dé esos dos días que le había pedido. Es más, quiere vernos en su despacho en cuanto lleguemos. Pero al parecer quien no está es él.

—No, todavía no ha llegado. Como el informe forense que llevo esperando dos horas aquí sentada al lado del teléfono impaciente por su llamada.

—Por eso no te he avisado —dijo divertido—. Sabía que estabas aquí.

—¿Sabéis que hoy estáis de lo más graciosos? Debe ser el espíritu navideño.

Sus colegas se echaron a reír y las puertas de los ascensores se abrieron dando paso a su jefe que se tensó al verles. —¿Qué os hace tanta gracia! ¡A trabajar!

Todos aparentaron estar muy atareados mientras Roy y ella se acercaban a él que entró en su despacho quitándose el abrigo como si en realidad quisiera arrancárselo. —¿Qué dice el informe forense?

—Todavía no ha llamado, jefe —dijo ella cerrando la puerta después

de que pasara Roy—. ¿Nos retiran del caso? La prensa nos pone verdes.

—El subdirector no sabe qué hacer. ¡Si os retiramos del caso, sería como si reconociéramos nuestra incompetencia, joder! —Colgó su abrigo en su perchero y les miró fijamente. —Decidme que los del laboratorio tienen algo.

Roxy negó con la cabeza. —Ni huellas, ni semen... nada. Han desmontado hasta el desagüe de la ducha. Ni un solo cabello. No hay ninguna prueba física del sudas.

Larry se pasó la mano por la nuca mirando su escritorio. —No podemos seguir así. La prensa nos va a hacer añicos.

—Yo he pensado que deberíamos llamar a ese tipo —dijo Roy haciendo que le miraran—. El de los periódicos. A Wilder Mathews. Está en la ciudad y el caso es lo suficientemente mediático para que le encante. —Soltó como si nada cortándole el aliento. —Fue agente y tiene olfato para esto. Suele dar con la clave. Igual ve algo en lo que ninguno de nosotros ha reparado. —Su jefe entrecerró los ojos. —No lo tome como un fracaso. Él también fue agente. La prensa se volcará sobre él y si no encuentra nada, quien fracasa será él.

—¡Y si triunfa, lo hará él para vender más libros!

—Ya, pero nosotros nos quitaremos la prensa de encima. Y cuanto

antes lo hagamos mejor, porque ya sabe cómo son estas cosas.

Larry se sentó en su sitio pensando en ello. —Lo hablaré con el subdirector.

¡No, no! ¡No podía verle de nuevo! —Jefe, podemos solucionarlo nosotros —dijo atropelladamente de los nervios.

—¿No me digas? ¿Acaso tienes una pista nueva que yo no conozca? ¡Porque estoy deseando oírla desde hace meses! ¡Puede estar haciendo de las suyas en este mismo momento en tu apartamento y tú no tendrías ni idea! ¡Así que vuelve a tu trabajo, a ver si se te ocurre algo que nos haga salir de este maldito embrollo! Porque os advierto que arriba están que trinan con el asunto y mi cabeza no va a ser la que rueda por esto. Roy, buena idea. Os diré algo si obtengo resultados del subdirector y aprueba el asunto.

Roy sonrió de oreja a oreja. —Fenomenal. Voy a ver si el informe forense ya está listo.

Impotente miró a Larry fijamente. —Llama a otro. Mathews no nos conviene y...

—¿No nos conviene siendo el mejor criminalista del país? —preguntó con burla sonrojándola de la vergüenza. Larry frunció el ceño levantándose—. ¿Qué ocurre, Roxy? ¿Hay algo que tenga que saber?

—No, jefe. Pero me parece demasiado sensacionalista para este caso.

Nos va a perjudicar aún más.

—Fue tu profesor en la facultad. ¿Ocurrió algo entre vosotros?

—¡Claro que no! —contestó indignada—. Pero el caso...

Su jefe la miró con desconfianza. —Ya entiendo. Te enamoraste del profe y no te hizo ni caso. —Sin poder evitarlo se sonrojó aún más. —¡Pues supéralo, joder! ¡Estamos con el agua hasta el cuello, así que madura y sigue adelante! —Le dio la sensación de que lo decía con segundas, antes de asombrarla cuando sonrió. —Además así podrá ver en la agente en que te has convertido. Nada que ver con la estudiante que fuiste, seguramente.

Eso era cierto. Ya no se parecía en nada y a él no le iba a gustar. Estaba segura de que en cuanto se vieran de nuevo le diría esas palabras que la ponían de los nervios: Te lo dije. Y odiaba que tuviera la oportunidad. Pero Larry tenía razón. Debía superarlo y puede que cuando le viera de nuevo se diera cuenta que todo había sido una estúpida ilusión y pudiera llevar una vida normal.

Agotada cogió el informe forense que le tendía Roy que tampoco se había ido a casa. Al menos por orgullo profesional se había quedado toda la noche para repasar todos los detalles del caso antes de que Larry les diera la

noticia de que su estrella iría en cualquier momento. Porque Wilder no desaprovecharía la oportunidad de restregarle la mierda de vida que llevaba. Se pasó la mano por los ojos aliviada porque ya hubiera llegado y al ver el informe detallado se quedó de piedra. —¿Es broma?

—No. La violaron y después le pusieron el tampón.

—Menudo chiflado de mierda —siseó dando la vuelta a la página.

Roxy suspiró sentándose ante su mesa. —No hay nada que analizar. Ni fibras ni pelos ni semen.

—Como en los casos anteriores. Se lleva el condón y seguramente irá depilado. —Entrecerró los ojos. —Igual se pone un gorrito de esos en la cabeza para evitar que le caiga un pelo, ¿no crees?

—Pues estaría ridículo. Además, Luke ha llamado después de repasar sus pruebas de nuevo. No hay ninguna huella sospechosa en la base de datos.

—Lleva guantes.

—Y no hay saliva.

Roxy gimió apoyando los codos sobre la mesa y se pasó los dedos por el cabello que se había soltado intentando aliviar su dolor de cabeza. —Este caso es un callejón sin salida tras otro. Si hubiera seguido la pista de David...

—Otro callejón sin salida.

—¿Dónde enterraría los cuerpos de sus padres?

—Los trasladaría en el montacargas hasta un coche y de ahí...

Ella entrecerró los ojos. —¿Y si eran un regalo?

—¿Un regalo?

—Para nuestro asesino. Como señal de buena voluntad. ¿Cómo demostrarías tú que te tiene para lo que quiera? El sudés le entrega las fotos. Le debería algo a cambio.

—¿Crees que se los regaló a él?

—David es lo único que no hemos repasado esta noche. Y sigo creyendo que es un hilo del que tirar. El sudés debía confiar mucho en él para darle las fotografías de los crímenes, ¿no crees?

—Yo no diría que fue un regalo. Sino una exigencia. Si quieres seguir presenciando mi obra me debes pleitesía. Mata a tus padres y sabré que estás de mi lado.

—Y se los entrega para que él los vea. Su obra. La primera matanza de su pupilo.

Roy asintió. —Pero el sudés nos muestra su obra a todos. Quiere que le admiremos.

—Ya, pero un admirador o un cómplice se dejaría llevar por lo que diga su amo. Necesitaba que David no llamara la atención. Por supuesto si los cadáveres de sus padres salían a la luz sería investigado. De hecho, sería el

principal sospechoso porque la policía primero investiga a los familiares directos.

—Bien. ¿Y? Fue el sudes quien se deshizo de los cuerpos. Seguimos sin tener nada.

Desmoralizada dejó caer la cabeza sobre el informe forense y se golpeó la frente un par de veces haciendo reír a su compañero.

Levantó la vista de repente. —¡El móvil de su padre!

—Estaba en la casa como el de la madre. Y el de David estaba destrozado en la vía, ¿recuerdas? Roxy estás tan agotada que ya no recuerdas los detalles. Debes irte a casa. Así no vamos a ningún sitio. —Se levantó cogiendo su taza de encima de la mesa. —Me voy a por un café. Larry está a punto de llegar y...

En ese momento se abrieron las puertas del ascensor y el agente especial al mando los miró con el ceño fruncido. —¿Una noche dura?

—Seguimos sin nada. —Roxy se espabiló de golpe. —¿Qué ha dicho?

—Está al llegar. —Se le cortó el aliento mirando a su jefe. —Tiene una entrevista a las doce en no sé qué cadena para promocionar el libro y ya está de camino desde el Plaza. Y como esta tarde vuelve al campus, ha dicho que se acercaba esta mañana. Es agradable.

—¿Wilder Mathews? —preguntó ella sin creerse una palabra.

Larry sonrió irónico. —Por cierto, me ha dado un mensaje para ti.

Se le cortó el aliento. —¿Para mí?

—Sus palabras exactas fueron... Dile a Roxy que espero un informe detallado para cuando llegue. No tengo tiempo que perder.

Abrió los ojos como platos. —¿Y me lo dices ahora? ¡Me llevará horas! ¡Los informes para Wilder son muy exhaustivos! ¡Si no te catea!

Sus compañeros se echaron a reír. —¿Has visto la cara que ha puesto?

—Debía ser un hueso de profesor —dijo Larry partiéndose de la risa.

Roxy frunció el ceño. —¿Era mentira?

—No.

Chilló dejándoles de piedra y se puso a recoger todos los informes que tenía sobre la mesa. —Roxy, ya has hecho los informes —dijo su jefe con los ojos como platos al ver que abría la primera hoja—. Los he leído y están muy bien.

—No sabes lo que dices —dijo irónicamente sonrojándole. Pero ella ni se dio cuenta concentrada en lo que hacía—. Para Wilder no será suficiente. Nunca es suficiente. Y... —Las puertas del ascensor se abrieron en ese momento y Roxy levantó la mirada como un resorte, quedándose sin aliento al ver como Wilder vestido con un traje a medida azul con el abrigo a juego caminaba muy serio hasta ella mirándola fijamente con esos ojos negros que

nunca había podido olvidar. Y lo sintió de nuevo. Las mariposas volvieron y se sintió viva como hacía años. —Mierda —susurró dándose por vencida.

—Yo también me alegro de verte, nena. —Sus compañeros la miraron sorprendidos y más cuando se acercó a su mesa ignorándoles totalmente mientras el corazón de Roxy casi saltó de su pecho al escuchar su voz ronca. Separó los labios sin darse cuenta elevando la vista hacia él. —Cinco años. ¿Ya has comprobado cómo es la vida en el FBI?

Se puso como un tomate y siseó —Hola Wilder. Me alegro de verte.

Él sonrió irónico. —Nena, no mientas. Te va a crecer esa preciosa nariz y parecerías una bruja. Aunque con esas pintas estás muy cerca de parecerlo. Te alegras tanto de que esté aquí como yo de estarlo.

Gruñó por dentro viendo cómo se quitaba el abrigo. —Al parecer estás en un lío y tengo que venir a echar una mano. —Le dio el abrigo a Larry que lo cogió sin ser capaz de decir una palabra. —¿Mi informe?

—Me lo acaban de decir y...

Levantó sus cejas negras como cuando estaban en la facultad. —¡Mi tiempo es muy valioso! ¡Y no tolero la incompetencia! ¡Lo sabes de sobra! —gritó sobresaltándoles a los tres.

—La agente Maxwell hace unos informes muy detallados, señor Mathews —dijo Larry intentando aplacarle.

Ella gimió cuando vio como giraba la cabeza lentamente mirándole como si quisiera matarle. —¿Y a ti quién coño te ha pedido opinión? ¡Y a todo esto! ¡Quién coño eres para meterte en una conversación ajena!

—Es mi jefe, Wilder.

—¿No me digas? —Se cruzó de brazos. —¿El que me ha pedido ayuda?

—Bueno, no fue idea mía, pero...

—¿Fuiste tú o no? —bramó haciéndole aserir—. ¡Pues ya que estoy aquí porque tú me has llamado no sé de qué te quejas sobre mis métodos de trabajo!

—No, si no me quejo, pero...

—Pues cierra la boca. —Miró a su compañero. —¿Y tú quién eres?

—El agente especial Roy Davis, el compañero de Roxy.

—¿Roy y Roxy? Joder, cómo ha degenerado el FBI.

—Muy gracioso, Wilder —dijo intentando ser lo más profesional posible estirándose la camisa que ya estaba arrugadísima mientras que él parecía salido de una revista de moda masculina. —Si quieres y como al parecer tienes una entrevista, puedo informarte del caso de palabra.

—No hay más remedio, ¿no crees? —Cogió la silla donde antes había estado Roy y se sentó ante ella mirando el panel donde todas las víctimas

estaban enumeradas con la fecha de desaparición y cuando fueron encontradas.
—Empieza, nena. No tengo todo el día.

Gruñó por dentro. —Víctima uno. Steffany Colbert. Abogada. Fue encontrada en su casa por su madre dos días después de su muerte. No contestaba al teléfono y le dijeron que no había ido al trabajo. Soltera y sin hijos. Como todas las demás.

Él la fulminó con la mirada. —Una por una. No te saltes nada.

Tomó aire levantándose. —Soltera sin hijos —gruñó mirando a su jefe que se encogió de hombros. Le puso delante la foto de la escena del crimen y Wilder la observó fijamente durante varios segundos—. Apuñalada una vez en el vientre después de violarla y...

—¿Cómo sabéis que fue después de violarla?

Se miraron los unos a los otros. —¿Lo habéis supuesto? ¿Es que no te he enseñado nada? —gritó golpeando la mesa—. ¡Nada es una certeza hasta que no se tienen pruebas! Vuelve a empezar desde el principio y no cometas ese error de nuevo.

Ella resignada empezó desde el principio y cuando llegó al informe forense simplemente dijo —Fue violada antes de morir. Recibió una puñalada en el vientre antes de ser asfixiada. Y post mortem dos más.

Asintió mirando el tablero de nuevo. —Háblame de ella.

—Entregada a su trabajo. Del bufete a casa y al gimnasio. Esa era su rutina excepto los fines de semana que comía con sus padres sábados y domingos. No tenía pareja conocida y nunca ha tenido hijos. Su última relación fue dos años antes con un compañero de trabajo. Éste se casó hace seis meses. No parecía afectada por ello. De hecho, seguían teniendo muy buena relación como compañeros de trabajo.

—¿Conocía alguna de las otras víctimas? ¿Alguna relación entre ellas?

—No. Ni el mismo colegio ni facultad. No iban al mismo gimnasio ni vivían en la misma zona de Nueva York. No hay relación aparente entre ellas.

—Muy bien, continúa.

Dijo lo mismo una y otra vez hasta la octava víctima donde relató las diferencias en su muerte con respecto a las demás. —¿Tenía el periodo?

—No. Simuló que lo tenía.

Los ojos de Wilder se entrecerraron mirándola fijamente. —¿Quién es ese tipo?

—David Rogers. Él colgaba las fotos de las víctimas en la red. Dimos con su IP porque cometió un error con su servidor. Pensaba que sabía más que los nuestros y le encontramos cuando subió las fotos de la séptima víctima.

—¿Séptima víctima? Pues tardaron en pillarle. ¿Dónde está?

—Está muerto —dijo Roy haciendo una mueca—. Culpa de su pupila.

Roxy le miró como si quisiera cargárselo. —¡No fue culpa mía! ¡Se metió en las vías del metro! Le seguí para tratar de impedirlo y...

—¿Te metiste en las vías del metro? —preguntó Wilder suavemente. A Roxy se le pusieron los pelos de punta porque solo hablaba así cuando estaba a punto de explotar —. Nena, ¿ya has llegado a eso? ¿A arriesgar tu vida sin pensar, solo para resolver un caso?

Se sonrojó sin poder evitarlo. —¿Quieres dejar de llamarme así? ¡Me he ganado que me llames agente!

De pronto Wilder se echó a reír y fascinada se le quedó mirando sintiendo que las mariposas del estómago se volvían locas de la alegría. Ese hombre no era bueno para su paz mental, eso estaba claro. Molesta le explicó todo lo que había ocurrido con David y se quedó callada observándole cuando terminó. Se cruzó de brazos apoyando la espalda en el respaldo de la silla. Su jefe y Roy se habían sentado en otras sillas sin decir una palabra, esperando la resolución del genio que miró su carísimo reloj en ese momento.

—Tengo que irme. Roxy vete a casa, duerme hasta las cinco y después ponte con el informe detallado. Que amplíen las fotos de las escenas del crimen con el tamaño de esta mesa y quiero ver la casa de ese David. Te veo aquí a las siete y espero que estés lista para trabajar. —Se volvió cogiendo el abrigo de manos de Larry y mientras se lo ponía mirando el panel dijo — Tenemos mucho trabajo por delante y muchas pistas de las que tirar. Queda

mucho por hacer. —Les miró como si fueran unos inútiles. —Espero que tengáis una buena excusa como para no ver algo tan evidente.

—¿Qué es? —preguntó Larry ansioso.

—Todas tenían el cabello teñido. —Roxy se quedó de piedra mirando las fotos que habían sacado en el depósito de cadáveres y era cierto. No eran rubias naturales. Casi todas tenían el cabello castaño claro, aunque la víctima número tres no tenía cabello ahí abajo. Y ellos no se habían dado cuenta porque en la foto del crimen esa parte siempre estaba cubierta de sangre. Otra suposición que había sido un error. Cerró los ojos sin poder evitarlo porque era un error imperdonable.

—Averiguad quién les teñía el cabello del mismo color a todas. Ahí tendréis vuestro nexo de unión. Eran mujeres pudientes. Seguro que es un estilista del centro. De eso que se encarguen estos inútiles. Tú a casa, nena. Te necesito despejada y ahora estás hecha una mierda. Así no me vales para nada. —Se fue hacia el ascensor sin decir ni una palabra más dejándoles sin aliento. Sobre todo a ella que en cuanto había dicho lo del cabello no había podido evitar admirarle.

—Roxy, hazle caso. Necesitamos a ese déspota —dijo su jefe mientras Roy fruncía el ceño—. ¡Y tú no pongas esa cara, joder! ¡Nos ha dado una pista que no teníamos hace tres horas! Mueve el culo. ¡Como regrese y no tengamos esa información, el muy capullo es capaz de caparnos!

De repente Roxy se echó a reír sin poder evitarlo. Hasta había intimidado a su jefe con el carácter que tenía. Estaba claro que Wilder había regresado en estado puro e iba a dejar su vida del revés como hacía cinco años. Y lo malo es que esta vez se iría con él sin dudarle si se lo pidiera de nuevo.

Capítulo 5

A las siete menos cinco entró en su oficina y vio una actividad que no había visto nunca. Los agentes iban de un lado a otro y vio como dos de ellos colocaban las fotos de las escenas del crimen una tras otra pegadas a la pared. Ocupaban todas las paredes y eso que la oficina era enorme. Caminó hacia su mesa mirando a su alrededor y vio que Roy no estaba en su puesto. Debía haberse ido a casa. Dejó sus informes sobre la mesa y el que debía presentarle a Wilder a un lado para que lo tuviera a mano. Se quitó su abrigo negro e hizo una mueca cuando le dolió el hombro, pero lo olvidó al ver la foto de una peluquería carísima del centro en el tablón. Tiró el abrigo sobre su silla acercándose. —¡Elizabeth! ¿Este es el nexo de unión?

Su compañera se acercó de inmediato. —No de todas. Solo de cinco. Las tres últimas las buscó en otro sitio. Las atendía el mismo estilista. Feliciano, se llama. Al parecer tiene unas manos de oro y sus jefes le adoran.

—Temían que le pillaran...—dijo para sí mirando la foto.

Miró hacia su compañera que apartaba uno de sus rizos pelirrojos tras la oreja. —¿Y no se dio cuenta de nada?

—No es raro que las clientas no vuelvan a un peluquero, Roxy. Pasa a menudo.

—¿Y por qué no se puso en contacto después de que el caso saliera en la prensa? —preguntó indignada.

—No lee los periódicos. Se enteró en la peluquería, pero como no conocía a la sobrina del juez no le dio importancia.

—¡Joder! ¡Quiero a ese tipo aquí de inmediato!

—Está en la sala de interrogatorios desde hace cuatro horas. Larry está con él.

Se le cortó el aliento. —¿Será una broma? ¡Esta investigación ahora la lleva Wilder!

—Chica, a mí no me mires. Solo soy una mandada.

Miró la foto de nuevo apretando los labios porque en realidad la culpa había sido suya.

En ese momento se hizo el silencio y supo que Wilder había llegado. Sintió el mismo aroma de su after shave de hace cinco años tras ella. —
¿Cuántas víctimas?

Sorprendida le miró. —¿Cómo sabes que no son todas?

—Sería demasiado bueno, ¿no crees?

—Las cinco primeras. Tienes al peluquero en interrogatorios.

Él entrecerró los ojos. —¿Desde cuándo?

—Cuatro horas.

—Joder —dijo por lo bajo—. Supongo que tú acabas de llegar.

—Exacto —respondió con ironía—. Sé seguir las órdenes.

Chasqueó la lengua mirando a su alrededor. —Llévame hasta esa sala.

Caminó entre las mesas mientras él le seguía bajo la atenta mirada de todo el departamento. Se metió por un pasillo y Wilder dijo en voz baja —¿Te lo has pasado bien estos cinco años, nena?

Apretó los labios sin contestar porque sabía que solo quería provocarla. —Supongo que sí. ¿Te gustó el destino de Los Ángeles? Lo elegí expresamente para ti. Sabía que te daría la experiencia necesaria para llegar a Nueva York y puesto que tus padres viven en Washington, supuse que querías volver al este.

Se detuvo en seco. —Tú no tuviste nada que ver. Fueron mis notas en la academia.

—Brillantes, por cierto. Curtis me mantuvo al tanto. Aunque la lucha cuerpo a cuerpo no es lo tuyo, preciosa. Procura tener la pistola siempre a mano. —Señaló la puerta que había a la derecha. —Supongo que es aquí.

Atónita asintió y él abrió la puerta sin llamar siquiera. Larry y otro agente que tenía mucha experiencia llamado Lester estaban interrogando a un

hombre de su edad con las cejas y la cabeza teñida de rosa intenso y el pobre ya estaba pálido. —Fuera —dijo Wilder como si nada haciéndola gemir por dentro.

Su jefe no protestó levantándose y Lester que se había quedado de piedra le siguió hacia la puerta. —Roxy cierra la puerta y siéntate. Vas a interrogarle tú.

Lo dijo antes de que llegaran al pasillo lo que era una evidente provocación. Lester iba a decir algo, pero ella cerró la puerta rápidamente haciéndole sonreír. Wilder se sentó en la silla ante el peluquero sin perder la sonrisa. —Buenas tardes.

—¿Puedo irme ya?

—Es obvio que no. Mi ayudante tiene unas preguntas esenciales para usted. ¿Verdad, Roxy?

Ahora era su ayudante. Aquello era el colmo. —Claro que sí. —Se sentó a su lado sonriendo. —Soy la agente especial Roxy Maxwell. ¿Cómo se encuentra? ¿Necesita ir al baño? ¿Tiene sed?

El hombre se relajó un poco. —Pues algo de sed...

Levantó la vista hacia el cristal y dijo —Traedle un refresco de cola. ¿Le parece bien?

—Sí, gracias.

—Le vendrá bien la cafeína para el susto. —Sonrió agradablemente.
—¿Qué tal si empieza hablando de Steffany Colbert? ¿Llevaba asistiendo a la peluquería en que trabaja desde hacía mucho tiempo?

—Ya se lo he dicho al otro agente. Cuando yo llegué a la peluquería ellas ya eran clientas de allí.

—¿Y antes quién las atendía?

—Oh, pues cualquiera. Se hicieron fijas mías en cuanto pasaron por mis manos. Soy muy bueno con el color, ¿sabe?

—Sí, queda muy natural.

Él sonrió satisfecho. —Usted no me necesita. Tiene un cabello precioso.

—Gracias. Así que Steffany ya era clienta de la peluquería. En esos ambientes se habla de todo. ¿Le contaba algo privado? Muchas les utilizan de psicólogos, que lo sé yo.

Feliciano rió por lo bajo. —Si supiera lo que me llegan a contar...

—Lo estoy deseando.

Él se acercó como si compartiera un secreto. —Se acostaba con su jefe que estaba casado.

—¿No me diga? —Miró de reojo a Wilder que observaba la conversación como si nada.

—Sí, pero su mujer se enteró y puso el grito en el cielo. Casi la echan del bufete por esa bruja cuando la culpa era de su jefe. Él era el infiel. Pero seguían viéndose. Más discretamente para que ella no se enterara, pero no lo dejaron porque estaba coladita y no le podía dejar. Incluso plantó a un novio que tenía en el trabajo por él porque estaba enamorada de su amante. Eso iba a acabar en desastre, se lo digo yo. Él la iba a dejar...

—¿Por qué lo cree?

—Porque me dijo que cada vez quedaban menos. Que le había dicho que estaba preparando el divorcio. Y que para que ella no sospechara nada, tenía que hacer de marido perfecto una temporada. Es un cabrón de primera. Jugaba con las dos.

—Ya veo. ¿Le comentó alguna vez que estaba preocupada porque se sintiera amenazada o porque alguien la seguía?

Feliciano negó con la cabeza. —La verdad es que no. Bueno una vez me dijo que había tenido un altercado en el metro con un tipo que se la había quedado mirando. Pero no volvió a hablar de él.

—¿Se sintió acosada?

—Sí, supongo que sí para que le montara un pollo, pero no hablamos mucho de eso porque se metió por el medio de la conversación otra clienta y terminaron hablando de las burradas que a veces les decían por la calle.

Ambas son muy guapas y me pareció dentro de lo normal.

Miró de reojo a Wilder que asintió. —Víctima número dos, Roxy.

Se pasaron interrogándolo dos horas y hasta comieron una hamburguesa como si fueran amigos. Feliciano se sintió a gusto con ellos y les habló de todos los cotilleos que recordó de sus víctimas. Estaban hablando de Mary Rose Spencer, la víctima número cuatro cuando Feliciano después de beber de su segundo refresco la miró a los ojos. —¿Sabe? Comentándolo con las chicas esta mañana cuando me hablaron de la noticia del periódico pensamos que no podía ser casualidad, ¿verdad? ¿Cinco clientas más asesinadas? Él que lo hizo tiene una mala leche... Está claro que quiere joderme vivo.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque si le diera igual podía haber escogido a cualquier clienta de la peluquería con esas características. Pero escogió a las mías. A ver quién se me acerca ahora. En cuanto se corra la voz, se empezarán a anular citas. Se lo digo yo. Pensarán que van a ser la siguiente y se irán a otro sitio lo más rápido que puedan.

Esa teoría tenía mucho sentido y apoyó el codo sobre la mesa. —
¿Tiene algún enemigo?

—¿Enemigo? —Frunció el ceño. —Pues claro que sí. Los peluqueros

nos robamos los clientes continuamente.

—No creo que alguien llegara a esto por rivalidad profesional.

Levantó una de sus cejas rosas. —Conozco a una peluquera que le clavó las tijeras a otro por la espalda porque le había robado a una clienta. Se puso como una fiera, la muy loca. Y otro le tiró el bote de la laca a una de mis compañeras dándole en la frente. Le hizo una brecha y tuvieron que ponerle dos puntos. Parece que la ha taladrado una grapadora. —Se señaló el centro de la frente. —Aquí, aquí mismo. —Roxy no lo soportó más y se echó a reír a carcajadas. —Le aseguro que en el mundo de la peluquería hay muy mala leche.

—Te entendemos, Feliciano —dijo Wilder divertido—. ¿Pero no crees que es un poco drástico matar a cinco mujeres?

—¡Pues sí, pero a mí me han hundido en la mierda! ¡Y para siempre! ¡Tendré que largarme de la ciudad para trabajar! —Abrió los ojos como platos. —¿Y a dónde voy a ir?

—De momento a ningún sitio hasta que se acabe la investigación —dijo ella rápidamente—. Pero encajarías muy bien en los Ángeles, te lo digo yo. Allí se llevan mucho las rubias.

Feliciano entrecerró los ojos. —Sí... Gracias por el consejo.

—De nada. Ya puedes irte si quieres...

El peluquero se levantó encantado y fue hasta la puerta. —Si queréis hacerme más preguntas ya sabéis donde encontrarme.

—Feliciano...

Se volvió hacia Wilder. —Si tuvieras que elegir a uno de tus compañeros para acusar. ¿A quién elegirías?

Él se quedó pensativo unos segundos. —A Bry. Me tiene entre ceja y ceja desde que entré en el salón de belleza por echarle la bronca al equivocarse en una mezcla de tinte. Si no llego a darme cuenta dejo calva a la pobre mujer. Lleva cinco años trabajando allí y todavía mete la pata. Así nunca pasará de ayudante de peluquería. Yo la hubiera echado hace mucho.

—¿Y por qué no la despiden?

—Porque es la sobrina del jefe. Siempre tiene problemas con sus compañeras por los turnos porque nunca los cumple, diciendo que no tiene quien recoja a los niños del colegio y esas cosas. Cuando no tiene pediatra tiene una función del colegio o algo así. Pero se lo pasan todo por alto. La gerente está harta de ella, pero hay que tragarla.

—¿Y por qué iba a tenerte manía si no le ha dicho a su tío que te eche?

—preguntó Wilder levantándose.

—Porque soy el que más facturo de la peluquería. —Levantó la barbilla orgulloso. —A mí no me echan de ningún sitio. Siempre me voy yo.

Excepto esa vez, pensó Roxy. —Si recuerdas algo importante llámame.
—Se levantó y le tendió una tarjeta. —Los pequeños detalles pueden darnos la clave.

—Claro que te llamaré, maja. —Miró a Wilder de arriba abajo. —¿Te va la acera de enfrente?

—Prefiero quedarme en ésta de momento. —Roxy reprimió la risa al ver que carraspeaba incómodo.

—Una pena. Cuando quieras cruzar... —Le guiñó un ojo antes de salir de la sala de interrogatorios. —Estaré encantado de llevarte de la manita, guapetón.

—Adiós, Feliciano.

Divertido se alejó y Wilder la miró fríamente robándole la sonrisa de golpe. —¿Ya te has divertido? Pues ponte a trabajar. ¿Dónde está mi informe?

—Sobre mi mesa.

Él salió de la sala de interrogatorios a toda prisa y Roxy gruñó siguiéndole. Ese hombre tenía un carácter de mil demonios.

—Que investiguen a todo el que trabaje en esa peluquería. Sobre todo a los hombres. —Cogió el informe de su mesa y miró a su alrededor mientras todos sus compañeros les observaban. Se acercó a la foto de la última víctima y ella se puso a sus espaldas. —Es la única con la que simuló que tenía el

periodo. —Entrecerró los ojos antes de mirarla. —¿Por qué?

Entonces ella abrió los ojos como platos y gritó —¡Un calendario, rápido!

Todos se movieron y alguien le tendió un calendario. —¡No, éste no me vale! ¡Uno que tenga todos los meses!

Elizabeth le acercó el suyo y arrancó las páginas de los meses anteriores colocándolas por orden sobre la mesa. Cogió un rotulador rojo y empezó a hacer círculos sobre las fechas de fallecimiento de las víctimas que les había dicho el forense. Ambos miraron las fechas en blanco y sonrió. — Bien visto, nena.

—¿Qué es lo que has visto? —preguntó Elizabeth intrigada.

—En la tercera semana de mes nunca había cometido un asesinato. — Señaló a la víctima. —Y si le puso el tampón es porque su mujer de referencia tenía el periodo. Les hace lo que le gustaría hacerle a ella. Es rubia, muy rubia —dijo señalando a la víctima número dos—. Y tiene éxito en su trabajo. Ojos claros y atlética. Soltera, sin pareja, entregada a su trabajo. Tanto que ni se ha fijado en él.

—Podrías ser tú —dijo Elizabeth divertida.

—Pues no. No podría ser yo. —Se volvió hacia el tablón ignorando las risas que se oían por lo bajo. A veces parecían críos.

—¿No tenéis nada que hacer? ¡Ya que vuestras investigaciones son una mierda, igual deberíais poner las pilas en lugar de reiros tanto porque en nada de tiempo aparecerá otra mujer muerta! ¡A trabajar!

—No necesito que me defiendas —siseó cuando se colocó a su lado.

—Joder, ¿quieres centrarte en el trabajo? ¡Esto parece una guardería!
—gritó a los cuatro vientos haciendo que todos salieran en distintas direcciones—. ¡Nos vamos a la casa de ese David! ¡Con lo bien que trabajáis, seguro que habéis pasado cosas por alto!

Apretó los puños con ganas de pegarle un puñetazo, pero como no le quedaba más remedio tuvo que seguirle hasta el ascensor después de coger su abrigo. Armándose de paciencia entró en el ascensor y él levantó una ceja haciendo que golpeará el botón del garaje. —Deja esa actitud. Me habéis llamado vosotros.

—No sé de qué hablas. Estoy encantada de que estés aquí —dijo con ironía poniéndose el abrigo y él la miró de reojo.

—Ya sé que lo estás.

Juró por lo bajo mirando las luces. Nunca se podía ganar con él.

—Hablabas del caso —replicó rápidamente.

—Sí, ya —dijo como si no se creyera ni una palabra.

Le fulminó con la mirada. —¡Debes creerte la leche! ¿Crees que no te

he podido olvidar en cinco años?

Las puertas del ascensor se abrieron. —Nena, estoy seguro de que me has recordado cada maldito día que has trabajado. Y cuando no has trabajado también, queriendo tirarte de los pelos por no haberme hecho caso.

Salió del ascensor sin esperarla y ella rechinó las mandíbulas con ganas de gritar. ¿Y por qué diablos tenía que controlarse? —¡Estoy muy contenta con mi vida, gracias! ¡Te equivocaste de lleno conmigo!

Wilder dio la vuelta mirándola fijamente. —¿No me digas? ¡Entonces el informe psicológico que hicieron después de que te pegaran ese puto tiro en el hombro hace seis meses debe estar totalmente equivocado! ¡Porque decía exactamente lo que yo predije!

Palideció caminando hacia él. —¡No te habrás atrevido!

Levantó sus cejas mirándola como si fuera idiota. —Nena, mueve el culo hacia el coche. ¡Ya!

—¡No me des órdenes!

—¿No? —Se acercó a ella y siseó —Creo que no has entendido de qué va esto. ¡Yo mando y tú obedeces, Roxy! ¡Sube al coche antes de que me hagas perder la paciencia! ¡He tenido que dejar de asistir a una cena muy importante en el campus por estar aquí para salvaros el culo ante la prensa! —le gritó a la cara.

—Eso será si resuelves el caso —dijo con rabia porque le veía muy seguro de sí mismo.

—¿Acaso no recuerdas la primera regla, nena? Os la dije el primer día de clase. Siempre cometen errores. ¡Pero al parecer vosotros cometéis muchos más! —La miró fijamente a los ojos. —Eres una decepción total. ¡Renunciaste a lo que teníamos por un trabajo que ni siquiera haces bien!

Roxy palideció y Wilder apretó los labios. —¿Ahora podemos irnos? —preguntó con burla—. ¿O tengo que hablar con ese Larry para que me lleve otra persona?

No podía permitirlo y él lo sabía de sobra. Intentando aparentar que le importaba muy poco la opinión que tuviera de ella, caminó hasta el coche que tenía asignado para ella y para Roy. Abrió la puerta y se sentó tras el volante mientras él se sentaba a su lado. Iba a encender el contacto cuando él puso su mano sobre la suya impidiéndoselo. Sorprendida le miró antes de que la cogiera por la nuca y atrapara su boca como si tuviera todo el derecho a ello. Sintiendo que su corazón se le iba a salir del pecho de la impresión gimió cuando entró en su boca saboreándola de una manera que la mareó. Wilder se apartó de golpe para verla suspirar con los ojos cerrados. —Estoy muy cabreado, nena. Y cuando me cabreo pasan estas cosas. —Le acarició la mejilla con el pulgar y Roxy abrió los ojos asustada. Muy asustada por lo que le hacía sentir y perderlo para siempre. Wilder la besó suavemente en los

labios y cuando se apartó unos centímetros dijo —Este será tu último caso.

—Pero...

Se tensó mirando al frente. —Ni se te ocurra continuar esa frase, Roxy.
Ahora arranca.

Miró al frente y sintiendo el corazón a mil arrancó el coche. Salió del garaje pensando en lo que le había dicho y sabía que tenía razón, pero su naturaleza le impedía plegarse a sus órdenes como si nada. Ella no era una mujer que se dejara llevar fácilmente y Wilder lo sabía de sobra. ¿La estaba provocando? Puede que sí. Era así de retorcido. Le miró de reojo y vio como revisaba el informe. Encendió la luz interior porque se iba a dejar la vista pues solo tenía las luces de la calle. —¿Por qué no seguiste la pista de David?

—Me ordenaron que no continuara con la investigación por esa vía.
Que les daba igual de dónde sacaron el dinero para el piso.

—¿No me digas? —Suspiró pasándose la mano por su cabello y ella se detuvo en un semáforo observándole. —Nena, normalmente te dejas llevar por tu instinto. La Roxy que conocí hubiera ido a Denver en su tiempo libre.

—Será que ya no soy la Roxy que conociste.

Él levantó la mirada y sonrió divertido. —Sí, sigue ahí. Algo confusa, pero sigues ahí, preciosa.

—¿No me conoces, Wilder!

Chasqueó la lengua volviendo al informe. —¿Quieres discutir, nena? Eso es la frustración sexual. Por cierto, ¿has tenido muchos amantes en estos años?

Jadeó indignada. —¿Y a ti qué te importa? ¿Te he preguntado yo?

Él se echó a reír y Roxy le miró fascinada porque era la primera vez que le veía reír de manera totalmente sincera. Sin poder evitarlo sonrió metiendo la marcha, pero ni loca respondería a esa pregunta.

—Te aseguro que ninguna de mis amantes ha sido como tú —dijo dejándola de piedra.

—Si no me has catado. Ni me catarás.

Él siguió riendo. —Lo estás deseando. Si pudieras me violarías aquí mismo. —Se sonrojó ligeramente y gruñó apretando el volante con fuerza. — No te preocupes, nena. En cuanto acabemos en ese piso nos tomaremos un descanso.

El fuego recorrió su vientre pensando en ello. —¡Ni de coña!

—Sí, tú sigue protestando. ¿Vas a seguir así mucho tiempo por simple orgullo? Solo sufres tú.

Se puso de un rojo intenso porque odiaba que le leyera el pensamiento y dio gracias a Dios cuando llegaron al piso de David frenando ante el portal. —¡Ya hemos llegado! —dijo como si hubiera conseguido un triunfo.

Wilder levantó una de sus cejas negras. —Relájate. Y concéntrate. No voy armado.

Roxy se centró en el trabajo y asintió antes de alargar la mano abriendo la guantera del coche y cogiendo unos guantes para ponérselos ante la cara. —Hay que preservar las pruebas.

—¿Ahora me vas a dar lecciones, nena? —preguntó cogiéndolos.

—Pues sí. —Metió la mano en la caja para coger otro par y cuando cerró la guantera le dio un rápido beso en los labios antes de salir del coche. Wilder rió por lo bajo saliendo también.

Roxy rodeó el coche poniéndose los guantes y subió a la acera quedando a su lado. Ambos miraron el edificio desde allí. —¿Piso?

—Tercera planta. Una única salida excepto las escaleras de incendios de la fachada posterior del edificio. Dos ascensores y un montacargas al final del pasillo de cada planta, pero el montacargas termina en el hall. Para los muebles y esas cosas. Pero tienen que salir por aquí.

—¿Horario del portero?

—De ocho a seis. No hay portero de noche.

—Entonces está claro que los trasladaron de noche.

—Hay cámaras de seguridad y no hemos encontrado nada revisando las imágenes, aunque solo se guardan las de los últimos dos meses.

Él le miró divertido. —¿Crees que serían un problema para un experto informático? ¿Acaso no podía hackear las imágenes?

—Solo te estoy informando. ¡No creas que no lo he pensado ya!

—Te veo un poco susceptible, nena.

Gruñó yendo hacia el portal que como ya no estaba el portero estaba cerrado. Cogió las llaves del bolsillo de la chaqueta y metió la del portal.

—¿De quién son esas llaves? ¿Estaban en la casa?

—Son las de David. Las tenía en el bolsillo del vaquero cuando murió.

—¿Has cogido las llaves de la bolsa de pruebas?

—Pues sí.

—¿Cuántas veces has venido?

—Unas cuantas... Como encuentres algo, me pego un tiro.

—Ah, entonces nos vamos —dijo molesto.

—Muy gracioso.

—¡Y luego dices que no estás obsesionada!

—¿Quieres dejarlo de una vez? ¡Me pones de los nervios! —Pulsó el botón y en ese momento se abrió la puerta del ascensor del que salió la señora del Valle del sexto piso para pasear a Muffie. El perro se tiró a sus piernas moviendo el rabo de un lado a otro contento de verla. —Hola Muffie. ¿Te vas

de paseo? —preguntó acariciando su cabeza.

—Sí, niña —dijo la anciana sonriendo de oreja a oreja—. ¿Y quién es este hombre tan guapo? ¿Del FBI también?

—Lo fue. Wilder Mathews, la señora del Valle. Fue profesora en la universidad y su marido era catedrático en Columbia. Ahora está jubilado.

La mujer jadeó. —¡El escritor! Me he leído sus libros. ¡Me pirran los misterios! ¡Me veo todos los reportajes y documentales sobre asesinatos! Oh, tiene que firmarme el libro. Cuando se lo diga a Raúl se va a morir de la impresión.

—¿Raúl? —preguntó Wilder intentando controlar su enfado e intentando ser agradable pero no se le daba muy bien.

—Es su marido —le informó ella—. Ahora se dedica a la repostería. Hace unas pastas deliciosas. ¿Sabe qué? Nos vamos a quedar un rato en el piso. Así que puede sacar a Muffie tranquilamente y después bajarle los libros al señor Mathews para que se los firme todos —dijo sabiendo que eso le fastidiaría—. No tenga prisa que tenemos trabajo.

—Oh, gracias —dijo la mujer encantada pasando con el perro ante Wilder—. Es mucho más guapo que en la portada del libro. Ese fotógrafo no le hace justicia.

—¿A qué no? —dijo ella metiéndose en el ascensor mientras él

forzaba una sonrisa que parecía una mueca.

—Se lo diré a mi editor.

—Sí, dígaselo. Si le retrataran como es, vendería mil veces más. —
Tan contenta salió del portal mientras él pulsaba el botón siseando algo por lo
bajo.

Roxy reprimió la risa. —¿Cómo van las ventas, cielo?

—Muy bien, gracias. Incluso con esa foto.

Ella se echó a reír. —La cara que has puesto cuando te ha dicho que
había leído tus libros. Parecía que te llevaban al patíbulo.

—Joder, odio las promociones. Que me reconozcan por la calle me
pone malo. ¿Sabes cuántas fotos me han sacado hoy?

—No, ¿cuántas?

—Muy graciosa. ¿Conoces a todos en el edificio?

—A todos —respondió poniéndose seria.

—¿Posibles sospechosos?

—Son familias normales. Excepto un viudo de cincuenta y tres años
que vive en el primero. Pero no tiene antecedentes. De hecho, nadie los tiene.
Ni el portero.

—No esperaba antecedentes —dijo como si fuera tonta.

—¡No me hables así! Llevo en este caso meses, ¿sabes? ¡No vengas de listillo porque no lo soporto!

—¿Quieres dejar de ponerte así? ¡Estamos trabajando! ¡Y siempre hablo así!

Le señaló con el dedo. —Te juro que si no tuviera que aguantarte...

Él puso los ojos en blanco antes de salir del ascensor e ir hasta la puerta precintada. Furiosa le siguió y arrancó el precinto metiendo la llave en la cerradura de la puerta que los suyos se habían encargado de arreglar para que no pasara nadie. —Perdona.

Sorprendida giró la cabeza para mirarle a los ojos. —¿Qué has dicho?

Él carraspeó mirando a su alrededor. —Ya me has oído. ¿Abres o no?

Sin poder evitarlo sonrió cuando escuchó que algo se caía al suelo. Sorprendida miró sus zapatos de cordones para ver un plástico amarillo. Sacó las llaves de la cerradura mirando el llavero de Piolín y se le habían caído los pies. —La madre que le parió... —siseó ella mientras Wilder se agachaba cogiendo los pies de los que salía una memoria USB.

—¿Tienes una bolsa de pruebas?

Se puso como un tomate. —¡No es justo!

—Igual si lo hubieras dejado en la bolsa de pruebas nunca os hubierais dado cuenta. Anímate. Será interesante ver que hay ahí. Algo importante para

arriesgarse a morir porque no lo cogieras.

Roxy metió la mano en el bolsillo izquierdo de la chaqueta y sacó una bolsa de pruebas. Él metió la memoria en la bolsa y empujó la puerta abierta mirando a su alrededor. Como ella ya la había visto mil veces le dejó ir delante mientras cerraba bien la bolsa. Wilder entró en el salón y miró a su alrededor. —¿Se llevó la alfombra?

—Sí. La foto de la muerte de sus padres mostraba una alfombra azul que ya no está en el salón.

Él se acercó a la mesa de centro y se giró para ir hacia la chimenea donde observó las fotos familiares. Pasó de un marco a otro y ella se puso a su lado. —¿Qué ves, nena?

Ella observó la primera foto. Estaban los tres en la playa y David debía tener como cuatro años. Sonreían felices a la cámara. —Se querían mucho. Eran felices. —Vio que en la siguiente foto las sonrisas eran más tensas. David ya era un adolescente y estaban alrededor de una mesa. Parecía Acción de Gracias. —Pero eso fue cambiando. —Señaló la foto donde su madre parecía que quería arrimarse, pero David estaba algo inclinado a un lado. —Mantiene las distancias con sus padres.

—Se alejó de ellos. —Cogió la foto en la que se graduaba en el instituto. Estaba solo.

—¿Por sus instintos? ¿Se aisló de ellos porque sabía que no era normal?

—Si hubiera sido así, se hubiera independizado. —Miró a su alrededor de nuevo. —Les necesitaba por algo. Por eso no se llegó a ir nunca.

—Trabajaba desde hace tiempo. Incluso cuando asistía a las clases en la universidad iba a un trabajo de media jornada en una empresa que arreglaba portátiles.

—Quería irse. Pero nunca lo hizo.

Salió del salón y ella miró la foto de su graduación. Ella tenía mil fotos de ese día y siempre estaba rodeada de alguien de la familia. Suspiró siguiéndole y vio que había entrado en la habitación de los padres. Estaba sentado en la cama y había abierto el primer cajón de la mesilla. —¡Cielo, no te sientes ahí! ¡Me da grima!

Sonrió divertido y le hizo un gesto con la mano para que se acercara. —Ya he mirado ahí. Era donde estaba la pistola. No se usó nunca. —Miró por si acaso porque estando él allí, no le extrañaría nada que saliera el sudor del cajón con la suerte que tenía.

—¿Ves algo raro?

Un paquete de clínex, un inhalador, un par de bolígrafos, las balas, y un libro de crucigramas. —Los crucigramas son malísimos. Los he ojeado y

metía la pata cada poco. Es el cajón de la mujer. Su letra coincide. No iba muy bien de cultura general.

Él reprimió una sonrisa mirándola a los ojos. —No hay nada para tener sexo.

Miró el cajón con los ojos como platos y él lo cerró abriendo el siguiente. Y el siguiente. —¿Estás buscando juguetes sexuales?

—Era una mujer con menopausia. Sería lógico que hubiera gel íntimo o algo de eso, ¿no es cierto? De hecho no hay nada íntimo, realmente íntimo en este cajón. Ni crema hidratante y tengo entendido que la soléis usar.

—¿Es una de tus teorías? Porque en mi mesilla de noche hay caramelos. ¿Qué te dice eso?

—Que necesitas sexo.

—Muy gracioso. —Se cruzó de brazos. —A mí me extraña más aún que la pistola estuviera ahí que era el cajón de ella.

—¿La pistola estaba cargada?

—Sí.

—¿Su marido viajaba mucho?

—Era contable, Wilder.

Él suspiró levantándose y abrió el armario empotrado para ver la ropa pulcramente colgada. Entonces ella mirando la ropa entrecerró los ojos dando

un paso hacia el armario. —Vaya poca ropa que tenía, ¿no? Él tiene el triple y para ser mujer...

Él fue hasta el baño de la habitación y solo había una barra de labios. Y estaba a la mitad. Ni siquiera había un frasco de perfume. Aunque sí había tinte de cabello lo que significaba que tampoco iba a la peluquería.

—No le daba dinero —dijo impresionada porque le regateara la pasta con el piso que tenían.

—Pero no la maltrataba físicamente. Si la dominaba por qué dejar la pistola a su alcance. Lo lógico sería que la tuviera él.

—¿María le tendría miedo a alguien cuando estaba sola en casa? Investigaré los robos por la zona.

—La puerta principal tiene tres cerraduras interiores. —Negó con la cabeza. —No. No era miedo a alguien de fuera. Le tenía miedo a David y el padre debió ver algo que le hizo comprar la pistola. Porque la compro él, ¿no es cierto?

—Sí, está a su nombre. Pues si le tenían miedo era con razón, ¿no es cierto? Se los cargó. Y a María no le dio tiempo a llegar a la pistola.

—Los mató en el salón. En las fotos estaban vestidos. —Salió del baño para ir al baño del pasillo y al abrir el armarito de encima del lavabo vio un paquete de pastillas. Somníferos a nombre de la mujer.

—El doctor Papadopolus se los recetó porque no podía dormir. —Él levantó una ceja. —¿Les drogó? Por eso las pastillas están aquí y no en el baño matrimonial. Uy, como se entere el sudés... Menudo fraude.

—Después les apuñaló. O les apuñaló mientras dormían para tenerles dominados. Nada de gritos ni resistencia como ha dicho la vecina. Simuló un crimen para tener un vínculo con el sudés.

—Como no tenemos los cuerpos no podemos probarlo. ¿Y por qué has pensado en eso? ¿Y qué más da cómo los haya matado?

Él fue hacia la habitación de David y abrió la puerta donde le señaló el techo donde las fotografías ya no estaban. —Se intentaba endurecer, nena. No era algo que admirara. Un admirador no exhibe lo que le hace disfrutar de esa manera. Lo disfruta en la privacidad. En un sitio oculto a la vista de cualquiera que pueda entrar en el piso.

—Y tenía privacidad. Había matado a sus padres. Y es su habitación. Nunca abría la puerta a nadie.

Los ojos de Wilder brillaron y rió cogiéndola por la cintura para elevarla girándola. —¡Le tenemos!

—¿De veras? —preguntó asombrada.

La dejó en el suelo antes de plantarle un beso en los morros que casi la deja sin sentido. Se apartó saliendo de la habitación y ella tuvo que apoyarse

en la pared porque se tambaleó. —¡Nena, mueve el culo! ¡Tenemos que ir a la central! ¡Joder, qué ganas tenía de cerrar este caso!

¿Cerrar el caso? ¡Pero si acababa de llegar!

Capítulo 6

Como no le había querido contar nada se le quedó la misma cara de idiota que al resto de sus compañeros después de su rigurosa explicación como si fuera la señorita Marple al final de uno de sus capítulos. Parpadeó antes de jurar por lo bajo cuando dio una palmada sobresaltándola en su silla. —Bueno, pues buena suerte. Este no es el mejor grupo con el que he trabajado, pero... No ha estado mal.

—Joder con este tío. Me entran unas ganas de partirle la boca —siseó Roy rojo de rabia.

—¿El portero? —preguntó Larry atónito aún.

—Ahora entiendo muchas cosas —dijo Wilder como si fuera un poco lento—. Sí, el portero. Nena, explícaselo de nuevo que no tengo paciencia. —Cogió el abrigo. —Te espero en el Plaza en una hora. —Se puso como un tomate mientras todos la miraban sin salir de su asombro. Iba hacia la puerta de la sala de reuniones y se detuvo de golpe. —Ah, por cierto. Deberían investigar su vida en Denver. Tengo la sensación de que hay algo oscuro en esa mudanza y no solo por el dinero que apareció de la nada.

En cuanto salió por la puerta sin mirarla siquiera todos la fulminaron con la mirada y ella forzó una sonrisa. —Vaya, lo ha resuelto. ¿Quién lo iba a decir?

—¿El portero? —preguntaron todos a la vez sobresaltándola.

—¡Por eso abría las puertas de las viviendas de las víctimas! — exclamó Elizabeth cabreadísima—. Tendría una llave maestra.

—Está claro que tenía una relación estrecha con David y le veía todos los días —dijo Larry con ganas de matar a alguien—. Por eso dejó las fotos a la vista porque estaba seguro de que él entraba en su vivienda cuando David no estaba. Así le demostraba que era como el sudés.

—Ya no es un sujeto desconocido —dijo Roy entre dientes.

—Quería mostrarle su admiración hacia su obra para que confiara en él —añadió Spencer—. ¿Pero qué relación tenía con la peluquería?

—Eso es lo que vamos a averiguar —dijo Roy levantándose—. ¡Joder, hemos quedado como unos gilipollas! —gritó saliendo de la sala dejando el silencio atrás.

—Seguro que ahora se arrepiente de sugerir que le llamaran —dijo Roxy por lo bajo levantándose.

—Maxwell, buen trabajo —dijo Larry saliendo de la sala como los demás.

—Tú vete a pasártelo bien —Elizabeth le guiñó un ojo maliciosa.

—Cierra la boca. Es trabajo.

—Claro, nena.

Gruñó yendo hacia su mesa e intentando disimular contestó a unos emails que tenía pendientes. Minutos después fue muy consciente de como todos la miraban de reojo mientras cogía su abrigo. Larry salió de su despacho. —Maxwell, pasa por aquí. Tenemos que hablar.

Apretó los labios caminando hacia él y su agente al mando cerró la puerta. —Siéntate.

—Todavía queda mucho que hacer y...

—Siéntate, Roxy.

Siguiendo órdenes se sentó ante su mesa mientras él hacía lo mismo al otro lado. Su jefe suspiró apoyando los codos sobre la mesa. —No pensaba que iba a tener contigo esta conversación, porque aún te considero una novata y quería ver cómo te desenvolvías, pero la intervención de ese prepotente me ha abierto los ojos. Si te ha elegido a ti es porque eres la mejor en este departamento. De eso no me cabe ninguna duda porque en lo poco que llevas aquí has demostrado tu entrega y tu tesón para resolver los casos.

—Gracias, jefe. —Frunció el ceño. —¿Y?

Larry sonrió. —Sé que ha sido Mathews quien ha resuelto el caso,

pero ha sido con tu ayuda, pues has sabido informarle rápidamente de lo que él necesitaba. Acabo de hablar con el jefe del FBI y va a proponerle a Maxwell un nuevo puesto dentro de la organización.

A Roxy se le cortó el aliento separando los labios. —¿Un nuevo puesto?

—Se trataría de un grupo especial para este tipo de casos.

—Pero ya hay...

—Serán los casos más difíciles a nivel nacional. Ya sé que el grupo de análisis de conducta se dedica a este tipo de casos, pero no será un puesto fijo. Serán casos que tardan en resolverse y que son especiales por la presión mediática. ¿Me entiendes? El jefe quiere limpiar la imagen del FBI y sabe que Mathews tiene tirón entre la población. Además y lo más importante, da resultados. De hecho, los ha dado siempre por lo que tengo entendido.

Roxy negó con la cabeza. —Él ya colabora en...

—No me entiendes. Queremos que ante la prensa podamos decir que es agente del FBI.

—Entiendo. Quieren que vuelva al cuerpo para que la prensa le crea parte de la agencia y para que cuando resuelva los casos no quedemos en ridículo como ahora.

—Exacto. Y tú te vas a encargar de convencerle porque el jefe está

seguro de que no quiere volver a causa de sus clases y sus libros. Gana demasiado dinero como para plantearse seguir las órdenes de nadie.

—Wilder no sigue órdenes de nadie.

Asintió molesto. —Así que le dirás que será independiente y tendrá a su alcance todos los recursos del FBI.

—No gana nada con esto. No lo hará.

Larry levantó una ceja. —¿No gana nada con esto? Te gana a ti y tenerte contenta.

Se le cortó el aliento. —¿Qué dice?

—Vamos, Roxy... —Se reclinó en su asiento. —No te hagas la tonta. Es evidente para todos el interés que tiene en ti. Ese tiburón no te quiere trabajando en el FBI y lo ha dejado claro con todos los comentarios despectivos que han salido de su boca. Muy bien, lo acepto. Podrás ausentarte el tiempo que no tengáis trabajo y volver al tajo en cuanto os llamen. Seguirás teniendo el gusanillo de la investigación mientras os necesitemos y serás libre el resto del tiempo.

No se lo podía creer. Podía tenerlo todo. A Wilder y seguir en el FBI. Pero él no lo aceptaría. ¿O sí? Ahora ya colaboraba con ellos y con la policía de vez en cuando. Pero había que ser práctica. Si iba a trabajar para ellos eso había que pagarlo... Se mordió el labio inferior antes de preguntar —¿Y su

sueldo?

—Medio millón por caso resuelto. Puede parecer exagerado, pero hay recompensas por ese valor. Si nos ayuda, será dinero bien invertido. Y precisamente por eso te digo que serán casos especiales. No le llamarán a no ser que vean la situación muy difícil de resolver.

No se lo podía creer. Le iban a pagar una auténtica fortuna. Asintió levantándose. —Hablaré con Wilder.

Larry la miró fijamente. —Convéncele, Roxy. Si me defraudas y me haces quedar mal ante el jefe... —Apretó los labios. —Eso me va a cabrear mucho y tú pagarás mi mal carácter, eso te lo aseguro.

Se le cortó el aliento mirando sus ojos grises. Estaba claro que la aparición de Wilder le había sentado como una patada en el estómago y que le hubiera dejado en evidencia mucho más. Ahora quería quedar bien con el jefe y la responsabilizaba a ella. Roxy levantó la barbilla por su amenaza. —Hablaré con él.

—Llámame mañana a primera hora.

Asintió saliendo del despacho furiosa y se acercó a Roy que cabreado hablaba por teléfono con alguien. —¡Sí, en Denver! ¡Necesito todos sus datos! —Tapó el auricular al verla aparecer y Roxy dejó ante él la memoria portátil y el llavero metidos en la bolsa de plástico.

—Son las llaves de David.

—¿También lo ha descubierto él? —preguntó mosqueado cogiendo la bolsa y mirando los pies.

—No, fue una casualidad.

—Joder —siseó dejando las llaves sobre la mesa—. Está claro que hemos metido la pata hasta el sobaco. ¿Qué tiene en su interior?

—Ni idea. Tengo que irme. ¿Lo llevas a informática?

—No te preocupes. —Al verla molesta frunció el ceño. —¿Qué ocurre? ¿Qué te ha dicho?

—Quiere que convenza a Wilder para que vuelva al cuerpo. Para casos especiales como éste.

Roy silbó mirando hacia el despacho para ver a su jefe gritándole a alguien al teléfono. —Está que trina. —Sonrió irónico. —Órdenes de arriba, supongo.

—Exacto.

—Roxy, lo que le molesta, aparte de que le ha dejado en ridículo, es que ha perdido del todo una oportunidad contigo. —Rió por lo bajo. —Se debía creer otra cosa, cuando pasabas de él totalmente.

—Nunca me ha tenido, pero después de amenazarme con que consiga convencerle sí o sí, mucho menos.

Se alejó y Roy sentado en su silla la observó ir hacia el ascensor. Entrecerró los ojos mirando al jefe. —Joder Larry, acabas de meter la pata hasta el fondo. No tienes ni idea. —Apartó la mano del auricular. —¿Sigue ahí? ¿Qué pasa, se ha dormido? ¡Necesito esa información, joder!

Llamó a la puerta preocupada porque no sabía cómo se lo iba a tomar Wilder. Seguramente mal.

La puerta se abrió y se quedó de piedra al verle con una toalla alrededor de las caderas. Encontrarse con su duro pecho al descubierto la hizo olvidarse de todo mirando fijamente el vello negro que cubría sus pectorales. —¿Piensas quedarte ahí toda la noche? —Se volvió caminando al interior de la suite y sonrojándose entró tras él cerrando la puerta. —¿Alguna novedad?

—Están investigando para recopilar pruebas.

—¿Y la memoria?

—Se la he dado a Roy para que la revise.

Él asintió yendo hacia el lujoso mueble bar y se sirvió un whisky. —
¿Quieres tomar algo?

—Wilder, tengo que hablar contigo.

Levantó una ceja observándola fijamente con esos ojos negros que no

había podido olvidar en cinco años. Apartó la mirada quitándose el abrigo y lo dejó sobre el sofá sentándose en él. —Nena, ni se te ocurra. Han pasado cinco años. Tiempo de sobra para que te dieras cuenta de tu error, ¿no crees?

Se apretó las manos levantando su rostro hacia él que ahora estaba frente a ella furioso. —Tú tampoco puedes dejarlo. Y lo demuestra que les ayudes.

—¡No lo hago por ellos, te lo aseguro! ¡Lo hago por las víctimas!

—Yo también.

Él apretó los labios antes de beber de su vaso tragando el whisky de golpe. —Así que no vas a dejarlo. —Furioso dejó el vaso sobre la mesa de centro y sonrió sin ganas. —Tendría que habérmelo esperado después de lo que ocurrió la última vez.

—Sí quiero dejarlo. —Se le cortó el aliento mirándola. —Pero no del todo. El director del FBI tiene una propuesta para ti y si la aceptas seré tu compañera.

Wilder sonrió divertido. —Vaya, al parecer ese Larry ha hablado de más respecto a nosotros, ¿no es cierto, nena? —Se cruzó de brazos y ella sin poder evitarlo miró sus musculosos bíceps. Mierda, ¿tenían que hablar de eso precisamente ahora? —¡Roxy céntrate! —gritó sobresaltándola.

—Medio millón por caso resuelto. Solo casos difíciles y tienes que

regresar a la agencia. No recibirás órdenes de nadie y tendrás los recursos del FBI.

Él entrecerró los ojos. —¿Y el resto del tiempo serás mía o seguirás aquí?

Se le cortó el aliento y respondió sin poder evitarlo —Seré tuya — susurró sabiendo que era totalmente cierto.

Wilder alargó la mano y Roxy se levantó acercándose a él para cogerla. Tiró de ella pegándola a su cuerpo y tuvo que cerrar los ojos por la descarga que la atravesó. Él acarició su cuello con los pulgares levantando su barbilla y abrió los ojos mirando los suyos. —Así que básicamente haría lo que hago ahora, cobrando y te ganaría a ti —dijo con voz ronca y Roxy gimió apretándose a él para sentir su sexo endurecido pegado a su vientre. Cogió su cabello tirando de su cuello hacia atrás—. ¿Es lo que quieres, nena? ¿Estás segura? Como cambies de opinión...

Sus ojos azules se llenaron de lágrimas. —Tenías razón, ¿vale? ¡Qué más quieres que te diga!

—Te casarás conmigo y te quedarás embarazada cuanto antes.

Su corazón dio un vuelco. —¿Ya?

—¿Algún problema?

—Pero, ¿y el trabajo...?

—¿Sabes lo que son las niñeras? Y está tu madre que por lo que me ha dicho estará encantada de cuidarlo.

—¿Has hablado con mi madre?

—El domingo comí en su casa.

No salía de su asombro. —¿Desde cuándo la conoces?

—Preciosa, no te enteras de nada. La conocí el día de tu graduación. Tú estabas demasiado ocupada esquivándome y ni te diste cuenta.

Parpadeó mirando sus ojos negros. —¿Me estás vacilando?

—Está muy disgustada contigo porque la llamas una vez al mes. Y te aseguro de que estará encantada de que vuelvas a casa.

Se sonrojó ligeramente. —Es que he estado...

—¿Muy ocupada?

—¿No tiene gracia! —Se apartó de él y se pasó la mano por la frente intentando pensar. Llegaba y su vida cambiaba totalmente. Cambio de trabajo, matrimonio, hijos... ¿Y conocía a su madre? Uy, estaba claro que todo aquello llevaba planeado mucho tiempo. Cinco años nada menos. Apenas había vuelto a su vida y ya le había dado un vuelco.

—Roxy...

La advertencia de su voz le hizo mirarle y sus preciosos ojos azules expresaban sus dudas. —¿Qué estamos haciendo?

—Lo que debíamos hacer hace cinco años, nena. ¡Antes de que se te metieran ideas ridículas en la cabeza!

—¡No son ridículas!

—¡Acabas de decir que tenía razón!

Le miró con rabia y furiosa se quitó la chaqueta del traje. —¡Eres tan engreído! —Tiró la chaqueta al sofá y sacó la pistola de la funda que tenía en la espalda para dejarla sobre la mesa de centro al lado del vaso antes de sacarse la blusa de la cinturilla del pantalón. —¡Te crees que lo sabes todo!

—Es que esto sí que lo sabía, nena. —Se acercó a ella y la ayudó con los botones de la blusa rozándole el ombligo con los dedos. Roxy se la quitó de mala manera mientras él desabrochaba su cinturón mirando con rabia la cicatriz de su hombro. —¡Y se acabó! ¿Me has entendido? ¡Y ni se te ocurra tener dudas ahora! —le gritó a la cara bajando la cremallera de su pantalón.

—¡Ya te he dicho que se acabó! ¿Estás sordo? —Se apoyó en sus hombros para quitarse los zapatos con la punta del pie antes de arrastrar por los muslos los pantalones que cayeron al suelo. Los empujó con los pies para liberar sus piernas. Él la cogió por la cintura elevándola y pegándola a su cuerpo. Roxy rodeó sus caderas con sus piernas haciendo que la toalla cayera al suelo y se miraron a los ojos. Acarició su cuello sin poder creerse que estuviera allí. —Te he echado de menos...

A Wilder se le cortó el aliento y acarició su espalda. —Joder, nena... Creía que nunca solucionaríamos esto. Me has tenido cinco malditos años esperando a que volvieras.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿De verdad?

—Pero eres demasiado cabezota. Si no llego a venir, nunca hubieras vuelto, ¿no es cierto?

Sí que la conocía bien, sí. —No sabía si querías que regresara.

—¿No? —Besó su mejilla limpiando una lágrima que corría por ella y se abrazó a él con fuerza. —Nena, ¿te has leído mi último libro?

Se sonrojó aspirando su aroma y se apartó para mirarle a los ojos. — Un libro muy bueno. Me gustó mucho.

—¿Leíste la dedicatoria?

Carraspeó. —¿Nos vamos a la cama? Estoy deseando que me hagas el amor. Llevamos mucho tiempo de retraso.

La miró como si quisiera matarla. —¡Por tu culpa!

—Uy... ¡Cómo sigas echándomelo en cara, me voy a cabrear y se me va a cortar el rollo!

—¡Es que estoy cabreado! ¡Leíste la dedicatoria y no regresaste! ¡Aún deseándolo! ¡Todo por orgullo!

Se retaron con la mirada antes de que Wilder atrapara sus labios y ella

gimió sintiendo que había llegado a casa. Enterró sus dedos en su cabello respondiendo a su besó casi desesperada por sentirle y cuando entrelazaron sus lenguas creyó que moría de placer entre sus brazos. Wilder apartó sus labios y besó su cuello hasta llegar a su cicatriz tumbándola en la cama. Gimió retorciéndose mientras sus apasionadas caricias recorrían su delicada piel, bajando hasta su pecho y besándolo por encima del encaje de su sujetador blanco. Él desabrochó su sujetador quitandoselo casi sin darse cuenta. Suspiró cuando sintió su aliento sobre su pezón endurecido y cuando su lengua lo acarició ligeramente una descarga eléctrica atravesó su cuerpo. Gritó sorprendida y abrió los ojos como platos arqueando su espalda. Wilder la abrazó por la cintura reteniéndola antes de elevar su pecho metiéndose el pezón en la boca, chupando con ansias como si fuera el mejor manjar del mundo. Ella gritó estremeciéndose de arriba abajo y Wilder levantó la cabeza sorprendido. Sin dejar de mirar su rostro, metió una mano bajo sus braguitas y la acarició de arriba abajo haciéndola gritar de nuevo arqueando su cuello hacia atrás. Dios, aquella era la mejor sensación del mundo.

Wilder entrecerró los ojos arrodillándose a su lado. —¿Te has corrido, nena? —Bajó sus braguitas por sus caderas y ni fue consciente de cómo le quitaba los calcetines aún medio mareada de placer. —¿Hace mucho de tu último amante, preciosa? Parece que tenías prisa—dijo poniéndose sobre ella apoyándose en sus antebrazos.

Sonriendo como una tonta abrió los ojos —Lo siento. —Metió la mano entre los dos y acarició su miembro erecto haciendo que se le cortara el aliento. Mirando el placer de su rostro, se acarició a sí misma con él y Wilder gruñó cuando se lo introdujo ligeramente moviendo las caderas bajo su cuerpo. Se miraron a los ojos y Roxy acarició su pecho con ambas manos antes de susurrar—Lléname.

Entró en su cuerpo con fuerza y Roxy gritó de placer clavando las uñas en sus hombros y Wilder la miró sorprendido —Nena...

—¡Sigue!

Él la miró como si fuera suya y atrapó sus labios queriendo marcarla antes de mover sus caderas de nuevo para entrar en ella con fuerza. Roxy sintió como su vientre se tensaba y con cada movimiento esa tensión casi se volvió insoportable. Cerró los ojos, pero él la cogió por la nuca siseando —Mírame, nena. Quiero ver tus ojos cuando te corres.

Abrió los ojos sin entender lo que decía, cuando se movió de nuevo y gritó sorprendida por la fuerza del éxtasis que la recorrió. Temblando entre sus brazos gimió porque él no dejó de moverse alargando su placer de manera exquisita.

Wilder cayó sobre ella y le abrazó acariciando su fuerte espalda en su necesidad de sentirle. —Cinco años. Hemos perdido esto cinco años.

Roxy apretó los labios. —No voy a disculparme otra vez. Y también fue culpa tuya.

Él levantó el rostro para mirarla a los ojos. —Sí que lo fue. Tenía que haberte seducido y ya no te hubieras ido.

Sonrió con tristeza. —Pero eras mi profesor. No hubiera sido ético, ¿no?

—No, no lo hubiera sido. —Acarició su sien. —Pero no tenía que haber seguido las reglas porque eras mía. ¿Te duele?

—No. —Se sonrojó ligeramente por su posesiva mirada. —Te veo muy contento.

—No me lo esperaba, la verdad. —Gruñó haciéndole reír. —Al parecer has estado muy, muy ocupada.

—Siempre estoy rodeada de agentes. No iba a tener un lío en el trabajo.

—Ni en la universidad ni en el instituto...

—¡Tenía mucho que estudiar! Y trabajaba, ¿recuerdas? —Él se movió ligeramente en su interior y abrió los ojos como platos. —¿Wilder? ¿Todavía estás dentro de mí?

—¿No lo notas, nena? —preguntó con voz ronca antes de besar su labio inferior—. Espera, que esto seguro que lo sientes...

Capítulo 7

Y vaya si lo sintió el resto de la noche. No le dio tregua en las siguientes horas hasta que le suplicó que la dejara dormir. Aunque recordaba que no le había hecho caso como siempre, así que debió desmayarse en algún momento cuando amanecía. Se giró en la cama sintiéndose dolorida y miró hacia la ventana que tenía en frente que indicaba que ya era buena mañana. Wilder tumbado a su lado, suspiró poniéndose boca arriba mirando al techo. —Tengo que regresar a casa a solucionar unos temas de la facultad y hablar con el decano del nuevo trabajo. Espero que no haya problemas.

—Y yo tengo que cerrar el caso. —Se volvió para mirarle sobre su hombro. Parecía preocupado, así que se volvió pegándose a él y acariciando su pecho. —¿Ocurre algo?

Él sonrió mirándola. —Claro que no. Tendrás cuidado, ¿verdad?

—No tienes que preocuparte. No te voy a dejar viudo antes de tiempo.

—Le diré a tu madre que vaya pensando en la boda.

—No, espera a que llegue o me llamará a todas horas. —Wilder

acarició su espalda hasta llegar a su nuca. —Así que les conoces.

—Son buena gente. Además, son una fuente de información buenísima. Les llamé para interesarme por ti cuando te pegaron el tiro. Me invitaron a su casa y principalmente hablamos de ti.

—No me han dicho nada.

—Es que les dije que no te comentaran nada porque yo no quería que entraras en la agencia y estabas enfadada conmigo. Entonces tu madre me dio la razón y una cosa llevó a la otra.

—Genial, todos contra mí.

Wilder se echó a reír. —Te lo has ganado a pulso.

—He aprendido muchísimo.

—¿Más que a mi lado?

Tuvo que reconocer que no, pero ni loca lo diría. Apoyó la mejilla sobre su pecho y le acarició sintiéndose plenamente feliz. —Casi no puedo creer que estemos así.

—Ni yo, preciosa. Todo esto también me ha tomado por sorpresa.

—¿Ah, sí? —Sorprendida le miró sentándose en la cama. —¿Por qué lo dices?

—Pues porque ha sido una sorpresa. He estado en Nueva York muchas veces y no esperaba verte.

—¿Has estado en la ciudad muchas veces? ¿En los últimos meses?

—Pues sí. Mi editor es de aquí.

—¿Y no has venido a verme? ¡Ya veo lo que te interesaba!

—No hubieras agradecido mi visita —respondió con ironía—. ¿Recuerdas la cara que pusiste cuando salí del ascensor ayer mismo? ¡Parecía que había llegado el diablo!

Se sonrojó ligeramente. —Pues ahora me alegro mucho.

—Más te vale —siseó saliendo de la cama como Dios lo trajo al mundo. Disfrutó mirando su duro trasero de la que entraba en el baño y se mordió el labio inferior. ¿No se lo esperaba? Si había publicado hacía cuatro meses y al parecer la dedicatoria iba dirigida a ella. Entrecerró los ojos. ¿Se había dado por vencido? Bueno, después de tanto tiempo era normal que siguiera con su vida. Escuchó que tiraba de la cadena antes de abrir el agua de la ducha. Se levantó de la cama apartando su rubia melena a la espalda y ésta llegó hasta su cadera. Entró en el baño y vio como había dejado la tapa del wáter levantada. Ella levantó una ceja señalándola y él sonrió enjabonándose la axila. —Entendido, nena.

—Gracias. —La bajó sentándose en ella, dándole algo de vergüenza porque nunca lo había hecho ante un hombre, pero ya no podía esperar más. Aliviada hizo pis y le observó ducharse. Al parecer a él no le importaba. —

Cariño...

—¿No tienes que trabajar?

—Bah, nadie me dirá ni pío. Que trabajen un poco. —Fascinada vio como la espuma recorría su espalda y suspiró cogiendo un pedazo de papel higiénico antes de limpiarse. Se levantó tirando de la cadena. —Wilder, cuando has dicho que no te lo esperabas... ¿No querías decir que tenías novia?

Él se detuvo en seco pasando la esponja por sus abdominales más lentamente antes de mirarla de reojo. —¿Novia?

Gruñó cruzándose de brazos. —¡Wilder Mathews! ¡Tú me ocultas algo! —Él le dio la espalda cerrando los grifos y abrió la mampara sin mirarla a los ojos lo que la hizo palidecer. —¿Cielo?

—Me casaba el mes que viene.

Jadeó llevándose la mano a la boca. —¡No! ¿Estás comprometido? ¡Dos veces!

Wilder juró por lo bajo cogiendo la toalla. —¡Ya estaba harto de esperar! ¡Tengo treinta y nueve años, Roxy! ¡Quiero tener familia!

—¡Y la ibas a tener con otra! —gritó ofendidísima.

—¡Pues sí!

—¿Sabes Wilder? ¡La culpa de que no estuviéramos juntos este tiempo

fue solo tuya! ¡Estoy harta de que me eches a mí la responsabilidad! —Fuera de sí fue hasta la habitación buscando su ropa. —¡Tú eres el cabezota! ¡Puede que la vida en el FBI no haya sido como me esperaba, pero aun así podíamos haber tenido una vida juntos! —Él salió del baño con la toalla rodeando sus caderas y le señaló con el calcetín. —¡Todo ha sido culpa tuya! ¡Porque querías que las cosas fueran a tu manera!

—¡Exacto! ¡Quería a mi mujer a mi lado y no buscando criminales por ahí!

—¡Pues mira, ahora lo vamos a hacer juntos! —Sonrió satisfecha poniendo los brazos en jarras. —¡Y ya estás arreglando lo de esa tía!

—¡Eso pensaba hacer!

—¡Pues muy bien!

Salió de la habitación con su ropa interior en la mano y Wilder la siguió hasta el salón. Él sonrió viendo cómo se vestía y apoyó el hombro en la puerta cruzándose de brazos.

Ella se metió la pistola en la cartuchera y le miró a los ojos. —¿Te vas hoy?

—Debo hablar con Corinne. —Roxy apretó los labios cogiendo la camisa y se la puso. —¿Qué esperabas, nena?

—Por eso no te pego un tiro. Porque no debía esperar nada, ¿no es

cierto?

Él suspiró acercándose y la cogió por la barbilla para que le mirara. —Ahora todo ha cambiado. Y tienes razón, la culpa es de los dos. Mía por esperar que no entraras en el cuerpo solo porque te lo pedía yo y por no buscarte mucho antes.

—Y mía por no haber vuelto. —Le abrazó por la cintura.

—Dejaremos eso atrás y empezaremos de nuevo.

—¿Nada de reproches?

—Nada de reproches. —La besó suavemente en los labios.

El teléfono de Roxy empezó a sonar y gimió separándose. —Lo siento. —Sacó su móvil del bolsillo del abrigo y descolgó a toda prisa. —Maxwell. —Se apartó el cabello de la cara mirando el suelo. —¿Ya? —Escuchó las explicaciones de Roy y levantó la vista hacia Wilder que la escuchaba intentando enterarse de algo. —Entiendo. Voy para allá. Sí, se va hoy. Tiene asuntos pendientes. Te veo ahora.

Colgó el teléfono y sonrió. —Le han detenido cuando entraba en casa de otra víctima. Teníamos razón. Estaba perdiendo el control y ya no podía reprimirse el mes de rigor.

—¿Quién era su referente?

—Todavía no lo sé. Tengo que ir para el interrogatorio. Larry quiere

que lo haga yo.

Él asintió cogiéndola por la cintura. —Llámame cuando salgas de la sala. Quiero saber los detalles.

—Lo sé. Te haré un informe exhaustivo.

—Muy graciosa.

—Te quiero. —Él levantó una ceja y se sonrojó intensamente. —¿No me lo vas a decir tú a mí?

Parecía que le estaban sacando una muela y carraspeó antes de decir a regañadientes —Te quiero... en mi vida.

Parpadeó observándole. —Me quieres en tu vida. Mira, me voy que si no me voy a cabrear...

Intentó apartarse, pero él la sujetó por la cintura. —Estas cosas no se me dan bien.

—¡Pues vete ensayando!

La besó apasionadamente y mareada disfrutó de él. Wilder separó sus labios mirándola como si hubiera hecho una hazaña. —¿Ahora te ha quedado claro?

—Ajá...

—Pues hala, a trabajar. —Le dio un azote en el trasero. —Y llámame cuando salgas. Ya hablaré yo con el director del FBI. No digas nada a ese

Larry que tiene la lengua muy larga.

Sonrió como una tonta porque había querido demostrarle con ese beso que la quería y encantada cogió el abrigo. Él cogió la chaqueta y se volvió para ponérsela. Cuando se volvió de nuevo para despedirse, Wilder susurró —Joder, nena... Ten cuidado, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo. Las locuras se acabaron. —Le besó rápidamente y fue hasta la puerta. Wilder la abrió para que pasara, pero ella no llegó a salir al pasillo poniéndose ante él para mirar sus ojos. —Tenías razón en la dedicatoria, cielo. Los errores siempre se pueden rectificar. Solo hay que tener el valor de hacerlo.

Él sonrió. —Al menos nosotros lo hemos hecho a tiempo.

—Te quiero.

—Vale. —Puso los ojos en blanco haciéndole gruñir. —¡Nena, tienes trabajo!

Sorprendida parpadeó. —¿Me estás echando?

—¡Termina de una vez para volver a casa!

—Por cierto, ¿y dónde vamos a...?

Él miró tras ella y juró por lo bajo. Sorprendida se volvió para ver a una rubia preciosa que llevaba un vestido de firma verde botella que resaltaba el color de sus ojos. ¡Era un clon suyo! Un clon suyo con pasta porque llevaba

un bolso de Hermès. —No me lo digas, tú eres Corinne.

—Roxy, al trabajo.

Le fulminó con la mirada mientras la tía se acercaba a la puerta, pero ella estaba en medio. —Cariño, ¿es una de esas agentes con las que trabajas? —Sonrió dulcemente alargando la mano y mostrando el enorme pedrusco que le había comprado. —Encantada. Soy Corinne Lower.

Alucinada cogió su mano poniendo el pedrusco ante los ojos antes de mirar a Wilder furiosa sintiendo que se la llevaban los demonios. —¡Arregla esto porque estoy a punto de ponerme a pegar tiros!

Corinne confundida miró a su prometido. —¿Qué quiere decir? Cariño, ¿te ha gustado la sorpresa? Como no podías venir tú, he venido yo y así me pruebo el traje de novia. —Se acercó a él como si nada y le plantó un beso en los morros.

Sus dientes rechinaron y él se acercó. —Tienes un interrogatorio, ¿recuerdas? —siseó haciéndole un gesto con la cabeza para que se largara—. Corinne, entra que voy enseguida.

—Encantada —dijo dulcemente provocándole una úlcera de estómago.

Él la sacó al pasillo y Wilder arrimó la puerta. —Vete a trabajar. Ya hablo yo con ella.

—¿Cómo se te ocurre? ¡Uy... Wilder estás muy perdido! Si ni siquiera

se ha dado cuenta de que estás en toalla. ¡Esa tía es más corta que las mangas de un chaleco!

—Vete —susurró en voz baja.

—Ya voy. —Pero no se movió ni un milímetro. —Si no tuviera el interrogatorio... Mierda de trabajo.

—¡Vete!

—¿Y si me quedo y se lo decimos juntos? Ese asesino en serie puede esperar. Ya le hemos pillado.

—Vete, nena.

—Cariño, ¿te acabas de levantar? Has debido trabajar muchísimo.

—Toda una lumbreras. —Le señaló con el dedo. —¡Sé tajante! Nada de consolarla, te lo advierto. Como le toques un pelo...

Él entró en la habitación cerrando la puerta y jadeó indignada. Apretó los labios indecisa y dio dos pasos hacia el ascensor, pero no pudo evitarlo y se acercó pegando la oreja a la puerta.

—¿Cómo dices? —escuchó en el interior de la habitación—. ¡Será una broma!

Sonrió al escuchar la voz chillona de Corinne ignorando como la limpiadora pasaba tras ella empujando el carrito y deteniéndose a su altura. Ella sacó su identificación del FBI poniéndosela ante la cara. La mujer la miró

antes de empujar el carrito de nuevo. —¡No puedes hacerme esto! —gritó desgarrada. Roxy hizo una mueca. ¿Debía darle pena? ¡Y una leche! Era suyo. No pensaba sentir pena por nadie salvo por ella misma que había pasado cinco años sin estar a su lado. Esa tía ni tenía que haberse acercado a su hombre.

—¿Cómo vamos a suspender la boda ahora? ¡Mis padres se llevarán un disgusto enorme! ¿Es que ya no me quieres?

Pegó más la oreja y juró por lo bajo porque no escuchó la respuesta de Wilder.

—¿No tiene el FBI otros métodos de trabajo? —preguntó la limpiadora a su lado sobresaltándola—. Micrófonos y esas cosas.

—Los recortes, señora. —Le hizo un gesto con la mano. —¿Le importa? ¡Estoy en plena investigación!

Escucharon un gemido y después un chillido antes de que se rompiera algo. —¡Corinne!

—¿La está matando? —preguntó la mujer con los ojos como platos.

—Que no. ¿Quiere irse a trabajar?

—¡Te odio! —gritó Corinne antes de romper algo contra la puerta—. A mí no me plantas a un mes de la boda.

—Menudo cerdo.

—¡Señora! —Sacó la pistola y la apuntó. —Largo.

Asustada asintió corriendo por el pasillo hasta ponerse tras el carrito y Roxy juró por lo bajo antes de pegar la oreja de nuevo escuchando su llanto. Bueno, ya estaba hecho. Ya era libre para estar a su lado.

—Lo siento, preciosa.

¿Cómo que preciosa? ¿No la estaría abrazando? Entrecerró los ojos yendo hacia el ascensor, sintiendo como la rabia la recorría antes de pulsar el botón de la alarma de incendios con ganas de matar. Ignorando la sirena se metió en el ascensor. Menos mal que tenía al portero para desahogarse. Se iba a cagar en el interrogatorio.

Capítulo 8

Tirando de su maleta pasó las puertas de cristal del aeropuerto Ronald Regan y escuchó el chillido de alegría de su madre antes de verla. Volvió la cabeza a la derecha y se sonrojó ligeramente al ver a sus padres y a su prima con su prometido con un cartel enorme que decía bienvenida a casa.

—¡Mi niña ya está en casa! —gritó acercándose moviendo sus rizos rubios de un lado a otro mientras corría hacia ella para abrazarla con fuerza —. Ya estás aquí.

—Mamá, ni que viniera de Siberia —dijo abrazándola y mirando sobre su hombro a su prometido que sonreía al lado de su padre y su prima que estaba encantada—. Nueva York está aquí al lado.

—Sí, ya.

Se echó a reír acercándose a su padre y le dio un abrazo. —¿Cómo estás, oso?

—Tiene que operarse de las rodillas —dijo su madre por él juntando las manos muy ilusionada.

Se apartó para mirar sus ojos castaños. —¿Qué?

—No es nada. Tengo los meniscos rotos. Pero no me voy a operar.

—Bueno, ya hablaremos de eso. Si te tienes que operar, lo harás.

Sonrió a Wilder y su prima silbó. —No me desconcentres, Anne — ordenó abrazándole por la cintura—. Hola, cielo.

—Estás preciosa.

—Oh —dijeron las mujeres del grupo antes de que la besara. Su padre carraspeó y ellas les dieron codazos para que se callara, pero Roxy no se dio cuenta porque abrazó su cuello devolviendo su beso.

Cuando se apartó le miró a los ojos. —¿Todo bien?

—Eso debería preguntarlo yo, ¿no crees?

—Ya te lo he contado todo por teléfono.

—Hija, ¿has comprado el vestido? —preguntó su madre ilusionada.

—Sí, Rox. Os casáis el sábado. Espero que te hayas comprado algo espectacular.

Gimió girándose hacia su prima Anne que se había cortado sus rizos castaños por la barbilla haciéndola parecer más joven de los diecinueve años que tenía. —No pasa nada. Saldremos de compras. —La miraron horrorizada. —¿Qué? ¡Solo he tenido seis días para cerrar un caso y cambiar de ciudad! Por cierto, vámonos que tenemos que estar en casa cuando llegue el camión

con mis cosas.

—¿Y por qué traes la maleta? —preguntó su madre.

—Por mis armas. —Su madre puso los ojos en blanco. —¿Qué? No podía dejar que vinieran en el camión.

Wilder se echó a reír y sujetándola por la cintura cogió su maleta. — Perfecto. Vamos a casa, nena. Estarás hambrienta.

—¿Ya está todo solucionado? —preguntó por lo bajo.

—Hija, cuando veas la limusina que hemos encargado para tu gran día... La chica que tu novio ha contratado para que se encargara de la boda, es un genio. Es una organizadora de primera. Y menuda tarta —dijo orgullosa—. Te encantará. Es de bizcocho de naranja con chocolate. Es una delicia que se te derrite en la boca y...

—Mamá, quieren estar solos —dijo su padre divertido.

Se sonrojó intensamente sintiéndose algo egoísta porque hacía seis meses que no les veía y hasta se había perdido las navidades por acabar el caso. —Es que tenemos detalles que hablar y... Pero podemos hacerlo después. ¿Verdad que sí, amor?

Wilder reprimió la risa. —Claro que sí. Ahora tenemos todo el tiempo del mundo para hablar.

Sus familiares sonrieron encantados. —Estupendo —dijo su prima

ilusionada—. Tienes que ver mi vestido. Mamá dice que está un poco escotado, pero que el violeta es mi color.

—¿Dónde están los tíos?

—Trabajando, cielo. Como todos los demás. Les verás esta noche en la barbacoa de bienvenida en nuestra casa —respondió su padre.

Miró de reojo a su prometido. —¿Barbacoa?

—Tenemos todo el tiempo del mundo, nena. Relájate y disfruta —dijo por lo bajo saliendo del aeropuerto.

—Soy del FBI —siseó—. No me relajo nunca.

—Hija, vaya buen trabajo que hicisteis en Nueva York. Ha salido en todos los noticiarios —dijo su padre orgulloso—. Que su mujer que trabajaba en esa peluquería fuera su cómplice nos dejó con la boca abierta. Y lo de ese chico... ¿cómo se llamaba?

—David, papá.

—Ese. Había sido adoptado de pequeño y les ayudaba porque su madre se parecía a las víctimas. Incluso tenía su foto en la habitación. ¿Os habéis puesto en contacto con ella? ¿Cómo se lo ha tomado?

—Papá, eso es confidencial.

Cuando todos se detuvieron mirándola como que no se moverían de allí hasta que cantara, bufó. —Está muerta, ¿vale? Murió después de dar a luz

y de darle en adopción. La foto se la dio el centro de adopción a su nueva madre y cometió el error de decírselo cuando tenía seis años. Ahí cambió su carácter y empezó a obsesionarse. Los padres adoptivos a partir de ahí le llevaron a psicólogos, pero David no lo aceptaba. Su obsesión llegó a tal punto que hasta se las ingenió para escaparse e ir a Denver para averiguar si le decían la verdad. Se volvió un paranoico. Una vez pegó a su madre porque había limpiado su habitación y a partir de ahí todo fue a peor. Eso es lo que nos contó la hermana de la madre adoptiva cuando fui a Denver.

—Voy a por el coche —dijo su padre hinchando el pecho orgulloso.

—¿Y lo del dinero, nena?

Le miró sorprendida. —¿No te has leído el informe que te envié por mail?

—Preciosa, he estado algo ocupado.

Todos rieron por lo bajo y ella bufó. —Parte era de una herencia de María por la muerte de su padre y parte de la venta de su casa en Denver. Su hermana les prestó doscientos mil para que pagaran la casa del todo. Ellos se lo iban devolviendo poco a poco. Y por si no lo has visto tampoco, en el pen de Piolín...

—Había cosas del trabajo. De eso me hablaste por teléfono, ¿recuerdas?

—Caso cerrado. ¡Al fin! Han sido unos días de locura.

Él la abrazó y la besó en la sien haciendo sonreír a su madre y a su prima. —Hija, ya sabía yo que estabais hechos el uno para el otro. Cuando preguntó por cómo estabas después de que te hirieran en los Ángeles, me di cuenta enseguida de que estaba interesado en ti.

—Pues ya me lo podía haber dicho —dijo divertida.

—Es que cuando te pones cabezona...

Jadeó indignada mirando a su novio que rió por lo bajo. —No es cierto. Dile la verdad.

—Ya la sé. ¡Y tenía razón! —protestó su madre—. Con las notazas que tenías, podías haber trabajado en lo que quisieras, pero tú no. Tienes que hacer las cosas más difíciles para probarte. ¡Menos mal que nuestro chico fue a poner orden, que sino no me hacéis abuela hasta los noventa!

Asombrada le dio un codazo a Wilder que no dejaba de reír. —Tranquila, Hanna. Eso lo arreglaré cuanto antes.

—Estupendo —dijo Anne encantada—. Un bebé en la familia.

—¿Tú no tienes clase? —Roxy entrecerró los ojos. —No estarás pirando, ¿verdad?

—¡No sabes ni en el día que vives! Hace tres días fue Nochebuena. No empiezo las clases hasta dentro de dos semanas, pesada.

Miró arrepentida a su madre. —Mamá, lo siento. No pude venir, de verdad.

—Bah, lo entendimos. Y porque hicieras las maletas para venir definitivamente renunciaría a todas las navidades porque eso significa que vas a estar conmigo el resto del año. —Roxy sonrió. —Empezaremos el año todos juntos —dijo su madre emocionada—. ¡Y con boda! Una boda en fin de año. ¡Qué bonito!

Sonrió mirando a Wilder y él la abrazó por los hombros. —Estás agotada.

—No, qué va.

—Comeremos en mi casa y después dormirás algo para la barbacoa de esta noche —dijo como si fuera una orden haciendo que levantara sus cejas rubias.

—¿Ya empiezas?

—Sí.

—¿En serio quieres discutir?

Pareció pensarlo antes de asentir. —Pues sí. Tengo unas ganas terribles.

Se puso como un tomate y su madre soltó una risita. —¿Estáis hablando de sexo? —preguntó Anne con descaro.

—¡No! —respondieron todos a la vez.

—Oye, que ya no soy una cría. ¡Tengo diecinueve años! Sé lo que es el sexo.

Roxy entrecerró los ojos señalándola con el dedo. —¿Qué has dicho?
—Anne se sonrojó mirando a su tía pidiéndole ayuda con la mirada. —Mira, guapa... ¡Tú a estudiar y deja eso del sexo para cuando yo te diga que puedes tenerlo! ¿Me has entendido? ¡Cómo no saques todo sobresalientes, me vas a oír!

—Qué mala leche tienes. No sé cómo Wilder te soporta.

—¡Porque la tiene mucho peor que yo!

—Sí, ya sé que tiene fama de hueso. ¡Estoy deseando ir a sus clases!

—dijo emocionadísima dejándoles con la boca abierta.

—Ah, no —dijo Roxy que fue la primera en reaccionar—. ¡Tú no vas a ir a sus clases!

—¿Por qué? ¡Tú fuiste!

—¡Por eso sé de lo que hablo! ¡Aléjate de criminología! ¡Estás advertida!

—Haré lo que me venga en gana. —Levantó la barbilla. —Ahí está el tío con el coche.

Con ganas de estrangularla miró a Wilder frustrada porque no podía

pegar cuatro gritos. —Esa es la cara que debí poner yo cuando me dijiste que presentabas la solicitud en el FBI. —Sonrió cogiéndola de la mano. — Tranquila, nena. Tenemos años de sobra para convencerla.

Su padre aparcó el Mercedes gris ante ellos. —¿Tu coche?

—Le encanta conducirlo. Tengo que llevarme bien con el suegro. — Abrió la puerta de atrás y las tres se sentaron mientras él metía la maleta en el portaequipajes. Roxy intentaba morderse la lengua mientras su prima parloteaba sobre la boda. Joder, cómo entendía a Wilder ahora. Ni loca iba a dejar que estudiara criminología. Ese tipo de impulsos mejor cortarlos de raíz. Ya la encauzaría hacia otra rama del derecho. Civil, por ejemplo. Mucho más seguro y mejor pagado.

Sentada entre las dos ni las escuchaba dándole vueltas y sus ojos se fueron cerrando sin darse cuenta con el movimiento del coche.

Los cuatro miraron a Roxy que sentada aún en el coche, tenía la cabeza apoyada en el reposacabezas de piel durmiendo con la boca abierta. Estaba totalmente grogui.

—Está agotada, la pobrecita —dijo su madre con pena.

—Jo, se ha quedado frita. —Anne pasó la mano por delante de su cara

de un lado a otro antes de reír por lo bajo. —Menos mal que hace un frío que pela y no hay moscas, que si no...

Wilder apretó los labios. —Ha tenido mucho estrés y ahora se ha relajado. —Salió del coche y abrió la puerta a su suegra, cogiéndole la mano para ayudarla a salir. En cuanto lo hizo, se metió en el coche y acarició la mejilla de Roxy que ni se movió. Él sonrió y la besó suavemente en los labios. Roxy sonrió y abrió los ojos. —Bella durmiente, hemos llegado a casa.

—Perfecto. —Salió del coche por el otro lado y totalmente espabilada miró hacia la casa con las manos en jarras. —Cariño, ¿esta es tu casa?

Movió la cabeza de un lado a otro sin poder creérselo y salió del coche cerrando la puerta. —Sí, cielo. ¿Te gusta?

La casa era preciosa. De madera pintada en un beige claro con las ventanas en blanco, se notaba que era muy antigua. Era de estilo victoriano con techos muy inclinados y preciosas celosías. Le miró con desconfianza porque a su prometido no le pegaba nada. —¿Tú te has comprado esta casa? ¿La has comprado tú solo?

—Con las ganancias de mi cuarto libro. Sí.

—¡Oh, entonces me encanta! —dijo emocionada porque su ex no había tenido nada que ver—. ¡Y está cerca del campus! —Él se acercó y la cogió en brazos sorprendiéndola. —¿Qué haces?

—Seguir la tradición.

Le abrazó por el cuello. —Cariño, cada día me sorprendes más. No sabía que eras romántico.

Wilder gruñó antes de susurrar —Ya te demostraré lo romántico que soy en la siesta.

La puerta se abrió de repente y Roxy chilló al ver a Charlie al otro lado que se echó a reír al verla. —Pero bueno... ¿Qué haces tú aquí?

—El jefe me ha llamado para decirme que estabas de vuelta y tenía que verlo con mis propios ojos. Bienvenida a casa.

Miró a Wilder a los ojos. —Por eso me has despertado, ¿verdad?

—Ibas a perderte muchas cosas y no podía consentirlo.

Roxy le besó totalmente enamorada. Apartó sus labios mirándole a los ojos. —Te quiero.

Wilder se sonrojó ligeramente mirando a su alrededor y todos se rieron. —Nena... esas cosas dímelas en privado —dijo por lo bajo entrando en la casa y dejándola en el suelo.

—Ya te acostumbrarás. —Emocionada abrazó a Charlie. —Te he echado de menos.

—Sí, lo he notado por todas las llamadas que me has hecho estos últimos seis meses.

Se puso como un tomate y se apartó para replicar —No llamaba a nadie. Pregúntaselo a mi madre.

—Eso es cierto, hijo. Menos mal que eso ha quedado atrás y ahora va a llevar una vida mucho más tranquila. —Le cogió por el brazo metiéndole en el salón. —Cuéntame. ¿Sigues con ese chico tan guapo que trajiste a cenar en Nochebuena?

—Hanna, eso fue hace unos días. Éste va para largo.

Roxy sorprendida miró a Wilder. —¿No le has dicho que seguimos en el trabajo?

—No surgió el momento —dijo en un susurro—. Ya se lo diremos después de la boda.

—¿Les tienes miedo a mis padres?

—Nena, me estoy acostumbrando a tener suegros. No suelo dar demasiadas explicaciones sobre mi vida.

—Vale, déjamelos a mí. Pero después de la boda. No les fastidiamos la celebración.

—Perfecto. Tú te encargas de darles el disgusto.

Alguien carraspeó tras ellos y Roxy gimió cerrando los ojos antes de volverse para ver allí a su prima que ya se había quitado el abrigo y les observaba con los brazos cruzados. —Mira por donde voy a estudiar

criminología.

—No. No vas a entrar en mi clase.

Anne jadeó indignada. —¡Wilder!

—Mira, dentro de dos años hablamos de esto si quieres, porque eres tan cabezota como tu prima. Mientras tanto como dice Roxy estudiarás para mantener la beca y todos contentos. No voy a ceder en esto. ¡Vete buscándote otra especialidad!

Entró en el salón dejándola con la boca abierta y Roxy sonrió. — Bueno, pues ya está todo hablado. El profe ha dicho que no. Hala, a comer que tengo un hambre...

—Dictadores.

—Ya, ya...

Sorprendiéndola la cogió por la muñeca y la detuvo antes de entrar en el salón. —¿Tan malo ha sido?

Miró sus ojos azules y apretó los labios. —Es un trabajo que no te da demasiadas satisfacciones, Anne. Ves el horror día a día y cuando lo has combatido y has detenido al culpable, te das cuenta de que todo el sufrimiento sigue ahí porque no has podido salvar a las víctimas. Y te asignan otro caso donde la tensión por atraparle vuelve a empezar. Es como estar dentro de una rueda de hámster corriendo para llegar siempre al mismo punto, ¿me

entiendes? —Anne asintió preocupada. —Si de algo me arrepiento en la vida, es de no haberle hecho caso a Wilder. Me hubiera ahorrado mucho sufrimiento, te lo aseguro.

—Pero no lo has dejado.

—Por las víctimas. Porque si no intervenimos habrá más y es una espina que no me podría sacar. No te voy a negar que a veces hay emoción porque estás a punto de atraparlo, pero eso es efímero y yo he tenido que renunciar a miles de cosas centrándome en mi trabajo. Y mis compañeros también. Olvídate de eso. Te lo digo por tu bien y sabes que yo nunca te aconsejaría mal a propósito y mucho más conociendo de lo que hablo. Olvídate del tema por tu bien, te lo digo en serio. —Anne apretó los labios y Roxy sonrió acariciándole el mentón para levantar su cara. —Sé que lo pensarás. Le darás mil vueltas con los pros y los contras. Si quieres hablar de ello, lo haremos después de la boda, ¿de acuerdo?

Anne sonrió. —Vale.

—Ahora disfrutemos de la familia que es lo realmente importante. — La abrazó por los hombros metiéndola en el salón donde vio a su prometido acercándose con dos vasos con refresco de cola. —¿Para mí no hay champán?

—Nena, necesitas cafeína.

Se echó a reír asintiendo y cogió su vaso con una mano mientras él

entregaba su refresco a su prima. —¡Por la familia! —brindó su prima levantando su vaso.

—¡Por la familia!

Capítulo 9

Sentada en el sofá de la casa de sus padres hablaba con Charlie comiendo su segunda hamburguesa. —¿Así que Aron no podía venir?

Él veía como engullía la comida. —Oye, vas a espantar a tu prometido con tus modales en la mesa. —Hizo una mueca. —O en el sofá en este caso.

Con la boca llena y kétchup en la comisura de la boca miró a su alrededor para ver a Wilder entrando en casa con una bandeja de perritos calientes. Los niños se abalanzaron sobre él dejándole la bandeja vacía. Se encogió de hombros y dijo con la boca llena. —Éste ya está pillado. —Soltó una risita. —Casi me ha esperado cinco años.

—¿Porque no te ha visto comer!

—Sí que me ha visto. En la comida. —Su amigo puso los ojos en blanco. —Qué pijo te has vuelto. —Le observó de arriba abajo. —¿Qué tal en el trabajo? ¿Tu padre sigue torturándote?

—Me ha hecho socio.

Jadeó mirándole con asombro. —¿Eres socio del despacho? ¿Por qué?

Él sonrió. —¿Porque soy su hijo? ¿Porque facturo más que nadie?

—Oye, pues ya que eres socio... Puedo echar una mano.

—¿Echar una mano? —preguntó su novio acercándose—. Nena, vas a estar muy ocupada. Ya me encargo yo de ocuparte. No te preocupes.

—¿De verdad? Mira que como me aburra, puedo ser muy pesada. —Él se agachó y le dio un mordisco a su hamburguesa. —Eh, que es mía.

—Se han acabado. Como todo lo demás. Tu padre está a punto de llamar a un amigo carnicero temiendo que alguien se haya quedado con hambre.

—Ah, entonces toma...

—Qué bonito. Ya empezáis a compartir. —Wilder se sentó a su lado cogiendo su hamburguesa y dándole otro mordisco. —Wilder, ¿y tu familia?

Él dejó de masticar mirándola de reojo. —Pues... no vendrán a la boda.

Intrigada se giró para mirarle bien. —¿Ah, no?

—Nena, están un poco... cabreados por lo de Corinne —dijo por lo bajo.

—¿Y eso? ¿A ellos qué les importa? —preguntó mosqueada.

—Es prima segunda mía.

Abrió la boca del asombro y Charlie se echó a reír a carcajadas. —No te tragarán en la vida.

—A mi madre se le pasa en cuanto le des un nieto. —Wilder se encogió de hombros. —No pasa nada.

—¿Que no pasa nada? Ya verás cuando se entere mi madre —dijo por lo bajo.

Wilder gruñó hincando el diente en lo que quedaba de hamburguesa.

—Por cierto, cielo mío... Mi madre me ha preguntado, muy discretamente en la cocina de tu casa, si recuerdas que tienes que darme algo antes de la boda. Algo redondo que se pone en el dedo. Suele llevar algo que parece cristal encima.

Charlie se partía de la risa y ella le dio un codazo. Wilder la miró con horror. —No fastidies, nena. Si te compro uno por mi cuenta no te gustará.

—Claro que me gustará, porque me lo regalas tú.

—Co... —Miró a su alrededor. —Lo escogió ella. Eso es mucho más práctico.

—Pero es que yo no me caso contigo para ser práctica. Me caso porque no puedo vivir sin ti. —Sonrió con ganas de estrangularle porque tenía la sensibilidad de un puercoespín. —Así que ya estás moviendo ese culito tan mono a la joyería y comprando el que creas que me puede gustar.

—Tú nunca llevas joyas.

En eso tenía razón. —¡Mira, pues esto me lo pondré! ¡Con el anillo de casada que espero que sí hayas elegido!

—Sí, hija. Sí que lo hemos elegido —dijo su madre con una sonrisa de oreja a oreja acercándose con una bandeja de bizcochos cubiertos de chocolate—. Te va a encantar.

—¡Bizcochos! —Se tiró a la bandeja cogiendo uno en cada mano y Wilder cogió uno. —Coge Charlie, están muy buenos.

—Mi suegra tiene una mano para la repostería...

Su madre se alejó encantada. —Serás pelota.

—Es para que cuando se entere de que me iba a casar con otra no me saque los ojos.

—Cómprale un anillo bien gordo —dijo Charlie con la boca llena haciendo que le miraran—. ¿Qué? Está muy bueno.

—Cariño, esto da sed —dijo con la boca llena de bizcocho.

Wilder se levantó de inmediato y fue hasta la cocina. —Tía, qué ojo tienes para los hombres. Si fuera de la acera de enfrente me lo quedaba. Fuera de clase gana mucho.

—¿A que sí? —Sonrió radiante mostrando sus dientes llenos de chocolate cuando Wilder se puso ante ella sin nada en las manos. —Cariño,

tengo sed. ¿Ya no quedan refrescos?

Todos se quedaron en silencio mirándose y ella miró a su alrededor sonrojándose. —¿Qué ocurre?

Wilder arrodilló una pierna ante ella y cogió su mano. Hizo una mueca al ver el chocolate en sus dedos y dejándola de piedra se los metió en la boca chupándolos antes de coger la servilleta que le tendió su suegra. Hipnotizada vio cómo se los limpiaba mientras escuchaba las risitas de su prima y sus amigas. —Roxanne Elizabeth Maxwell... —Tiró la servilleta a sus espaldas y la miró a los ojos. —¿Quieres concederme el honor de ser mi esposa?

—Cariño, nos casamos el sábado —susurró roja como un tomate.

Wilder reprimió la risa. —Sí, pero es que no había hecho esto y no quería que te lo perdieras.

—Ah, entonces sí.

Él deslizó un anillo en su dedo anular y a Roxy se le cortó el aliento al ver un rubí rodeado de diamantes en forma de corazón. —Te lo entregué hace tiempo y nunca he podido olvidarte, nena. Quiero que lo recuerdes cada vez que lo veas. Este anillo significa mucho para mí, pero sobre todo significa... que al final hemos entrado en razón —dijo malicioso. Riendo se levantó poniéndola de pie con él y varios silbaron cuando la cogió en brazos. Todavía llevaba el otro bizcocho en la otra mano y se lo tendió a Charlie antes de

despedirse.

—¡Hija te llamo mañana para lo del vestido de novia! —dijo su madre con lágrimas en los ojos de la emoción.

Y con su nuevo vestido de novia bailaba con su marido mirándose a los ojos. —¿Cómo lo hago? —preguntó nerviosa haciéndole sonreír.

—Muy bien. Y estás preciosa.

—¿Esta fase romántica cuánto te va a durar?

Wilder se echó a reír. —No lo sé. Puede que me dure un tiempo.

Sonrió maliciosa. —Me encanta. No la reprimas. Aunque cuando eras gruñón también me ponías mucho...

—Está bien saberlo. ¿Así que no tengo que controlarme cuando quiera gritarte?

—Si quieres dormir en el sofá... Porque la cama es para mí.

—Nena, tenemos más habitaciones.

—Bueno, pero las ocuparemos enseguida.

Se le cortó el aliento. —¿Estás?

—¡No! Déjame divertirme un poco... —Sonrió ilusionada. —Como en

nuestra luna de miel. México, allá vamos... —Miró hacia la puerta y vio a dos hombres vestidos de negro mirando a todos lados como si buscaran a alguien. Dejó caer los hombros desilusionada. —Uy, que no vamos.

Su marido se giró hacia donde miraba y juró por lo bajo cogiendo su mano para caminar hacia ellos. Se enderezaron al verles y uno dio un paso acercándose. —Agentes... Sentimos interrumpir este momento, pero seguimos órdenes. Debíamos encontrarles cuanto antes.

Wilder asintió muy serio demostrando que no le había gustado nada la interrupción y ella le miró de reojo preocupada. —Salgamos fuera.

Salieron del salón de banquetes donde todos se estaban divirtiendo y Wilder preguntó —¿Qué tenemos?

El otro les tendió un expediente. —Se ha encontrado una fosa en Austin. Un granjero cavó un pozo para enterrar una res y encontró seis cuerpos de la misma familia. Lo sabemos por el ADN, pero no les hemos identificado porque no tenían huellas ni informe de desaparición. Salieron de la nada. La prensa está como loca porque son caucasianos y porque en la fosa había tres niños. —A Roxy se le cortó el aliento abriendo el expediente y cerró los ojos al ver los restos. Lo que necesitaba el día de su boda.

—¿Por qué lo llevamos nosotros y no la policía?

—Hace cinco años se encontró una fosa similar en un descampado de

los Ángeles. Cinco miembros. Tienen todos los detalles en el expediente.

—Nena, vuelve dentro. Nos encargaremos, pero mañana. Si no lo entienden me importa una mierda.

—Lo entendemos —dijeron sonrojándose—. Felicidades.

—Largo de aquí —siseó furioso.

Casi salieron pitando y Wilder apretó los puños girándose hacia ella.

—Nena...

—Una familia entera... Dos familias y a saber cuántas hay... —susurró cerrando el expediente antes de mirarle a los ojos—. Lo siento.

—Tú no tienes la culpa. —La abrazó y la besó en la sien. —Y eso que iban a ser pocos casos.

—No conozco Texas y queda cerca de México.

Él sonrió apartándose para mirarla a los ojos. —¿Cambio de planes?

—Cariño, y tenemos que darnos prisa para disfrutar de algo de tiempo de la luna de miel. —Le guiñó un ojo. —Me muero por emborracharte al lado de la piscina.

Su marido se echó a reír. —Muy bien, pero la noche de bodas no me la quita nadie, así que vamos a dejar esto en un lugar donde no puedas echarle un vistazo. Escandalizarías a nuestros invitados.

Satisfecha dejó el periódico sobre la mesa de la cocina leyendo el titular: “Detenidos por el FBI dos comerciales de aire acondicionado”. Wilder entró en ese momento y se sirvió una taza de café. Se acercó y ella se lo comió con la mirada mientras cogía el periódico y leía el titular levantando una de sus cejas negras. Estaba guapísimo con esos pantalones negros y su camisa blanca que resaltaba el bronceado que había adquirido en sus dos días en México. —Nena, tengo que irme a clase. Ni se te ocurra pensarlo.

—¡Eh, eres tú quien quiere ser padre!

—¿Y tú no?

Gruñó cogiendo la tostada y dándole un mordisco. Wilder se sentó ante ella y cogió una de las tostadas. —¿Solo esto? Pensaba que habías hecho el desayuno.

—Cariño, te has casado con una mente privilegiada que no domina las artes culinarias. No me fastidies, Wilder. En el FBI no freía huevos con beicon.

—Contrataremos a una cocinera.

—Pues sí, por favor... O tendré a mi madre aquí todos los días con tápers de comida. —Le vio untar la tostada con mantequilla. —¿Antes dónde desayunabas?

—En la cafetería del campus.

—Ah... ¿Y qué voy a hacer mientras trabajas?

—Nena... Descansa un poco.

—Dijiste que me tendrías ocupada. Si no me inquieto.

—Tienes un manuscrito en el despacho. Revísalo —dijo como si nada leyendo el periódico.

—¿Has escrito otro libro? ¿Cuándo duermes?

La miró divertido. —Desde que has llegado tú, duermo mucho menos. Te lo aseguro.

—Muy gracioso. ¿De qué trata?

—De lo de siempre. —Miró su reloj de pulsera y gruñó antes de darle otro mordisco a la tostada. —Tengo que irme. Tengo una reunión con mi ayudante por su tesis.

—¿Un futuro agente?

La miró aparentando sorpresa. —¿Cómo lo sabes?

—Ja, ja. —Se agachó y le dio un beso en los labios. —Te quiero —susurró mientras se alejaba.

—Nena hay clases de cocina por internet. Dicen que relajan mucho. ¿Qué tal si les echas un vistazo?

—No cuele.

Él rió por lo bajo. —Me lo imaginaba.

—Puede que escriba un libro.

—Estoy deseando leerlo.

—¿Serás sincero?

—Brutalmente, ya me conoces.

Sonrió radiante. —Genial. Dales caña, cielo. ¿Hace cuánto que no haces llorar a nadie en clase?

Malicioso respondió —Cierto, igual estoy perdiendo mi toque.

—Haz que sufran.

Riendo salió de la cocina. —¡Te llamo luego!

Suspiró viendo por la ventana de la cocina como salía de casa y chasqueó la lengua cuando vio que no se había puesto el abrigo llevándolo en la mano. Uff, ahora era ama de casa. Miró aburrida a su alrededor. Demasiada adrenalina durante mucho tiempo. ¿Y ahora qué hacía? Porque ni de broma iba a dar cursos de cocina. Si su madre no lo consiguió no lo iba a conseguir él. Odiaba pasar dos horas en la cocina para consumirlo en unos minutos. No, eso no iba con ella.

La casa estaba limpia porque la señora Carpenter se encargaba de ir tres veces por semana y como Wilder no pasaba mucho tiempo en casa antes

de casarse, era más que suficiente. Pero había que comer todos los días... Se mordió el labio inferior. Igual debería hablar con ella.

Olvidando el asunto hasta que la viera al día siguiente, empezó a recoger el desayuno bebiéndose el resto del café de Wilder. Cuando limpió la cocina fue descalza hasta su despacho y vio lo que parecía un manuscrito sobre unos papeles. Lo cogió y distraída echó un vistazo a lo que había debajo. Un examen. Con curiosidad lo leyó a toda prisa y dejó caer la mandíbula porque le había puesto una B. Eso no podía ser. ¡Ese examen no se merecía una B! ¡Al menos con alguien tan duro como su marido!

Ofendida porque a ella la hubiera suspendido con un examen así, leyó el resto y asombrada los dejó sobre la mesa. ¿Qué diablos estaba pasando allí? Entrecerró los ojos. ¿Se habría ablandado? ¿Su Wilder? ¡No! Eso no podía pasar, su deber era darles caña para que aprendieran. Éste se iba a enterar.

Abrió la puerta y metió la cabeza para verle dando clase de espaldas a ella mientras mostraba la escena de un crimen. Ella la había estudiado y la conocía muy bien. Agachada se metió entre dos estudiantes que no tuvieron más remedio que hacerle sitio en el banco. Sonrió mirando a su alrededor.

Estaba lleno. Eso era muy, pero que muy bueno.

—¿Qué es lo primero que nos llama la atención al ver la escena?

Nadie levantó la mano y molesta porque ella siempre levantaba la mano miró al de al lado elevando las cejas. —Venga, contesta.

—Ni de coña.

—No te va a comer.

—Ya, claro. Contesta tú.

Le dio un golpe en el tobillo. —¿Qué contestes, te digo!

Su marido bufó señalando a una estudiante. —¿Nancy?

No veía la cara de la chica, pero se encogió al instante. Puso los ojos en blanco al escucharla tartamudear. Así no había quien llevara una clase.

—¡Oh, por Dios! ¡Qué tienen las manos atadas con una cuerda tradicional!

Todos miraron hacia arriba y se sonrojó cuando su marido la miró como si quisiera matarla. —Les presento a mi esposa, la agente especial del FBI, Roxy Mathews.

Parpadeó sorprendida pero no iba a discutir el tema del apellido delante de todos aquellos vagos que estaban susurrando. Se levantó mostrando sus vaqueros y su jersey blanco que le llegaba casi a las rodillas. Con su cabello suelto hasta la cintura parecía una estudiante más. —Es que echaba de

menos tus clases, cielo.

—Eso es evidente. Mi esposa fue alumna mía hace cinco años —
explicó a sus alumnos.

—Por favor, continúa. —Se sentó de nuevo y los de al lado la miraron
con horror. —Estoy deseando ver lo que saben estos pardillos.

Varios abrieron la boca del asombro, pero le importaba un pito. Se
cruzó de brazos entrecerrando los ojos mirando a su marido, que apretó los
labios sabiendo exactamente lo que estaba haciendo. Chasqueó la lengua
posando su pie en el respaldo de delante.

—Estábamos con la escena del crimen.

—¿Va armada? —susurró él de al lado.

—Como ven los cadáveres están en posición fetal. ¿Por qué?

Nadie contestó y ella siseó —O levantas la mano o vas a ver mi
pistola pero que muy de cerca.

El chico levantó la mano de golpe. —¿Calvin?

—Porque les colocó así el asesino.

Roxy le miró con horror. Ese tío no tenía ni idea. Se levantó y le gritó
—¡Porque es una posición defensiva de la víctima, idiota!

Su marido puso los ojos en blanco levantando las manos como si
pidiera ayuda. —Nena, ¿quieres dar tú la clase hoy?

—Sí, porque parece que has perdido las energías para tratar con estos... —Gruñó pasando ante Calvin que la miró asustado. —¡Mejor me callo lo que pienso de vosotros, panda de vagos!

Se acercó a la fotografía del proyector y todos se tensaron, pero su marido se sentó en la esquina de su escritorio observando. —¿Lo veis? Tres cuerpos y todos en posición fetal, ¿por qué?

Se levantaron varias manos. —¿Cómo respondáis que intentaban defenderse, os echo de clase!

Tres manos se bajaron de golpe. —Tú. —Señaló a una chica pelirroja. —¿Qué tienes que decir?

—Su informe forense indica que les golpearon en el vientre de manera repetida, provocándoles hemorragias internas. Se colocaron así intentando evitar los golpes.

—¡Exacto! —Abrió los ojos como platos. —¿Es la única que ha leído el informe forense? —gritó furiosa pasando ante su marido—. Tranquilo cariño, que yo te los enderezo —susurró guiñándole un ojo.

Él levantó una ceja sin mostrar nada y ella siguió pegando gritos como si fuera un sargento. Cuando terminó la clase salieron despavoridos después de ordenarles que estudiaran las cincuenta siguientes páginas para el próximo día, amenazándoles con la expulsión como no se las supieran de pe a pa.

Cuando se quedaron solos se cruzó de brazos. —¿Qué ocurre, Wilder?
Estás perdiendo la clase.

—Tengo más alumnos que nunca.

—¡Tú no quieres muchos alumnos, quieres a los mejores! ¿Qué ha pasado? ¿Te ha amenazado el decano?

—¡No digas tonterías, nena!

—¡Así es como tienes que hablarles! ¡Y no uses ese tono conmigo!

Él se sentó detrás de su escritorio y vio que estaba agotado. Preocupada se acercó. —Cariño, ¿qué ocurre? Me estás preocupando. Tú no eres así. Odias los errores y no soportas la incompetencia. Y por no estudiar, más aún. —Se sentó en el escritorio a su lado mirándole fijamente. —Y esto lleva pasando un tiempo. Los exámenes que había en casa son prueba de ello.

Wilder la miró a los ojos. —Estoy algo cansado, ¿de acuerdo? Desde que empezó el curso he tenido lo de la promoción del libro y a Corinne volviéndome loco con lo de la boda. Me he relajado.

Asintió preocupada. —Y el nuevo trabajo del FBI no va a ayudar nada.

—Antes también colaboraba.

—No en trabajo de campo como ahora. Eras un asesor.

—Eso no va a cambiar nada. Ahora que se ha acabado la promoción podré relajarme... excepto en las clases. —Le acarició los muslos cogiéndola

por el interior de las rodillas. —Y en casa.

—Podemos repartirnos el trabajo, cielo.

—Te ha gustado, ¿eh?

—¡Es genial! ¡Puedo vapulearlos todo lo que me dé la gana y te pagan por ello!

Wilder sonrió. —Nena, no eres profesora de esta facultad.

—Bah, eso lo arreglamos fácilmente. Seré tu... profesora adjunta.

—Y cuando nos vayamos los dos, ¿quién dará las clases?

Entrecerró los ojos. —¿Qué tal si llamamos a Charlie? —dijo maliciosa—. Le encantará tener el poder.

Wilder se echó a reír. —¿Es coña?

—Puede dar la clase ese que es tu ayudante. El de la tesis. ¿No era quien te sustituía?

—El decano no va a pagar a tres profesores.

—No cobraré. —Juntó las manos ilusionada. —Por favor... Necesito adrenalina.

La miró fijamente. —Puede que funcione. Pero solo hasta que te quedes embarazada.

Chilló de la alegría y se sentó sobre él para abrazarle y besarle por

toda la cara. De repente se apartó con los ojos como platos. —¡Mañana voy a hacer un control sorpresa!

—No vas a dar todas las clases, Roxy.

—Pero la de mañana sí. Me muero por verles las caras cuando se lo diga. ¡Ja! Será genial. ¡No sabrán quien llega hasta que se cierra la puerta y zas! Vamos a tener los mejores estudiantes de la universidad.

—Eso si no nos dejan solos y deciden no venir.

Entrecerró los ojos. —¡Eso será porque no tienen suficiente interés! Yo no falté a ninguna de tus clases.

—Faltaste a una.

Le miró sorprendida. —¿De veras?

—Tenías la gripe.

—Oh, cariño... —Le besó en los labios. —¿Me echaste de menos?

Él besó su labio inferior. —Mucho. —Entró en su boca acariciando su trasero y se besaron apasionados. Wilder apartó su boca metiendo la mano bajo su jersey y gimió cuando se dio cuenta de que no llevaba sujetador. —Preciosa, me vuelves loco.

—¿Sabes que una vez soñé que me lo hacías en esta misma mesa? —susurró a su oído.

Alguien carraspeó y se sobresaltaron levantándose de golpe. Roxy

miró de reojo a su marido que se tensó. —Decano Mellers...

El hombre que estaba ante su mesa se cruzó de brazos como un director de colegio. —Mathews... ¡este es un centro muy respetable!

—Es un descanso —dijo ella intentando ayudarlo—. Por cierto, no vino a la boda.

—¡No estaba invitado!

—¡Cariño, menudo olvido!

—Es que es primo de Corinne.

—Soy su tío segundo.

—Eso. Preferí no invitarle para que no se sintiera incómodo —dijo fríamente demostrando que ni el mismísimo presidente de los Estados Unidos le intimidaba.

A la mierda la plaza de profesora adjunta. Forzó una sonrisa viendo que al hombre no le hacía ninguna gracia. ¡Pero no podía dejar pasar la oportunidad! En casa se aburriría como una ostra. —Verá, antes de que llegara he estado hablando con mi marido...

—En horas de clase.

—No, en el descanso. —Sonrió dulcemente. —¿Sabe que soy agente del FBI?

—Algo me ha llegado. —La miró con desconfianza. —¿Y qué?

—La universidad tiene que estar muy orgullosa de tener al criminalista más importante del país entre sus filas. Todo un escritor de Best Sellers que además colabora con la agencia de cuando en cuando.

—¿Y qué? —preguntó de nuevo.

—Da prestigio a la universidad, ¿no es cierto? Las donaciones suben por cosas así.

—¿A dónde quiere llegar?

—Nena...

—Pues que mi marido está cansado. Los libros, las clases y los casos para seguir en el candelero le están pasando factura. Pero tranquilo, que hemos encontrado una solución.

El decano entrecerró los ojos. —¿No me diga?

—Yo daré algunas clases para desahogarle. Cuando no estemos investigando, claro. En ese caso lo hará su ayudante de turno. Así él podrá descansar un poco y tendrá tiempo para escribir más Best Sellers que le dan la popularidad. —Se cruzó de brazos como él. —¿Qué opina?

El hombre sin mover un músculo miró a Wilder. —¿Lo necesita de veras?

—No me vendría mal. Han sido unos años sobrecargados de trabajo. Empiezo a resentirme. Si no acepta esto, tendré que plantearme dejarlo porque

ahora que me he casado quiero tener algo de tiempo para disfrutar de mi matrimonio.

A Roxy se le cortó el aliento esperando su reacción que no tardó en llegar porque sonrió de oreja a oreja. —Tenía que haberlo dicho antes, amigo. —Se echó a reír de una manera tan falsa que tuvo que disimular su desprecio. —Claro que puede dar clases su mujer mientras usted sea el titular. No hay problema. Es un activo muy importante en esta facultad y cualquier cosa que necesite podemos hablarla.

—¿Ves, cariño? —dijo ella como si fuera tonta—. Sabía que te apoyaría porque eres el mejor —dijo dejando claro que le querrían en cualquier universidad del país.

—Claro que sí. Estoy aquí para apoyar a mis profesores y más aún a un hombre que ha demostrado su valía de sobra. Dígame, ¿qué más quiere? ¿Algo más de dinero para el departamento? ¿Redecorar el despacho?

—Pues ya que lo dice, necesitamos un despacho mayor para los trabajos que tenemos en común. Y ordenadores de última generación.

—Por supuesto. Mi gente se encargará de ello. —Se volvió hacia ella. —Bienvenida, señora Mathews. Es un placer tenerla a bordo.

—Gracias. Puede llamarme Roxy.

El tío sonrió. —Pues bienvenida, Roxy.

El decano salió de la clase a toda prisa y ella sonrió tirándose sobre su marido que divertido la cogió por los glúteos. —Nena, eres un peligro.

—Ahora lo compartimos todo —susurró enamorada.

—Joder, preciosa. Menos mal que has vuelto —dijo en voz muy baja mirándola a los ojos—. Me estaba volviendo loco.

—Y yo. No sabes cómo te necesito.

Capítulo 10

Tres meses después

Entró en el despacho y se quitó la bufanda y el gorro. —¡Cómo nieva!

—Ajá... —Su marido estaba muy concentrado y ni la había escuchado.

Sonrió después de dejar su abrigo en el perchero y se acercó a él. —Nena, ¿has visto esto? ¿Crees que este capítulo es demasiado fuerte?

—¿Quieres ver algo fuerte? —Puso ante él un papel doblado y Wilder frunció el ceño cogiéndolo.

—No me lo digas. Es la carta de dimisión de la señora Carpenter que ya está harta de que nos olvidemos la cena en el horno.

—Ja, ja. Felicidades.

—No es mi cumpleaños. —Abrió el papel y se quedó de piedra. Ella se echó a reír al ver la cara que ponía y asombrado la miró a los ojos. —Joder, ya era hora. —La cogió por la cintura sentándola sobre él antes de darle un beso que le removió el alma. —¿Te lo ha dado el médico?

—He ido esta mañana a primera hora —dijo emocionada—. Estoy de doce semanas. Dice que en la próxima revisión me harán una ecografía de control.

—Dios... —La miró preocupado. —¿Estás bien? ¿Te encontrabas mal y por eso has ido al médico? ¿Por qué no me has dicho nada?

Se echó a reír. —Quería darte la sorpresa y estar segura. Ya verás cuando se lo cuente a mis padres. —Él acarició su mejilla y en ese momento se sintió amada. Más que nunca en la vida. —¿Eres feliz a mi lado?

—Tanto que me aterra perderte, cielo. Contigo lo tengo todo.

Le abrazó con fuerza y susurró emocionada —Estoy aquí. Y estoy muy bien. No va a pasar nada. Nunca te dejaría.

—Júramelo, nena.

—Te lo juro. Nada me separará de tu lado.

En ese momento escucharon la música del móvil de Roxy y suspiró. Tengo que cogerlo. Puede ser de la agencia.

—Nena... tenemos que hablar de esto.

—No empieces, cielo. Nuestro trabajo ahora no tiene casi riesgo y lo sabes. Siempre nos cubren.

Él apretó los labios viéndola acercarse al perchero y sacar el móvil del bolsillo del abrigo. Sonrió radiante. —Es mi madre. Debe ser para la cena

de esta noche. —Descolgó llevándose el teléfono al oído y regresó a su lado. —Hola, mamá. Si llamas para lo de esta noche, la señora Carpenter va a hacer dos tartas de manzana. —Su madre empezó a hablar atropelladamente y parecía que estaba llorando. No le entendía nada. —Mamá por favor... —dijo asustada—. Habla más despacio.

Wilder se levantó acercándose a ella. —Sí, estoy en el campus —dijo mirándole de reojo—. ¿Cómo que no ha ido a dormir? ¿Qué dicen sus amigas? —Apretó los labios escuchándola. —No te preocupes, ¿vale? Dile a la tía que la buscaremos. Pero es joven y puede que se haya soltado un poco la melena. No es momento de dar la alarma todavía. Yo me encargo, ¿de acuerdo? —Su marido se puso el abrigo y cogió el suyo. —Wilder está conmigo. No te preocupes. La encontraremos. Te llamo cuando sepa algo.

Colgó el teléfono y metió el brazo en la manga. —¿Anne no ha ido a dormir?

Se puso el abrigo y se volvió muy seria. —Sus amigas dicen que estuvieron ayer en la biblioteca con ella y que después tenía trabajo. No fue a dormir.

Wilder asintió abriendo la puerta y cogiendo la bufanda del perchero. —Vamos a la residencia.

—Joder, como se haya ido de juerga me la cargo —dijo asustada

porque Anne no era así.

—Nena...

—No lo digas. No le ha pasado nada.

—¿Eres una pariente o eres un agente? —Sorprendida se detuvo mirándole a los ojos. —Nena, decídette porque el tiempo corre. Un pariente no me sirve de nada en un caso así y solo entorpece la investigación al no ser objetivo.

Roxy asintió. —Un agente.

—Pues empieza a pensar como uno. Ponte los guantes y la bufanda. No quiero que te enfríes.

—¿Eres mi compañero o mi marido?

—Yo soy capaz de ser las dos cosas. Sé diferenciar.

Gruñó sacando los guantes del abrigo. —Mierda, no llevo el arma.

—Nena, creo que de momento podemos arreglarnos con unos estudiantes. —Salieron del edificio y fueron hacia su coche. —Si vemos que se pone feo las recogeremos de la que vamos a su trabajo. —Abrió la puerta del pasajero y Roxy se sentó dándole vueltas al asunto. Wilder rodeó el coche y cuando se sentó a su lado juró por lo bajo. —Ese antro en el que trabajabas...

—¡Nunca me ha pasado nada y se ganaba dinero, Wilder! ¡Más de

propinas que el sueldo en sí! ¡Cuando Anne buscó trabajo ni me preguntó porque yo ya había trabajado allí! ¿Qué querías que dijera?

—¡Salías muy tarde de trabajar!

—Me daba tiempo para estudiar por las tardes. —Le miró asombrada.

—¿Sabías dónde trabajaba?

Él apretó el volante. —Claro que lo sabía.

—Pues es raro en ti que no me lo recriminaras en clase —dijo con ironía.

—Nena, estás preocupada y cabreada, pero no me cabrees a mí.

Gruñó apretándose las manos mirando a su alrededor por si la veía. —
¿Dónde estará? A la tía Marta le va a dar algo como no aparezca pronto.
Nunca había hecho nada igual.

—Estará con algún tío. —Le cogió las manos y la miró de reojo. —
Nena, dame posibilidades.

—Secuestro.

Wilder apretó los labios. —¿Es tu única opción?

Aterrada le miró a los ojos. —Conozco muy bien a mi prima.

—Estás hablando como un familiar.

—Entonces soy un testigo de su carácter.

—En los últimos cinco años has estado muy ocupada. Y desde que nos casamos también. Y ella. Casi no la conoces, Roxy —dijo fríamente apartando la mano—. Quiero a la agente conmigo en esto, nena. ¡Céntrate!

Apretó los labios porque sabía que tenía razón. —La primera probabilidad es que se haya ido de juerga y se haya quedado con alguien sin darse cuenta de la hora.

—Pues descartémoslo antes de pensar en algo más grave. —Frenó ante la residencia de estudiantes y la cogió por el brazo antes de que saliera del coche. —Déjame esto a mí. —Salió del coche y miró la hora. —Las cuatro de la tarde. —Levantó la vista hasta sus ojos. —Vamos allá.

Subió los escalones y Wilder abrió la puerta dejándola pasar. Tomando aire fue hasta la recepción donde una mujer estaba hablando por teléfono. — Soy la agente Mathews del FBI.

La mujer colgó el teléfono de inmediato. —¿Ha venido por Anne Maxwell?

—Exacto. —Wilder se puso tras ella.

—Llamé a sus padres de inmediato en cuanto su compañera me lo dijo. Creía que estaría en su habitación porque tiene un permiso especial, pero...

—¿No comprueban las habitaciones antes de cerrar la residencia de noche?

—Tienen hasta las doce para llegar y no. No revisamos sus habitaciones para no invadir su intimidad. Son mayores de edad. Su compañera siempre se dormía antes de que llegara y cuando se despertó se extrañó de que su cama estuviera hecha porque siempre tenía que despertarla. Me avisó porque habían estado estudiando juntas en la biblioteca y no le había dicho que hubiera quedado con alguien.

—¿Dónde está Claudia?

—En su habitación. No ha ido a clase.

—¿Por qué han llamado tan tarde? —preguntó Wilder fríamente—.

¿Por qué esperar a las tres de la tarde?

—Fue cuando Claudia me lo comunicó —dijo preocupada.

Roxy apretó los labios antes de mirar a Wilder que le hizo un gesto. —
¿Habitación?

—Ciento veintisiete.

Fueron hacia las escaleras en lugar de esperar el ascensor. Cuando llegaron al segundo piso vieron a varias personas hablando con Claudia que corrió hacia ella en cuanto la vio. La había conocido en la barbacoa el día de su compromiso y parecía buena chica. —¿Qué hace toda esa gente ahí? —preguntó Wilder muy serio.

—Preguntan por Anne. —Les miró preocupada con sus preciosos ojos

azules. —Nadie sabe nada de ella.

Roxy pasó de largo y miró a las chicas que estaban observándoles. — Regresad a vuestras habitaciones. Si necesitamos hablar con vosotras, Claudia nos dirá en que habitación estáis.

—¿Nos van a interrogar? —preguntó una chica morena asustada—. No hemos hecho nada. ¿Necesitamos abogado?

Otra que estudiaba derecho. —¿Quieres ayudar en la investigación o no?

—Quiero ayudar.

—¡Pues entonces vete a tu habitación y déjanos trabajar!

Todas salieron despavoridas y Roxy juró por lo bajo antes de entrar en la habitación de Anne. Su prima había querido irse a un piso compartido, pero su tía había hablado con ella pidiéndole su opinión. Había sido tajante. Ni de broma hasta el segundo año. Al entrar en la habitación se quedó sin aliento al ver un marco de fotos sobre la mesa de estudio de su prima. Era una foto con ella el día de su graduación. Las dos sonreían a la cámara con las mejillas juntas. Recordaba esa foto. Le había puesto el birrete y sonreía emocionada como la niña que era en ese momento. La siguiente serás tú, le había dicho. Apretó los puños volviéndose para ver a Claudia entrando con su marido. — Si la estás protegiendo de algo no le estarás haciendo ningún favor y nos harás

perder el tiempo. ¿Había quedado con alguien?

—No, que yo sepa.

—¿A qué hora se fue al trabajo?

—A las cinco y media. Entraba a las seis. Como tú cuando trabajabas allí.

—¿Y salía a las doce? —preguntó Wilder acercándose a su escritorio y cogiendo la foto de las dos.

—Sí, pero a veces se quedaba hasta la una si el jefe se lo pedía. Sobre todo los fines de semana.

—Ayer era martes. ¿A qué hora solía salir los martes?

—A las doce —respondió Claudia rápidamente. Se sentó en la cama y se mordió el labio inferior—. ¿Le habrá pasado algo como a esa chica?

Roxy sintió que la recorría un escalofrío. —¿Qué chica?

—El año pasado una estudiante... —Miró de reojo a Wilder. —La encontraron muerta en la ciudad.

Wilder la miró. —Nena, fue un asunto de drogas. Leí el informe forense.

Suspiró del alivio pero la chica protestó —¡Dicen que no tomaba drogas!

Roxy dio un paso hacia ella. —¿Quién lo dice?

—Las de segundo año. Era una buena chica, como Anne. La primera de su clase.

Muy tensa asintió y se acercó al escritorio cogiendo un boli y una libretita que había allí. —Muy bien. Así que la última vez que la viste fue a las cinco y media. ¿Iba en la bici?

—No. Estaba nevando y llevaba paraguas. Nos despedimos en la puerta de la biblioteca y se fue.

—¿Salía con alguien? —preguntó Wilder—. ¿Algún novio o ligue?

—No. —Negó con la cabeza y se sonrojó.

—No nos mientas, Claudia.

—Bueno, a principio de curso le gustaba alguien, pero en este semestre se le había olvidado por completo. Dijo que no era lo que necesitaba y que no iba a perder el tiempo con algo que no iba a llegar a ningún sitio.

—¿Nombre?

—David... Bronson, creo. Estudia derecho también. Aunque se pasa todo el día de juerga, así que ha sacado el semestre pasado por los pelos.

—¿La has llamado?

—Sí, unas veinte veces, pero salta el buzón de voz.

Wilder caminó por la habitación mientras ella preguntaba —¿Esas chicas no saben nada de ella?

—Y he llamado a las que no viven en la residencia. A todas las conocidas. Nadie la ha visto desde las clases o la biblioteca.

—¿Y nadie la vio en el bar? —preguntó Wilder volviéndose—. Es un lugar de moda entre los estudiantes del campus. Vais mucho, ¿no?

—Sí, pero ayer nadie salió.

Wilder cogió uno de los libros y se lo mostró a Roxy que entrecerró los ojos. —Es tu primer libro.

—Se lo regalé yo. Me dijo que le interesaba la criminología y se lo regalé en su cumpleaños. —Se sonrojó ligeramente. —Fue antes de saber que... Bueno, que erais pareja. Aunque últimamente decía que igual escogía otra especialidad.

Roxy sonrió con tristeza mientras Wilder dejaba el libro en la estantería. —Espera fuera, Claudia —dijo su marido mirando su cama cubierta con un edredón color lavanda.

—Bien.

La chica salió a toda prisa y Roxy entrecerró los ojos. —Cariño, no había terminado.

—Mira esta habitación, Roxy. —Echó un vistazo a su alrededor

mientras su marido apartaba el edredón de la almohada dejándola a la vista. El cuarto estaba impecablemente limpio y ordenado en las dos partes. Claudia también era cuidadosa con sus cosas. El edredón estaba como recién puesto y cada cosa en su sitio. —¿No es la habitación de estudiantes más limpia que has visto? —Pasó el dedo por la estantería y se lo mostró. —Nada de polvo. La acaban de limpiar.

—Igual se puso nerviosa mientras esperaba y se puso a limpiar.

Wilder se agachó y levantó la alfombra de en medio de la habitación mostrando el impecable suelo. —¿Y ha pasado la aspiradora? ¿Cuando su amiga ha desaparecido? Es el comportamiento más raro que he visto nunca. Quien limpia en un caso así, es que suele tener algo que ocultar. Las sábanas de las dos camas están recién cambiadas. Las almohadas no tienen arrugas ni cabellos de haber dormido en ellas.

Roxy apretó los labios y abrió la puerta. Claudia intentaba escuchar y les miró nerviosa. —Pasa.

Entró en la habitación y vio como palidecía. —¿Por qué has limpiado la habitación? —preguntó su marido.

—No se lo digáis a la supervisora, por favor. Me echarán de la residencia.

Roxy se cruzó de brazos. —Al grano.

Se sonrojó intensamente. —Ayer vinieron unos amigos. Hice una fiesta...

Wilder levantó las cejas. —¿Fiesta?

—Solo unas pizzas y unos porros. Como Anne no llega hasta las doce y media... A ella no le importa mientras no estén en la habitación con ella aquí.

—¿Cuándo se fueron?

—A las doce y media. —Señaló la ventana.

—Cuando tenía que llegar Anne —dijo Wilder—. ¿Se cruzaron con ella?

—No. Llamé a John y me dijo que no la habían visto. Que después se fueron a tomar unas cervezas.

—¿John es tu novio?

Asintió preocupada. —Así que limpiaste antes de avisar.

—Sí, porque sabía que la supervisora entraría y vería las cajas de pizza y lo demás.

—Como los condones.

Claudia se sonrojó con fuerza y asintió.

Roxy dejó caer la mandíbula. —¿Hiciste una orgía?

—Estoy en la universidad. Puedo experimentar. Para eso es este

periodo de mi vida.

—¿En qué libro has leído eso, guapa? —Exasperada miró a Wilder. — Pregúntalo tú porque estoy perdiendo la paciencia.

Wilder fulminó a Claudia con la mirada. —¿Ha participado alguna vez en alguna de tus... fiestas?

—No. Es virgen. Dice que se quiere reservar para el hombre adecuado.

El alivio casi la hizo gemir.

—Nena, vamos al bar. Tenemos que seguir la línea temporal.

Roxy la señaló con el dedo. —¡Te acabas de quedar sin compañera de habitación! ¡Y procura no caer en mi clase!

Wilder reprimió una sonrisa saliendo tras ella que estaba furiosa. Bajaron los escalones mientras Roxy refunfuñaba por lo bajo que la juventud estaba perdida. —Nena, no ha hecho nada.

—¡Y menos mal con esa influencia!

—Anne tiene dos dedos de frente. Además, tiene una influencia mucho más poderosa.

Al lado del coche le miró. —¿Qué quieres decir?

—Tú eres el espejo en el que se mira. Ha seguido tus pasos en todo. —Se metió en el coche y ella pensando en ello abrió la puerta mientras

arrancaba. Cuando se sentó a su lado continuó —Una estudiante intachable. Centrada, organizada, abierta, estudia derecho en tu misma universidad, interesada en la criminología... —La miró divertido. —Solo le falta Charlie. Joder, si hasta trabaja en el mismo sitio. Ésta no se acuesta con alguien hasta que no esté muy segura. Como tú. ¿Has hablado con ella de eso?

Se sonrojó. —Hace un par de años. Le gustaba un chico del instituto y tuvimos una conversación en una de mis vacaciones.

—Y es obvio que no se acostó con él.

—Le dije que después del instituto sus vidas se separarían. Que no se atara tan pronto. Y no estaba enamorada. Solo dudaba si dejarse llevar como las demás.

—Y no lo hizo. —Wilder entrecerró los ojos deteniendo el coche en un semáforo. —Y después nos casamos. Te casaste con tu profesor de la universidad.

Le miró asombrada. —¿Esa es otra vía de investigación?

—Una posibilidad. Nena, llama a la secretaria y pregunta qué profesor de Anne no se ha presentado a trabajar.

—¡Tiene diecinueve años!

—¡Intenta no cometer tus errores! ¡Y te hace caso en todo, como demuestra que haya abandonado su interés por la criminología! ¡Si se ha

enamorado de un profesor no esperará cinco años como hiciste tú! —Roxy a toda prisa sacó el móvil. —Ella no tiene tu carácter, nena. No es tan cabezota como tú. Se deja guiar por ti y aprende de tus errores.

—¿Quieres dejar de decir que fue un error?

—¡Es que fue un error!

—¡Dijimos que lo dejaríamos atrás!

—¡Solo lo saco a colación por la investigación que tenemos entre manos, porque es relevante!

Gruñó molesta marcando el número de la secretaria. —No se ha liado con un profesor. Es demasiado lista para eso.

—Vaya, gracias.

—Nosotros no nos liamos mientras me dabas clases. —Se puso el teléfono al oído.

—Porque lo evité todo lo posible —dijo él por lo bajo.

—¿Qué has dicho?

—¿No contestan?

—¿Oiga? Soy la profesora Roxy Mathews de criminología. Estoy intentando encontrar a un profesor que da clases a los de primero de la Licenciatura de derecho, pero no sé su nombre y no lo encuentro en el directorio de la universidad. Creo que hoy no ha ido a clase. —Gruñó al

teléfono. —No, no sé cómo se llama. Solo que hoy no ha ido a clase.

Wilder puso los ojos en blanco. —Si no sabes cómo se llama, ¿cómo sabes que no ha ido a clase?

—Cállate, ¿quieres? —dijo tapando el teléfono por el micrófono—. ¿La materia? Oiga, ¿no tiene una lista de profesores que no dan sus clases? ¿Que tienen suplentes? —Juró por lo bajo mirando a Wilder. —¿Y qué profesor ha usado a su suplente hoy?

Wilder negó con la cabeza. —Nena, eso no lo sabe.

—Dígame todos los profesores que dan clases en primer curso de la licenciatura de derecho. —Sacó el block que se había llevado y se puso a apuntar. Cuando los apuntó todos sonrió. —¿No sabrá las edades que tienen para eliminar? —Empezó a tachar las mujeres y los mayores de cuarenta años. Le quedaron dos. —¿Y sabe si alguno está casado? ¿No? Bueno, ¿y la dirección de Dalton Thortom y Jonathan Harris...?

Wilder la miró de reojo. —Nena, cuelga. Ya sé quién es.

—Gracias, no hace falta. —Le miró atónita. —¿Sabes quién es?

—Jonathan Harris. Es un ligón de primera. Se han oído rumores desde que empezó a trabajar en la Universidad.

—Pasa por casa que necesito la pistola —dijo con ganas de matar.

—¿Quieres parir en prisión? —preguntó mirándola como si le

hubieran salido dos cabezas—. No, ¿verdad? Pues tranquilita.

—¡Cómo le haya tocado un pelo, me lo cargo!

—¡Es mayorcita para saber lo que hace! ¡Y no estamos seguros de que haya sido él!

—¡Pues tú estás muy seguro porque me has hecho colgar el teléfono!

—¡Es que el otro pesa ciento veinte kilos y está calvo! Era la mejor opción. Ahora vamos al bar para comprobar si fue a trabajar. Mientras tanto llama a la agencia y averigua su dirección.

Roxy no perdió el tiempo y después de dar los datos, esperó a que le buscaran una dirección. Su marido aparcó ante el bar que ya tenía gente por los coches que había en el aparcamiento a pesar de que estaba nevando con fuerza. Apuntó la dirección mientras su Wilder le abría la puerta del coche. —

La tengo.

Capítulo 11

Entraron en el local y Roxy apretó los labios porque hacía cinco años que no entraba allí. La música estaba a todo volumen y ya había muchos clientes comiendo hamburguesas y relajándose después de las clases.

—Ven —dijo cogiéndole del brazo para que le siguiera hasta la puerta que ponía privado. Era el despacho del jefe. Ni llamó a la puerta metiendo la cabeza, encontrándose a Clod sentado en su silla de siempre viendo la tele mientras colgaba el teléfono. —¿Se puede?

La miró sorprendido. —¡Hostia, Roxy! ¿Has vuelto con los mortales? —Se echó a reír levantándose y mostrando que a pesar de tener sesenta años seguía yendo al gimnasio. Roxy sonriendo entró en el despacho. Abrazó su gran corpachón y él la apartó para mirarla. —Ya me he enterado por tu prima de que te has casado. —Miró hacia Wilder antes de echarse a reír de nuevo. —¿Éste es tu marido?

—Sí. Wilder Mathews, Clod Cortez.

Clod entrecerró sus ojos castaños dándole la mano. —¿No nos hemos visto antes?

—He venido un par de veces por aquí.

—¿De verdad? —preguntó ella asombrada antes de recordar por qué estaban allí—. Bueno, da igual. Clod, venimos por Anne. ¿Trabajó ayer?

—Claro, niña. Es más puntual que tú. Tiene que estar a punto de llegar.

—Miró el reloj de la pared. —Quedan unos veinte minutos. ¿Queréis tomar algo mientras esperáis?

Roxy apretó los labios. —No contesta al teléfono y ayer no fue a dormir a la residencia.

Clod frunció el ceño. —Eso no es propio de Anne.

—¿Ayer ocurrió algo extraño en el local?

—Hubo partido de hockey y los chicos siempre se descontrolan un poco, pero nada fuera de lo de siempre. Echamos a un par del local que molestaron a la chica. Estaban pasados de cervezas. —Se pasó la mano por su barbilla. —Pero aparte de eso... No.

—¿Algún cliente que se fijara en ella y que pudiera esperarla fuera?

—Voy a hablar con los camareros por si alguno la acompañó a casa. Enseguida vuelvo. —Antes de darse cuenta ya salía por la puerta.

—¿Es de fiar?

—Es tan legal que si no venía a trabajar un día me lo descontaba como a los demás para no tener favoritismos —dijo divertida sentándose en la

esquina del escritorio—. Al menos eso decía. Es buena persona, aunque el trabajo es una mierda. Odiaba ser camarera.

—¿Alguna vez te hizo... alguna proposición?

—No. Ni por asomo. Está felizmente casado desde hace años. Y nunca he escuchado nada de mis compañeras y tuve muchas en los años que trabajé aquí. ¿Así que fuiste cliente?

—Un par de veces vine con compañeros de trabajo —dijo desviando la mirada y revisando el despacho.

—Nunca te vi.

—Estarías descansando.

—Descansaba los jueves.

—Ya.

—¿Cómo que ya? ¿Me evitabas?

—Nena, si no te hubiera evitado, nos habríamos liado mucho antes.

—Marido, ¿me ocultas cosas de nuestro pasado? —preguntó maliciosa acercándose a él.

—Agente, estamos trabajando. —La cogió por la cintura besándola rápidamente en los labios.

—Estoy en plena investigación. Así que estabas loco por mí.

La miró a los ojos. —No, preciosa. Sigo loco por ti.

—Te quiero. —Le besó suavemente y susurró —Cuando quieras me lo dices tú.

Él gruñó abrazándola y le susurró al oído —Supe desde que te vi levantar la mano el primer día de clase, que me ibas a poner la vida del revés.

Rió por lo bajo y le besó en el cuello. —Pues no has visto nada.

En ese momento se abrió la puerta y se apartaron para ver entrar a Clod con un chico enorme. —Es Justin. Vigila el local. —Le hizo un gesto al chaval. —Cuéntales lo que me has dicho.

Roxy se tensó por la cara de su jefe, que se cruzó de brazos como cuando se ponía en guardia. —¿Viste a Anne ayer? ¿La viste irse?

—Se fue con un tipo en un coche.

Wilder se tensó. —¿Le conocía?

—Sí, sonrió despidiéndose de mí y se subió al coche que estaba esperándola. Estaba encantada. Pensé que era su novio o algo así.

Su marido juró por lo bajo. —¿Era rubio?

—No le vi muy bien porque llevaba gorro. Y además hacía un frío que pelaba. En cuanto salió Roxy y la vi subir al coche, cerré la puerta.

—¿Te fijaste en el tipo de coche?

Justin lo pensó unos segundos. —Creo que era gris, pero no puedo asegurarlo.

Wilder asintió. —Muéstreme dónde la recogió.

Ambos salieron del despacho y Clod cogió a Roxy del brazo deteniéndola. —Ya recuerdo de qué conozco a tu marido.

Frunció el ceño. —¿De qué?

—Ese tío esperaba en el aparcamiento a que salieras de trabajar. —Dejó caer la mandíbula del asombro y Clod sonrió. —Sí, guapa. Fue en tu último año. Se quedaba sentado en el aparcamiento. ¿Recuerdas a Susan?

—Sí, la camarera.

—Un par de noches le vio al salir y me avisó porque no sabía lo que hacía metido en el coche y se asustó un poco. Así que al día siguiente salí con el bate de beisbol para hablar con él. Me explicó que era agente del FBI y que estaba en plena investigación. Que no dijera nada. Yo por supuesto al ver sus credenciales cerré el pico y le dije a Susan que no hablara de esto con nadie. —Rió por lo bajo. —Ahora estoy seguro de que te esperaba a ti.

Asombrada dio un paso atrás. —Nunca le vi.

—Bueno, pues lo hacía todas las noches. —Frunció el ceño yendo hasta su mesa y abriendo el cajón. —Menos los jueves, creo recordar. ¿Tú cuándo descansabas?

—Los jueves —respondió sin aliento viendo un folleto que le mostró. Era un folleto del FBI.

—Hasta me dio esto. Lo he conservado porque trae los números de teléfono y sabes que siempre veo los más buscados. Chica, está claro que el que la sigue la consigue. Al final se casó contigo —dijo a punto de partirse de la risa.

—Sí —siseó saliendo del despacho—. Gracias por tu ayuda.

—Espero que esté bien. Tiene pinta de que se ha ido con algún conocido.

—Sí. Igual no trabaja en unos días de la paliza que le voy a dar.

Su jefe se echó a reír. —Ven cuando quieras. Os invitaré a la mejor hamburguesa de Washington.

Salió del local y se puso los guantes colocándose al lado de Wilder que preguntaba en ese momento —¿Le habías visto antes?

—No. Fue la primera vez que la recogió. Ya me pareció raro que no trajera la bici.

—Había quedado con él —susurró Roxy mirando a su alrededor—. La gasolinera de al lado seguro que tiene imágenes.

—Gracias por tu colaboración —dijo Wilder a Justin antes de ir hacia la gasolinera—. Vamos nena, hace un frío que pela y no quiero que te pongas

enferma.

—Cariño, cómo me cuidas... Como cuando esperabas a que saliera del trabajo. —Wilder se detuvo en seco y se volvió lentamente. Furiosa le señaló con el dedo. —¡Ya hablaremos tú y yo cuando llegemos a casa!

—¿Por qué te cabreas? —preguntó asombrado.

—¡Porque me acabo de dar cuenta de millones de cosas! ¡Y no me gustan!

—¿De veras? Pero recuerdas que me quieres, ¿verdad?

Furiosa fue hasta la gasolinera y tiró de la puerta de entrada fulminándole con la mirada. —¡Contenta me tienes!

—Nena, no entiendo a dónde quieres llegar.

—Quiero llegar a casa para meterte cuatro gritos.

Llegaron hasta el mostrador y ella golpeó el cristal sobresaltando al chico que estaba detrás. —¡FBI! Las cintas de videovigilancia de ayer por la noche.

—¿Tienen una orden?

Ella giró la cabeza para mirarle a los ojos fríamente. —Otro que estudia derecho. ¿Quieres que te detenga por obstrucción? —El chico negó con la cabeza. —¡Las cintas! —gritó sobresaltándole.

—Van por ordenador.

—¡Pues eso! Mueve el culo antes de que me cabree. ¡Más de lo que estoy!

El chico salió a toda prisa de detrás del mostrador y Wilder suspiró.
—Cielo, no tienes tacto.

—¡Tengo tanto como tú! —dijo siguiendo al chaval hasta una puerta donde había unas pantallas de televisión y donde se veían imágenes de los alrededores de la gasolinera. Señaló una pantalla—. Necesito las de esta cámara. Ayer por la noche. Doce y media.

El chico miró la pantalla de un ordenador y señaló con el ratón un icono. —Es ésta. Tengo que grabarla. Pero no tengo una memoria ni DVD.

—Ponla —dijo Wilder—. Ya buscaremos una solución si hay algo interesante.

El chico pinchó sobre ella y las imágenes salieron en la pantalla. Roxy se sentó ante el ordenador y Wilder le dijo —Nena acelera la imagen. —Roxy cogió el ratón y le dio a avanzar. Las imágenes se sucedieron unas tras otras de coches entrando y saliendo del local. Según el reloj eran las once de la noche, así que avanzó la imagen hasta las doce y veinticinco. Vieron como un coche gris se ponía ante la puerta. —Es ese. —Su marido se agachó a su lado. A Roxy se le cortó el aliento viendo como su prima salía poniéndose el gorro y se despedía con la mano de Justin. Se volvió sonriendo de oreja a oreja y se

subió al coche. Incluso se pudo percibir que se acercaba al conductor dándole un beso.

Roxy se quedó de piedra y giró la cabeza hacia Wilder que hizo una mueca. —¿Qué coño está pasando aquí? —preguntó furiosa levantándose de la silla para salir de allí a toda prisa—. ¡Wilder! ¡Mueve el culo! ¡Voy a matar a Charlie!

Su marido forzó una sonrisa mirando al chaval que tenía una memoria USB en la mano. —No será necesaria. Pero gracias. —Se volvió diciendo por lo bajo —Espero que sean las hormonas.

—¡No, no son las hormonas! ¡Es que estoy rodeada de mentirosos! —gritó desde la puerta.

—Tiene un oído muy fino —dijo el chaval tras él.

—Eso no es lo que me preocupa —siseó siguiéndola.

Se negó a dirigirle la palabra hasta que llegaron al apartamento de Charlie en lo mejorcito de Washington. Pasaron ante el portero sin dar explicaciones y fueron hacia el ascensor. Ella pulsó el botón con un golpe seco y Wilder la miró de reojo. —Nena, no sé lo que te imaginas, pero no es así.

—Ahora mismo me lo va a aclarar Charlie. Con otras cositas que tengo

que preguntarle.

Wilder juró por lo bajo. —Nena, no es lo que...

—¡Habla en casa de esto! —Salió del ascensor y llegó a la puerta de su amigo golpeando con fuerza con el puño. —Estamos aquí por Anne. —Golpeó otra vez y se abrió la puerta de golpe. Su amigo estaba vestido únicamente con el pantalón del pijama y puso los ojos en blanco al verla. —Amigo, más te vale que tengas una buena explicación para esto.

—¡Anne, adivina quien acaba de llegar! —dijo tan contento.

Entraron en su casa y la vieron sentada en el sofá dejando sobre la mesa el mando de la PlayStation. Roxy la miró sin salir de su asombro porque cogió el bol de palomitas y se puso a comer como si nada sonriendo. —¿Se puede saber qué pasa aquí?

—He hecho pellas. Charlie tenía el día libre y hemos decidido no pegar palo hasta la cena de esta noche —dijo con descaro. Fue un alivio verla bien, pero fue precisamente verla tan bien lo que la sacó de sus casillas.

—¿Que has hecho qué? —gritó acercándose y arrebatándole el bol de las palomitas—. ¡Tu madre está de los nervios!

Anne palideció. —¿Qué dices? ¿Te has chivado?

—¡No contestas al teléfono! ¡Creíamos que te habían secuestrado porque no fuiste a dormir a la residencia!

Charlie silbó. —Joder, ¿pero no te cubría tu compañera?

—Claro que sí. Siempre la cubro a ella. —Perdió parte del color de la cara. —Voy a llamar a mamá.

—Sí. ¡Vete a llamarla! Buena la has hecho. —Su prima se levantó mostrando la camiseta que llevaba que obviamente era de Charlie y corrió escaleras arriba. Lógico que no oyera el teléfono. Roxy le miró como si quisiera matarle. —Y a ti...

—Me dijo que no pasaba nada. Que Claudia no diría que no había dormido allí e iba a llevarla a la cena de esta noche. Siento que te preocuparas, pero necesitaba hablar y no vi nada malo en ello.

Se le cortó el aliento. —¿Hablar? ¿De qué?

Charlie se enderezó. —Eso es algo privado.

—¡Mira chaval, cantas ahora mismo o te retuerzo tanto las orejas que te van a llegar hasta los tobillos!

—No te pongas agresiva que la tenemos.

—Nena...

—¡No te metas en esto! Es entre mi amigo y yo. —Le señaló con el dedo. —¿Qué está pasando para que no haya ido a clase? ¿Para que pase de todo cuando es tan responsable?

Los ojos de su amigo la miraron con temor. —A mí no me metas en

esto.

—Te has metido solito. Como hace cinco años, ¿a que sí?

Charlie frunció el entrecejo. —¿Qué quieres decir?

—¡Hablo de él! Lo sabías, ¿verdad? Por eso intentaste convencerme para que entrara en el FBI. Él te lo pidió.

Wilder juró por lo bajo y se sentó en el sofá abriendo el abrigo como si estuviera agotado. —Nena, no fue así.

—Claro que fue así. —Miró a Charlie. —¿Fue así o no?

—Te conocía muy bien, Roxy. Mucho mejor que yo. —Le miró sin comprender. —Había estudiado tu carácter y él fue quien me mandó llamar a su despacho a mitad del semestre. Me dijo que eras perfecta para el FBI, pero que tus antecedentes podrían hacer que te lo pensaras porque a tus padres no les había sobrado nunca el dinero y ganar un buen sueldo era un aliciente demasiado tentador para impedirte entrar en la agencia.

Se le cortó el aliento mirando a su marido. —Me engañaste.

—Te dijo que no entraras precisamente para que lo hicieras. Fue él quien se encargó de que nos convocaran e hizo que entraras en la Agencia usando sus contactos. Ya estabas dentro desde el principio.

Miraba a su marido sin poder creérselo. —Me has mentido desde el minuto uno. ¡Tú hiciste que me enviaran a los Ángeles porque querías

deshacerte de mí! —gritó desgarrada.

Wilder cerró los ojos pasándose la mano por ellos antes de mirarla. —
No fue así.

—¿Y cómo fue? ¿Sabías que estaba loca por ti, pero que no resistiría
que dominaras mi vida! ¿Cómo fue, Wilder?

—Te llevo casi once años. Había vivido demasiado para estar contigo.
Joder, acababas de terminar la carrera.

—¡No me vengas con chorradas! ¡Me despachaste! —dijo dolida.

—Te fuiste, ¿no? ¡Tú también renunciaste a mí!

Dio un paso atrás como si la hubiera golpeado y sus ojos azules se
llenaron de lágrimas. —¡Y yo pensando todos estos años que había sido una
idiota porque todo lo que me habías dicho ese día era cierto! —Las lágrimas
corrieron por sus mejillas. —Creía que te preocupabas por mí y que no
querías perderme cuando era todo lo contrario. —Sonrió sin ganas. —Te
hubieras casado con esa si no hubiera sido porque me volviste a ver, ¿verdad?
¡Ya me había endurecido! ¡Ya estaba a la altura para vivir a tu lado!

—No lo entiendes. ¡No salías de mi cabeza! ¡Estaba tan obsesionado
que hasta te espiaba al salir del trabajo! Creía que me estaba volviendo loco
porque nunca me había sentido así. ¡Tenía que hacer que te fueras en cuanto
terminara el curso porque ya no aguantaba más!

—¿Y qué ha cambiado en estos cinco años?

La miró a los ojos. —Nada. No ha cambiado nada.

Roxy apretó los labios de la impotencia. —Sabías a lo que me enviabas. Me manipulaste. Los casos del FBI, la publicidad que me dio Charlie... todo fue deliberado desde la mitad del semestre... y todo para deshacerte de mí. —Dio un paso atrás. —Tú no me has querido nunca.

La miró torturado levantándose. —Nena, te juro que eso no es cierto. Era lo que querías, ¿recuerdas?

—¡Ni se me había pasado por la imaginación hasta que Charlie me dio aquella publicidad! ¡Solo quería terminar los créditos de la carrera y elegí tu asignatura porque era bueno para mi curriculum! —gritó desgarrada—. Y hasta que no recibí la invitación para la charla, no me di cuenta de todo lo que me interesaba. ¿Sabes lo que he sentido todos estos años? ¿Sabes lo que he sentido estos meses creyendo que por mi culpa no habíamos estado juntos? — Le miró como si no se lo creyera. —¿Qué hubieras hecho si no llego a irme?

—Ya había solicitado el traslado a Minnesota —dijo mirándola impotente mientras Roxy sentía que se le rompía el corazón porque aquella reunión en su despacho había sido mentira. No tenía pensado quedarse con ella si hubiera renunciado al FBI.

—¿Y por qué aceptaste el caso? —preguntó fríamente intentando no

mostrar el daño que le hacían sus palabras mientras una lágrima recorría su mejilla.

—Cuando te dispararon...

—Entiendo, te sentiste culpable y querías asegurarte de que estaba bien. —Rió sin ganas. —Increíble. Me enviaste a un infierno para librarte de mí, sabiendo exactamente lo que me ocurriría, como has demostrado. Y lo usaste para retarme sabiendo de sobra que no me dejaba dominar. Todo para que me fuera de tu vida. Pero sentiste remordimientos cuando me dispararon. No los sientas.

—Nena...

—Hiciste lo correcto —dijo haciéndole palidecer—. Me acabas de demostrar que estás loco y no te quiero a mi lado.

—No digas eso. —Intentó cogerla por los brazos, pero ella le dio un puñetazo en el pómulo que le giró la cabeza.

—¡No te atrevas a tocarme! —gritó rabiosa ignorando los sollozos de su prima desde el piso de arriba y a Charlie que estaba pálido—. ¡Yo jamás te hubiera hecho daño a propósito solo por deshacerme de ti! ¡Pero te juro por Dios que lo haré como no desaparezcas de mi vida, cerdo manipulador! —Fue hasta la puerta. —Por cierto, ¡quiero el divorcio! —Salió del piso dando un portazo y Wilder se tapó los ojos con la mano.

—¿Es cierto? ¿La echaste de tu vida? —Wilder levantó la vista hacia Anne que tenía el móvil en la mano como si hubiera interrumpido la conversación para escuchar lo que ocurría abajo. —¿Es cierto?

Apretó los puños impotente. —Sí, todo fue culpa mía. Le dije lo que sabía que la provocaría para que se fuera.

—Joder...—susurró Charlie—. ¿Por qué? Si has dicho que estabas loco por ella.

Wilder apretó los labios antes de decir —Precisamente por eso.

Capítulo 12

Llegó a casa y subió corriendo las escaleras metiéndose en el baño para llorar a solas. No se lo podía creer. Con todas las veces que le había dicho que era culpa suya haber estado separados ahora descubría eso. Se sentía humillada. Había jugado con ella como le había dado la gana. Ahora lárgate, ahora vuelves conmigo. Todo según él quería.

Sobre el lavabo vio la prueba de embarazo que se había hecho en cuanto él se había ido esa mañana y cerró los ojos apoyando las manos sobre la encimera. Menuda estúpida. Hasta ese embarazo había sido idea suya. Estaba claro que era mucho más listo que ella porque ni se le había pasado por la cabeza que todo lo que había ocurrido había sido planeado por él.

Escuchó como se movía el pomo de manera insistente. Al parecer su marido había llegado a casa. —¡Nena, abre la puerta! ¡Vamos a hablar de esto!

—No tengo nada que hablar contigo —susurró mirando su reflejo en el espejo.

—Preciosa, no voy a perderte. Ahora no. ¡Abre la maldita puerta!

De sus ojos salieron dos lágrimas y se las limpió furiosa.

—¡No sabía cómo reaccionar a ti! —gritó al otro lado—. ¡Nunca me había sentido así! Te necesitaba tanto que pensaba que no era normal. Joder, nena... sé que tú no tenías la culpa de nada, pero sabía que me deseabas... ¡Me di cuenta desde el principio, joder! Pero eras mi alumna. Me jugaba mi reputación y al principio pensé en esperar a que terminaras la carrera. Pero empecé a hacer cosas raras y me asusté. En cuanto me enteré de que trabajabas en ese sitio, empecé a preguntarme cómo regresabas a casa. Antes de darme cuenta esperaba a que salieras.

Se quedó en silencio unos segundos y ella miró hacia la puerta.

—Intenté ser borde contigo en clase... Cada vez que querías verme en el despacho provocaba que esas reuniones fueran en el aula para no estar a solas contigo en un lugar íntimo. Pero eso no fue todo, cielo. Un día me vi conduciendo hasta tu piso porque estabas enferma y no habías ido a clase. Sentado ante tu casa me dije que aquello no era normal. Si estaba así sin tocarte siquiera, no quería ni imaginar cómo sería si estuviera contigo. Me asusté, cielo. Me asusté muchísimo. Yo que había visto de todo, estaba temblando de miedo porque no sabía si estabas bien.

Los ojos de Roxy se cuajaron de lágrimas.

—Así que me dije que tenía que conseguir alejarte de mí. Y para

demostrarme a mí mismo que podía hacerlo... que podía estar sin ti sin preocuparme... Pensé en el FBI diciéndome que eras perfecta para la agencia. Joder nena, sé que no lo entiendes, pero necesitaba alejarme de ti. No confiaba en mí mismo si te quedabas en Washington. Por eso le di los folletos a Charlie para que le echaras un vistazo. Tenías razón, te sugestioné guiándote durante tres meses para que cuando llegara la invitación del FBI estuvieras más que dispuesta a escucharles, a pesar de que te había insinuado durante meses en clase que tú no serías capaz de realizar una investigación así. —Golpeó la puerta. —Te aseguro que no hay nada de lo que me arrepienta más, porque en la reunión con Curtis me di cuenta de que había metido la pata. De que de veras iba a perderte. Intenté dar marcha atrás, por eso te presioné con que no fueras. No quería que fueras, cielo, y para intentar convencerte casi te seduje ofreciéndote una vida que en ese momento me aterraba. Quería que te quedaras porque no podía renunciar a ti y te presioné con la relación que podíamos tener, cuando sabía de sobra que si lo hacía te perdería para siempre. O conmigo o el FBI. Cuando me dijiste que no... Mi propia trampa me hizo perder lo que más deseaba. Por favor, abre la puerta.

Se apretó las manos mirándola, pero no se decidió.

—Entiendo que estés dolida. Pero yo también estaba dolido, ¿sabes?

—Parpadeó sorprendida porque parecía mosqueado. —¡Me cambiaste por tu carrera en la agencia! Cuando saliste del despacho no me lo podía creer. ¡Era

un gilipollas que no te importaba nada! ¡No te resististe demasiado y eso que casi te seduje, aunque no entraba en mis planes llegar a esos extremos! ¡Y yo comiéndome la cabeza contigo a todas horas para que me sueltes que te largas al FBI!

Bueno, aquello ya era el colmo.

—Eso me dijo que había hecho lo correcto. Entonces me convencí de que no te importaba tanto como tú a mí y... Joder, todo esto es una locura. — Intentó abrir de nuevo. —¡Ahora estamos casados y no puedes echarte atrás! ¿Sabes las veces que he pensado en ti todos estos años?

Roxy puso los ojos en blanco levantando las manos como pidiendo ayuda porque ni así le decía que la quería.

—Joder nena, grítame. Sé que te mueres por gritarme que soy un idiota y que hemos perdido cinco años por mi estupidez. ¿Qué querías que hiciera? Intenté seguir con mi vida. Me iba a casar porque creía que había llegado el momento y era algo seguro. —Le escuchó suspirar. —No esta montaña rusa que siento contigo. ¿Pero sabes qué? Ahora daría lo que fuera por no perderte. Lo que fuera, nena. Por eso acepté el trabajo en el FBI, aunque no quería atarme con la agencia de nuevo. Ahora formas parte de mi vida y te juro por lo más sagrado que haré lo que haga falta para que seas feliz a mi lado. —Se quedó en silencio y ella fue hasta la puerta acariciando la madera. —Y hoy tenía que ser el día más feliz de nuestras vidas, nena. Vamos a tener un hijo. —

Ella iba a decir algo, pero él la interrumpió. —Pero no quiero que te quedes conmigo por eso, preciosa. Quiero que te quedes conmigo porque me amas y porque precisamente por eso no puedes vivir sin mí. Porque yo no puedo vivir sin ti, nena. Eres lo más importante de mi vida y estos meses han sido increíbles. —Roxy sonrió sin poder evitarlo. —¿Sabes, preciosa? A veces te observo dormir solo para asegurarme de que estás a mi lado. Te amo tanto que no puedo estar sin ti. Así que si quieres que te siga por todo el país... Vale, ha sonado raro, ¡pero no puedes dejarme! ¡Además, me juraste hace unas horas que jamás me dejarías!

Ah, no. No iba a ceder tan fácilmente. La conocía muy bien y sabía que sería blanda con él así que dijo —Quiero el divorcio.

—¡Pues no te lo voy a dar! ¡Estaba a punto de casarme con otra! ¡Anulé la boda! ¡Ahora no vas a dejarme, así que ponte como quieras!

Reprimió la risa e intentó ponerse seria. —No puedes hacer nada. Yo me vuelvo a Nueva York.

—¡Ja! Eso te crees tú. ¡Te lo advierto, como vuelvas a Nueva York hablo con el director general y me vas a ver más que en toda tu vida! ¡Tú sabrás lo que haces, pero no te vas a librar de mí! ¡Abre la puerta o la tiro abajo!

—Estoy detrás, tú veras.

—Joder. —Movi6 el pomo adelante y atr6s con fuerza. Roxy levant6 una ceja al escuchar crujir la madera. —Abre Roxy.

—¿Por qu6 fuiste a ayudarnos en Nueva York? —Él se qued6 en silencio varios segundos. —¿Wilder?

Le escuch6 suspirar. —No pude evitarlo, nena. Me moría por verte. Desde que te dispararon me volví loco no saber de ti. Me sentía responsable. Por eso fui a ver a tu madre. Llorando me dijo que lo peor era estar tan lejos de ti y que no tenía dinero para los billetes de avión. Me ofrecí a prestarles el dinero, pero son tan orgullosos como tú. Pero le caí bien y me invitó a una barbacoa. Así empecé a ir a su casa. Me dije que había sido un egoísta al hacer que te enviaran a los Ángeles e hice que te trasladaran a Nueva York. Me mentía a mí mismo diciendo que era por ellos, pero era por mí. Quería tenerte más cerca. Así que cuando me llamaron... Me dio igual todo porque deseaba verte más que nada en esta vida.

Acarició la puerta susurrando —¿Qué sentiste?

—Ya te lo dije. Me cabreeé porque parecía que veías entrar al diablo —dijo indignado. Soltó una risita sin poder evitarlo—. Nena, dime que me perdonas... Es lo único que me importa.

Entrecerró los ojos cruzándose de brazos. —¿Me seguirás?

—¿Tengo que responder a esa pregunta? ¡Ahora estamos casados!

—Sí que tienes que responder. ¿Me seguirás?

—¿Tienes algo que esconder?

—¡Esa no es la respuesta que quiero, Wilder!

—¡Si veo algo raro, te seguiré! ¡Y me importa muy poco que te cabrees! ¡Ahora que sabes que soy así contigo, no voy a reprimirme!

—¿Reprimirte? —Abrió la puerta de golpe. —¿Qué quieres decir?

Él gruñó cogiéndola por las mejillas con ambas manos y atrapando su boca apasionadamente antes de sujetarla por la cintura y elevarla para pegarla a su cuerpo. Roxy gimió en su boca abrazando su cuello impresionada por la pasión que empleaba en besarla. Como si quisiera devorarla. La tumbó sobre la cama y apartó su boca mirando hacia abajo y metiendo las manos bajo su jersey para acariciar sus pechos desnudos. La miró a los ojos. —Nena, hacer el amor contigo es lo mejor del mundo, pero siempre me he contenido un poco.

—¿De verdad? —preguntó con los ojos como platos.

—Preciosa, cuando me di cuenta de que eras virgen, no quería asustarte —dijo antes de lamer su ombligo.

—¡Dios! —gritó arqueando la espalda. Él abrió el botón de su pantalón y la desnudó besando cada centímetro de su piel retorciéndola de placer. Cuando sus labios llegaron al arco de su pie gritó sin poder evitarlo agarrándose a las almohadas. Sus caricias continuaron por el interior de sus

muslos y sorprendida miró hacia abajo—. ¿No irás a...? —Gritó con fuerza levantando las caderas al sentir su lengua sobre su sexo. Fue la sensación más maravillosa del mundo y Wilder la sujetó de los glúteos para que no se moviera sin darle tregua. Cuando su lengua acarició su clítoris se quedó sin aliento por el éxtasis que la traspasó de pies a cabeza. Wilder besó su vientre acariciando sus caderas y la volvió boca abajo sin darse cuenta.

—Esto te va a encantar, mi amor. ¿Sabes? Estaba algo harto de la postura del misionero. Ya es hora de pasar a otra cosa —dijo con voz ronca antes de mordisquear sus glúteos haciéndola gemir de placer. Sintió como besaba su espalda y apartaba su cabello haciéndose espacio entre sus piernas—. ¿Estás lista, nena? —Cogió su cabello y tiró ligeramente de su cabeza para atrapar su boca. —Eres la mujer de mi vida. —Entró en ella de un solo empujón llenándola por completo y jadeó del asombro. —¿Te gusta? —preguntó con voz ronca en su oído apoyándose en sus manos. Movié las caderas de nuevo y Roxy se quedó sin aliento de placer—. Te gusta, ¿verdad? Soy idiota, ¿no es cierto? —Besó el lóbulo de su oreja. —Tú lo hubieras entendido, ¿no es cierto, mi amor? A mí me gusta más así. —Entró en ella con fuerza y Roxy pensó que se moría de placer. Deseando que continuara alargó la mano hacia atrás y cuando entró de nuevo en ella le arañó el trasero sin darse cuenta. Wilder perdió el control y con la respiración acelerada la embistió una y otra vez. Todo su cuerpo se arqueó con fuerza hasta que con un

último movimiento de caderas ambos estallaron llegando al paraíso.

Wilder la volvió llenando su cara de besos. —¿Estás bien, preciosa?

Roxy sonriendo abrió los ojos lentamente. —¿Te has quedado a gusto? ¿No te has reprimido? Porque si tienes que continuar...

Él rió antes de besarla de nuevo y cuando apartó sus labios la abrazó con fuerza. —Lo siento, nena. Siento lo que hice. Haber sido tan idiota y hacerte pasar por lo del FBI...

Levantó una ceja. —Cariño, lo hice porque quise. Y me gusta el trabajo tal y como lo hacemos ahora. —Acarició su cuello mirándole enamorada. —Puede que tú me guiaras y me provocaras para que lo aceptara, pero si no hubiera querido hacerlo nada me hubiera convencido. Me enamoré de esta profesión como me enamoré de ti. —Se miraron a los ojos. —¿Sabes? Me acabo de dar cuenta de una cosa con tu manera de hacerme el amor.

—¿De veras?

—No estaba preparada para ti —susurró. Wilder cerró los ojos y ella acarició su mejilla—. Tienes razón. Era demasiado joven y tú demasiado intenso para mí. Demasiado mandón, demasiado apasionado... Hace cinco años hubiera salido corriendo.

Él abrió los ojos mirándola preocupado. —¿Y ahora?

—Ahora somos perfectos el uno para el otro, mi vida. Me he

endurecido y tú ya estás preparado para lo que sientes por mí. Hiciste lo correcto. No era el momento. —Le abrazó por el cuello. —Pero como me sigas de nuevo, te pego un tiro.

—No, no lo harás. Porque me amas más que a nada.

—Tanto como tú a mí.

—Más que a nada, nena.

Epílogo

Vestida de verde agua recorría el pasillo de la Iglesia con el ramo de flores en la mano ante la novia que iba del brazo de su padre. Apretó el brazo de su marido. —No me puedo creer que esté haciendo esto —siseó sonriendo.

—Mírale, está de lo más enamorado.

Fulminó a Jonathan con la mirada que sonreía a la novia totalmente embobado. Había intentado una y otra vez que retrasaran la boda unos meses esperando que ocurriera un milagro, pero nada. Su prima era más cabezota que ella todavía. —Esa sabandija...

—Preciosa, sonríe... Tu madre nos mira raro.

Gruñó separándose de él y poniéndose en su sitio al lado de Claudia que sonreía radiante al salido de su novio antes de guiñarle un ojo. Puso los ojos en blanco antes de mirar a su prima que estaba realmente preciosa vestida como una princesa. Hizo una mueca acariciándose de manera inconsciente su enorme vientre. Wilder la miró fijamente mientras ella pensaba en esa relación. Puede que no fueran como su marido y ella. Puede que hubieran tomado la decisión correcta. Gimió interiormente viendo como cogía la mano

de su novio. ¡Qué va! ¡Aquello era un error garrafal! Ni siquiera había acabado la carrera. Qué acabado ni acabado, si acababa de empezar. Con unas notas buenísimas, por cierto, pero eso no importaba. Como ese tío le hiciera daño, se lo cargaba. Vaya si se lo cargaba. Igual debía investigarle de nuevo. Miró a su marido distraída y sonrió de oreja a oreja porque ya estaba controlándola otra vez. Qué mono. Tenía que empezar a relajarse con ella porque si no le iba a durar poco y la dejaría viuda con cuarenta años. Últimamente estaba algo exaltado con eso del parto. Aunque puede que se relajara cuando llegara el niño. Soltó una risita recordando cómo le había hecho el amor esa noche. Todos la miraron, incluido el cura.

—Uy, perdón. Un gas. El embarazo, ya sabe, padre. Uy, que no lo sabe. Bueno, se lo digo yo. Ah, y estoy casada así que tranquilo. —Asintió vehemente. —De verdad. Puede continuar.

Wilder frunció el ceño mientras el cura continuaba. Se moría por acercarse a preguntarle qué le ocurría. Pero estaba bien. De repente se escuchó un ruido y se puso como un tomate mientras Claudia la miraba con horror. —¡No he sido yo! —dijo indignada sin poder evitarlo.

Se volvió y vio a un monaguillo con cara de pasárselo en grande. — ¡Vuelve a hacer eso y te enchirono, enano!

Varias risas recorrieron la Iglesia y tomó aire mirando al frente. Su marido ya no solo fruncía el ceño si no que apretaba los labios. Vaya, ahora sí

que estaba con ganas de gritar cuatro cosas. Y seguramente una de ellas sería nos vamos al hospital. Ya era mala suerte que su prima escogiera ese día para casarse. Precisamente cuando salía de cuentas. Gruñó mirando al novio. Pero por supuesto la culpa había sido suya. Hay que aprovechar que mis padres pueden venir en esa fecha, recordó que había dicho. En lugar de esperar a las vacaciones de Navidad como ella había sugerido. Ya habría parido y estaría más cómoda. Leche, cómo hacían daño esos zapatos. Pero no le extrañaba, tenía los tobillos como los de un elefante. Se sujetó en el otro pie. Malditos tacones de aguja. Disimuladamente se los quitó porque no se verían bajo su vestido largo. Wilder apretó las mandíbulas y ella sonrió como si estuviera encantada de la vida.

Madre, ¿su boda había sido tan aburrida? No, qué va. Era ese cura que se enrollaba como las persianas. Distraída miró a su alrededor. Al parecer el novio tenía muchos conocidos. Eran el doble de invitados que los de su familia. Vio que su madre la miraba de reojo y le guiñó un ojo para que viera que todo iba bien. Volvió a mirar a los invitados del novio por si conocía a alguien. Aunque eran de California, pero puede que le sonara alguno de cuando estuvo en los Ángeles. Su mirada pasó por los invitados y frunció el ceño al ver a un tipo con barba blanca que estaba al lado de una mujer con pámela rosa. Debía tener unos cincuenta años y tenía el cabello muy blanco. Parecía Papá Noel, aunque con la barba recortada. Eso le recordó un tipo que

se buscaba en Wyoming. Le había visto en un cartel de búsqueda. Era un timador que había desplumado a varias pardillas muy ricas en varios estados. Se parecía a él de manera muy sospechosa. Miró a la mujer que en ese momento le sonrió. Él correspondió a su sonrisa y cogió la mano de aquella tía mostrando una pulsera de diamantes que costaba un riñón. Frunció el ceño volviendo a mirar su cara. Pues sí que se parecía, sí. Apostaría a que era él. Mierda, no tenía su móvil para cerciorarse. Miró a Claudia y susurró — ¿Tienes el móvil? —La miró como si estuviera loca. —Con decir que no ya valía.

Suspiró acariciando su vientre y vio la cola de la novia algo descolocada. Era su oportunidad de pedirle el móvil a Wilder.

Le dio el ramo a Claudia que lo cogió confundida y se acercó a la cola de la novia agachándose para colocarla. Wilder se acercó de inmediato mientras los novios se volvían para mirarla. —Nena, no hagas eso. Si casi no te puedes agachar... —siseó furioso.

—Dame el móvil. —Sonrió a la novia disimulando. —Vamos, date prisa. —Se agachó de nuevo colocando el encaje y Wilder la cogió del brazo incorporándola. Le puso el móvil en la mano y encantada volvió a su sitio ignorando a Claudia que quería devolverle el ramo.

El cura abrió los ojos como platos cuando la vio pulsar letras en el móvil sin ningún disimulo. Anne la miró asombrada. —Rox deja el móvil. ¡Me

estoy casando!

—Es una emergencia. —Miró al cura y le apremió con la mirada. —Continúe. Seguro que tiene mucho que decirles. Todo eso de lo serio que son los votos. Recálqueselo. No vaya a ser que se les olvide.

Su prima jadeó. Distraída pasó las fotos una tras otra y llegó a la que buscaba. Entrecerró los ojos levantando la vista hacia el tipo que susurraba algo a la mujer haciendo que se sonrojara. Bueno, el trabajo era el trabajo. Miró a Wilder y levantó una ceja volviendo el móvil para mostrarle una foto. Al ver el se busca en negrita parecía que no se lo podía creer. Roxy le miró interrogante y su marido suspiró llevando la mano a la espalda y sacando el arma. —¡Alto al FBI! —gritó al sospechoso señalándole.

Todos gritaron al ver el arma de Wilder y el Papá Noel se levantó de golpe llevándose a la de la pamelita rosa por delante antes de correr por el pasillo. Wilder apuntándole gritó a todo el mundo que se apartara, pero empezaron a correr en todas direcciones. —¡Cariño, que se te escapa!

El sospechoso iba a llegar a la puerta cuando algo blanco voló saltando sobre él y tirándole al suelo. Asombrados vieron a la novia que había perdido el velo en la carrera poniéndole las manos a la espalda mientras el tipo gemía de dolor. —Queda detenido. Díselo, Roxy. —La miró sobre su hombro. —¿Qué ha hecho?

—Timar incautas —Y le susurró a su marido que estaba a su lado —
Sería una agente de primera.

—Nena...

—Mírala, es algo innato. —Sonrió de oreja a oreja. —Como yo.

Su marido la miró como si le hubieran salido cuernos. —Uy... —Se
llevó la mano bajo el vientre.

—¿Estás de parto? —preguntó asustado cogiéndola del brazo.

—No, tengo que ir al baño. Léele sus derechos. No se nos escape por
una chorrada. —Se volvió a toda prisa. —Padre como se llame, ¿dónde está el
baño?

—Ven por aquí, hija. ¿Así que trabajas en el FBI? Qué interesante.

Todos vieron como le contestaba entusiasmada mientras se alejaban
hacia el altar. Anne soltó una risita sin levantarse del tipo que estaba en el
suelo. —Tenía que hacer algo así. Siempre está alerta.

—Y me mantiene alerta a mí —dijo Wilder haciéndoles reír a todos.

Cuando Roxy volvió al altar su marido hablaba con el novio al lado
del detenido cerca de la entrada. —Mi amor, ¿van a tardar mucho en venir a
buscarle?

Wilder se volvió. —Estarán al llegar.

—Pues déjaselo a Jonathan porque tenemos que irnos.

—Nena, la boda continúa aho... —La miró asombrado. —¿Ahora?

Ella le abrazó por la cintura. —Cariño, ¿no te has dado cuenta? Estoy de parto desde esta mañana. ¿Me estás desatendiendo?

—¿Desde esta mañana? —gritó a los cuatro vientos.

Sonrió radiante. —No quería preocuparte. Más de lo que haces normalmente, quiero decir.

La cogió en brazos sorprendiéndoles a todos y su madre chilló corriendo hacia ellos. —¿Es la hora?

—El niño está aquí —dijo emocionada mientras su marido palidecía—. Cariño, déjame en el suelo antes de que te desmayes.

—¿No me voy a desmayar! —Salió de la iglesia a toda pastilla. —Mierda, el coche.

—A la limusina —dijo su prima corriendo tras ellos con su novio al lado. Hasta el cura corría con la biblia en la mano.

Parpadeó mirándoles a todos. —¿No te casas?

—Claro que sí, en cuanto des a luz, ¿verdad padre?

—Esta es la boda más entretenida que he tenido en años. Esto no me lo pierdo.

En ese momento llegaron los del FBI y los invitados les señalaron el interior de la Iglesia mientras Wilder la metía en el coche sentándose a su

lado. Su prima entró apretujándoles con el enorme vestido y cuando al fin se sentó ante ellos sonrió de oreja a oreja. Su padre y el futuro marido se sentaron a su lado y su madre al lado de Roxy entrando por el otro lado. El cura se había quedado fuera y dijo —¡Me voy en un taxi! Corrió por la acera levantando el brazo con varios invitados detrás, entre ellos sus tíos que estaban aún con la boca abierta.

Sorprendida miró a su marido. —Al parecer vienen todos.

—Seguro que se quieren enterar si detienes a algún médico mientras das a luz —dijo su prima divertida.

—Muy graciosa. —Wilder cogió su mano muy nervioso y le miró. — No pasará nada.

—Que esté nervioso en un momento así es normal. Yo me moriría de miedo —dijo Jonathan haciendo que le fulminaran con la mirada.

—¡Mi marido no está nervioso! ¡Tiene nervios de acero! ¡Es agente del FBI!

Jonathan se sonrojó. —No, si yo no quería decir que... Anne, me mira como una loca —dijo por lo bajo.

—Es por el bebé. Tú tranquilo que se le pasará en cuanto dé a luz. Mi prima tiene un carácter algo especial —dijo advirtiéndola con la mirada.

Gruñó antes de mirar a su marido de nuevo y sonreír. —Siempre lucho

por lo que quiero. ¿Crees que esto no lo voy a conseguir?

Wilder sonrió y le acarició la mejilla. —Claro que no, nena. No me harías eso.

—Exacto. No dejaría que nada te hiciera daño porque te amo por encima de todo. —Él cerró los ojos como si sus palabras fueran el mejor regalo del mundo y Roxy le besó en los labios. —Vamos a tener un bebé.

—Te amo, preciosa. Sé que he hecho mil cosas mal pero no dudes que te quiero por encima de todo.

Roxy sonrió. —Pues entonces estoy lista para cualquier cosa. Incluso para conocer a mis suegros, que ya era hora.

Todos se echaron a reír y Wilder la abrazó a él con fuerza. —Te adorarán como yo.

—Te quiero, profesor Mathews.

—Tanto como yo a ti, mi vida.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo

- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende

- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)

- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- ViloX II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)

- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.

- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)

- 122- Desterrada (Serie vikinga)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139- Renunciaré a ti.

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor

10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.